

MARZO 1º DE 1935

77ª REUNION — Continuación de la 17ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDENCIA DE LOS DOCTORES ANTENOR R. FERREIRA, ROBERTO J. NOBLE  
Y ADRIAN C. ESCOBAR

MINISTRO PRESENTE: de Hacienda, doctor Federico Pinedo; DIPUTADOS PRESENTES: Alonso Alfredo J., Amadeo y Videla Daniel, Ameri Rogelio L., Amodeo Aurelio F., Andreis Fernando de, Aráoz Ernesto M., Aráoz José Ignacio, Arnoldi Adolfo, Basualdo Honorio, Benegas Tiburcio, Bermúdez Manuel A., Besasso Manuel V., Biancuffiore Rafael, Bogliolo Rómulo, Bonazzola Carlos E., Briuolo Miguel, Bruchou Eduardo, Buitrago Pedro, Bunge Augusto, Bustillo José M., Buyán Marcelino, Cáceres Lorenzo, Cafferata Juan F., Candia Cornelio, Cárcano Miguel Angel, Carreras Ernesto L. de las, Carreras José, Carús Agustín J., Castiñeiras Alejandro, Castro Felipe, Coca Joaquín, Cordero Octavio, Corominas Segura Rodolfo, Costa Méndez Nicanor, Courrel Carlos D., D'Anna Pablo S., Dávila Miguel V., Degano Alfredo P., Della Latta Jerónimo, De Miguel Benito, Dickmann Enrique, Escalera Facundo, Escobar Adrián C., Espil Alberto, Fernández Damián, Ferreira Antenor R., Ganza Marcelino, García Gorostiza Raúl, Giménez Angel M., Godfrid Juan, Godoy Raúl, Gómez Rincón Abel, González Benjamín S., González Guerrico Manuel, González Maseda Manuel, González Valentín, Graffigna Santiago, Grisolia Luis, Groppo Pedro, Guglielmelli Aquiles M., Herrera Bruno J., Inda Rufino, Iribarne Alberto, Iriondo Urbano de, Jardeí Enrique C., Korn Guillermo, Lamasa Juan B., Lencinas Rafael Néstor, Lima Vicente Solano, López Héctor S., Magris Amleto, Manacorda Carlos, Mancini Rafael, Martínez José Heriberto, Mattos Luis María, Moret Carlos (h.), Morrogh Bernard Juan F., Mouchet Enrique, Noble Julio A., Noble Roberto J., Oddone Jacinto, Padilla Tiburcio, Palacin Manuel, Palacio Benjamín, Palmeiro José, Pena José Luis, Pérez Leirós Francisco, Pfeleger José E., Pintos Angel, Pita Carlos A., Pomponio Vicente E., Pueyrredón Carlos A., Quiroga Félix, Ramiconi Luis, Repetto Nicolás, Rodríguez Alfredo, Rojas Marcos E., Ruggieri Silvio L., Ruiz Oscar, Salas José Raquel, Salcedo Saturnino, Santillán Enrique, Scheo Lastra Dionisio, Simón Padrós Juan, Solari Felipe C., Solari Juan Antonio, Solís Rogelio J., Speroni Daniel C., Spinetto Alfredo L., Taborda Mora Cipriano, Uriburu Francisco, Vega Abraham de la, Vicchi Adolfo A., Vidal Baigorri José, Videla Dorna Daniel, Videla Rodolfo G., Vignart Uberto F., Vionnet Rodolfo L., Wade Eugenio, Zarazaga Marcial J., Zerdá Justiniano de la; AUSENTES, CON LICENCIA: Aguirrezabala Miguel A., Becerra Eugenio A. (h.), Buira Demetrio, Contte José A., Critto Miguel, Fresco Manuel A., Ghioldi Américo, Marcó Cipriano F., Mouesca Eduardo, Ocampo Enrique, Palacin Pedro, Parera Gregorio, Pressacco Juan P., Ramírez Manuel (h.), Rozas José E., Saravia José M., Sellarés Avelino; CON AVISO: Abumada Luis Alberto, Arce José, Dickmann Adolfo, Garayalde José María, Parodi Miguel J., Radio Pedro; SIN AVISO: Acosta Guillermo, Agüero Santos, Aroz Eudoro D., Arrieta Herminio, Bosano Ansaldo Daniel, Calderón Osvaldo M., Molina Scarpio, Movsichoff Bernardo, Repetto Agustín, Ruiz Guñazú Jacinto, Vallejo Luis A.; DIPUTADO ELECTO, AUSENTE SIN AVISO: Bordabehere Enzo.

## SUMARIO

- 1.—Continúa la consideración del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en los proyectos de Banco Central, ley de bancos, Instituto Movilizador, modificaciones a las leyes orgánicas de los bancos Hipotecario Nacional y de la Nación Argentina y ley de organización de los institutos mencionados. Moción de aplazamiento hasta las sesiones ordinarias formulada por el señor diputado Godfrid. Queda pendiente.
- 2.—Cuarto intermedio.
- 3.—Continúa la consideración de los asuntos a que se refiere el número 1.

- 4.—Indicación del señor diputado Repetto (N.) para que se inserte en el Diario de Sesiones un informe del Banco de la Nación.
- 5.—Continúa la consideración de los asuntos a que se refiere el número 3.
- 6.—Indicación del señor diputado Pueyrredón para que se dé entrada a un despacho de la Comisión de Negocios Constitucionales.
- 7.—Asuntos entrados:

I.—Despacho de comisión.

II.—Constitución de comisión.

- 8.—Continúa la consideración de los asuntos a que se refiere el número 5. Se vota

la moción del señor diputado Godfrid que había quedado pendiente. Es rechazada.

- 9.—Se considera y aprueba el despacho de la Comisión de Negocios Constitucionales sobre incompatibilidad.
- 10.—Termina la consideración de los asuntos a que se refiere el número 8.
- 11.—Moción del señor diputado Corominas Segura para que se trate la orden del día número 149, referente a Caja de Jubilaciones y Pensiones de Periodistas y Gráficos. Queda pendiente.

—En Buenos Aires, a primero de Marzo de 1935, siendo la hora 10 y 15:

## 1

## PROYECTOS SOBRE BANCOS Y MONEDA

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Continúa la sesión y con la palabra el señor diputado por Santa Fe.

—Ocupa su asiento en el recinto, el señor ministro de Hacienda, doctor Federico Pinedo.

**Sr. Godfrid.** — Comprendo que la lectura de cifras de la magnitud que arrojan las planillas a que me referí ayer, resulta un tanto cansadora para los señores diputados que me escuchan; pero me interesa recalcar de modo especial las conclusiones que arrojan esas planillas y para ello adoptaré el procedimiento de referirme a cifras redondas.

Mediante la planilla número 1 he demostrado que el saldo de la emisión que permiten las leyes en vigencia comparado el encaje mínimo que autorizan, frente a la cantidad emitida, asciende a la suma de 330.000.000 de pesos. He demostrado que, de sancionarse los proyectos que estamos discutiendo, se podrá emitir, sin computar el 20 %, cerca de \$ 4.000.000.000. He demostrado que en esas mismas condiciones, tomando como base el porcentaje mínimo, que es de 25 %, se puede

llegar a emitir más de 5.000.000.000 de pesos. He demostrado que computando el 20 % del encaje que el Banco Central pueda tener en divisas, se puede emitir con el 33 % de encaje, alrededor de 4.500.000.000 de pesos. He demostrado que en esas mismas condiciones, tomando como base el encaje mínimo del 25 %, se puede llegar a emitir más de 5.800.000.000 de pesos. He demostrado que, según el cuadro que oportunamente confeccionó el perito señor Niemeyer, en el quinquenio que va de 1928 a 1932 hubo una merma en los cheques compensados del 38,7 % y durante ese mismo quinquenio los billetes en circulación experimentaron una diferencia de 4,8 %. He demostrado que la operación de revaluación, tomando como base el límite de precio del oro establecido por la Comisión de Presupuesto, ascenderá a cerca de pesos 678.000.000. He demostrado que este importe, luego de deducir los aportes de capital al Banco Central e Instituto Movilizador, se reduce a cerca de pesos 658.000.000, que pasan a constituir el fondo de reserva provisional del Instituto Movilizador. He demostrado que este fondo de reserva provisional, luego de descontarle lo que ha de constituir el fondo definitivo de reserva de ese Instituto, que yo estimo en pesos 50.000.000, se reduce a cerca de 608 millones, que es el saldo que queda a favor del gobierno de la Nación para el pago de su deuda bancaria actual, según así lo dispone el artículo 13 de la ley de organización. He demostrado, por fin, que aumente o no el volumen de las transacciones, sin que entre a funcionar el redescuento, puede haber por la aplicación de los proyectos, si llegan a convertirse en ley, un aumento de circulante que asciende alrededor de 1.052.000.000 de pesos, aumento que producirá el consiguiente envilecimiento de la moneda, más envilecida de lo que ya está.

Ahora explicaré cada una de las partidas que integran la planilla número 10, a que acabo de referirme. La primera partida que figura en este cuadro es de 53.600.000 pesos, representativa

del aumento de la moneda divisionaria a que se refiere el artículo 36 de la ley de Banco Central. Substituída la actual emisión de moneda divisionaria que está obligado a hacer el gobierno, le queda un margen de emisión por este concepto que asciende a la ya mencionada cantidad, suma que resulta de deducir del máximo de moneda divisionaria que puede emitirse, el que actualmente está en circulación.

El señor ministro podrá decir que el hecho de que esa emisión esté autorizada, no significa que se haga de inmediato; pero, yo vuelvo a contestarle: la ley lo permite; nosotros estamos discutiendo eso, pero no las intenciones ni los propósitos de quienes han de aplicarla. En la distribución de las ganancias del gobierno proyectadas por el señor ministro con motivo de la revaluación, según publicaciones hechas, al Banco de la Nación, se le adjudican a éste 200.000.000 de pesos, a cuenta de la deuda directa del gobierno y 250.000.000 en bonos consolidados, los que, según el artículo 7º de la ley de organización, han de substituir las letras de tesorería. De aquellos pesos 200.000.000, se dice que el Banco de la Nación destinará 100.000.000 para reforzar el encaje. El mismo Banco debe transferir al Banco Central las cuentas de la Cámara Compensadora y oficiales, que suman 265.000.000, a estar a las cifras dadas por el señor ministro. Para cubrir este último importe, utiliza los 100.000.000 que le quedaban después de reforzado su encaje, y completa la partida de 265.000.000, tomando de los 250.000.000 de bonos consolidados, 165.000.000.

Tenemos así, que al Banco de la Nación le quedan 85.000.000 en bonos. De acuerdo con el artículo 7º de la ley de organización, el Banco de la Nación puede presentarse al Banco Central, que está obligado a tomar a la par esos bonos — conforme lo dice con toda claridad dicho artículo — solicitando el importe correspondiente. ¿Con qué pagará el Banco Central? Es cierto que puede acreditarle el importe en cuenta, pero no es menos exacto que una vez

efectuado el crédito, el Banco de la Nación está en perfecto derecho de girar a cargo del mismo.

Parece de más advertir que el Banco Central tendrá que abonar ese crédito. ¿Cómo lo hará? ¿Acaso esperando que los billetes caigan del cielo? No tiene otro recurso que imprimir los billetes. Este es el debut de las máquinas impresoras del Banco Central.

El señor ministro podrá decir que el Banco Central no se verá precisado a imprimir billetes, porque al Banco de la Nación le convendrá conservar en su poder la referida suma de bonos consolidados, en razón de que, según sostiene, hay escasez de colocaciones comerciales, pero convengamos en que ese no es argumento atendible. Los bonos son emitidos por el gobierno, y el Banco Central tiene obligación de tomarlos a la par. Es, por lo demás, una operación que la ley autoriza en forma terminante. El estudio que hago tiende a demostrar eso; a lo que ha de llegarse con lo que la ley permite.

Queda explicada así la razón por la cual he incluido en la planilla número 10 la partida de \$ 85.000.000.

¿Por qué he incluido la partida de 212.000.000 provenientes del saldo de redescuento, que se dice también reingresará a los bancos por medio del Instituto Movilizador?

No he encontrado artículo alguno en los proyectos de ley que autorice al Instituto Movilizador a llevar a cabo la operación consistente en tomar del Banco Central los 212.000.000 de pagarés redescontados, que allí se encontrarán como consecuencia de la transferencia del activo y pasivo de la Caja de Conversión, como tampoco encuentro texto legal alguno que autorice a ese Instituto a pagar a los bancos el importe de los créditos congelados con pagarés de redescuento, pero la forma elástica y obscura con que están redactados los proyectos, elasticidad que permite hacer, además de lo que está a la vista, lo que no se ve, unido todo ello a la circunstancia especialísima de que el señor ministro de Hacienda en el diario «La Nación» del 25 de Enero del

año en curso, dijo que el Banco Central entregará al Instituto Movilizador los 212.000.000 procedentes del redescuento, y éste los devolverá a los bancos congelados a cambio de proporciones equivalentes de su activo congelado, me autoriza a admitir que esa operación se hará, por lo que no vacilo en incluir la partida en el cálculo del aumento del circulante.

¿Por qué habrá aumento de circulante por esos 212.000.000 de pesos? Sencillemente por esto: si esos bancos congelados no consiguieran la devolución de los documentos que redescontaron en la forma que según el señor ministro de Hacienda lo han de conseguir, al vencimiento de cada uno de ellos, tendrían que llevar al Banco Central su importe. Este Banco, al devolver los pagarés, cancelaría los billetes correspondientes, con lo cual se substraen de la circulación. En cambio, si los pagarés se entregan a los bancos, pagarés que son documentos elegidos, cobrarán el importe a los dadores a su debido vencimiento, guardarán el valor recibido en sus cajas, y bueno es hacer notar que ya habían recibido ese importe al redescontar esos mismos pagarés. Tenemos así otro caso de incremento del circulante.

El señor ministro podrá contestar que si bien se entregan los 212.000.000 de pagarés redescontados a los bancos, éstos los consiguen transfiriendo a su vez un importe equivalente de créditos congelados, por lo cual cuando se opere la liquidación, el Instituto Movilizador recibirá los 212.000.000, que importan los pagarés redescontados, de lo que se infiere que, en definitiva, la situación quedaría igual en uno y otro caso al terminarse las operaciones. Estoy de acuerdo, pero cabe destacar de manera especialísima lo siguiente: los 212.000.000 del redescuento que se devuelven a los bancos, son valores a corto plazo y, según se ha dicho, valores elegidos, que por lo mismo su cobranza no ofrece mayores dificultades, cifra que se vuela a la circulación en muy breve plazo con los trastornos consiguientes. Lo contrario ocurre con los

créditos congelados que paulatinamente liquidará el Instituto Movilizador. Su importe quedará realizado en un plazo que difícilmente puede calcularse desde ahora, como no puede asegurarse tampoco si acontecimientos posteriores colocarán al Instituto en situación de que tenga que soportar quebrantos. Hay, así, una notable diferencia entre ambas situaciones.

Queda así explicada la partida de los 212.000.000 provenientes de la devolución de los pagarés redescontados a los bancos que llevarán créditos congelados al Instituto Movilizador, por su equivalente.

Voy a explicar ahora la partida de 75.000.000 de pesos. La explicación de esta partida no puede ofrecer ninguna dificultad. Está prevista en forma clara en el artículo 44 de la ley del Banco Central. Para fijar el monto he tomado como base el término medio de la recaudación en los últimos tres años.

Como se sabe, estos 75.000.000 constituyen el préstamo directo que el Banco Central puede hacer al gobierno, calculado ese préstamo en el 10 por ciento de las recaudaciones, tomando como base el término medio de los tres años anteriores. No creo, repito, que deba abundar en mayores explicaciones.

La partida de 20.000.000 de pesos consiste en el préstamo indirecto que el Banco Central puede hacer al gobierno de la Nación. Está prevista en el artículo 34, inciso b), de la ley del Banco. Se trata de la adquisición de valores nacionales que puede hacer el Banco Central hasta el monto del capital, sus reservas y el importe amortizado en bonos consolidados.

Ahora quiero destacar un aspecto que no deja de tener su importancia y sirve para poner de manifiesto, una vez más, la poca franqueza que el señor ministro de Hacienda emplea en la redacción de los proyectos que estamos discutiendo.

Los señores diputados creerán, sin duda, que todo lo relativo a préstamos indirectos sobre valores nacionales se conereta a la cantidad que surge conforme a lo establecido en el artículo

34, inciso b), a que ya me he referido. Si se lee con un poco de detenimiento ha de encontrarse que ese inciso, al hacer mención al límite, alude a la vez al importe amortizado de los bonos consolidados del tesoro nacional recibidos o adquiridos por el Banco en virtud de artículo 7° de la ley de organización.

El señor senador de la Torre dijo en el Senado que los 400.000.000 de pesos de bonos, podían considerarse una inflación. El señor ministro replicó que no era así, en razón de que esos bonos se parecían a las letras de tesorería, como una gota de agua a otra. La otra gota estaría constituida por las letras de tesorería.

Es claro que, al substituir con bonos las letras de tesorería, no hay motivo para alarmarse. Al final de cuentas, con esto lo único que podría ocurrir es que el gobierno alivie su situación debido a que, en vez de estar apremiado por los continuos vencimientos de las letras de tesorería, puede amortizar la deuda proveniente de las mismas gozando del largo plazo a que alude el artículo 7° de la ley de organización. Pero aquí hay una cosa que debo señalar. Si el gobierno, al amortizar los bonos que substituyen las letras, cumple con los servicios, llegará, a la larga, a cancelarlos. En cambio, si por cada amortización que haga tiene la ventaja de pedir dinero prestado por su importe, entonces los bonos jamás salen de la circulación, o, mejor dicho, quedan substituidos por un débito del gobierno al Banco Central, lo que importa mantener indefinidamente ese pasivo.

Si se afirmara que carece de importancia el préstamo que puede conceder el Banco Central sobre el importe amortizado de los bonos consolidados, en razón de que estaría comprendido dentro del límite que contempla el inciso b) del artículo 34 (capital y sus reservas), el error no podría ser más evidente, pues el límite se fija sólo con relación a éstos, independientemente del préstamo de lo amortizado sobre los bonos consolidados, a cuyo respec-

to no hay más límite que el que surge de las palabras empleadas. Son, por tanto, independientes el uno del otro. Para satisfacer este préstamo, el Banco Central tiene que imprimir billetes.

Sobre este asunto de los bonos consolidados hay más que decir: hemos visto que quedaban en poder del Banco de la Nación Argentina 85.000.000 de pesos en bonos que le dan derecho a pedir al Banco Central se los tome a la par. Aparte de ello, en su exposición de motivos, el señor ministro decía, refiriéndose a esta operación: «El Banco dispondrá de hasta 400.000.000 de pesos, como máximo, de bonos consolidados del tesoro nacional, del 3 % de interés y  $\frac{1}{4}$  % de amortización, provenientes de la transformación de títulos del Empréstito Patriótico, o letras de tesorería, o de éstas exclusivamente. Recalco la importancia de estas últimas palabras, según las cuales los bonos pueden aplicarse tan sólo a la substitución de las letras de tesorería. El señor ministro al contestar al señor senador de la Torre, dijo en su discurso en el Honorable Senado, según puede leerse en la página 2.490 del Diario de Sesiones de ese Cuerpo, que no había inconveniente en bautizar a las letras de tesorería con un nombre distinto.

El artículo pertinente de la ley de organización, me refiero al 7°, fué modificado por la comisión. Aun cuando no percibo si esa modificación es puramente de forma o si con ella se persigue el propósito de que los bonos consolidados cancelen totalmente el crédito contra caución de títulos del Empréstito Patriótico, el caso es que esto no resulta claro en presencia de las manifestaciones del señor ministro. Esto requiere una aclaración terminante en la ley, en el sentido de que los títulos del Empréstito Patriótico deben ser totalmente transformados en primer término y el saldo aplicarse a la misma operación con letras de tesorería. La diferencia entre un procedimiento y otro consiste en esto: si no se transforman los títulos del Empréstito Patriótico y se aplican los 400

millones de pesos a las letras de tesorería, habrá 150.000.000 de bonos consolidados en poder de los bancos particulares que tienen derecho a exigir al Banco Central los tome a la par, en cuyo caso tiene que emitir el equivalente que se incorporaría a la circulación. De la otra manera, transformados totalmente los títulos del Empréstito Patriótico, el Banco Central dispone de esa suma de bonos consolidados que, en un caso dado, podrá utilizar para restringir el circulante, cumpliendo una de sus funciones esenciales. Al hacer la distribución de la ganancia obtenida con la revaluación del oro, he dicho que el monto provisional del fondo de reserva que se asignaba al Instituto Movilizador, asciende a algo más de 657.000.000, suma ésta que resulta de la cantidad global de la ganancia, luego de deducido el capital del Banco y del mismo Instituto. Por lo demás, esto está de acuerdo también con lo que establece el artículo 2º de la ley que regla el funcionamiento del Instituto Movilizador.

El artículo 12 de la ley de organización establece que, después de cumplidas las disposiciones del artículo anterior — se refiere al examen de las inversiones congeladas de los bancos por parte de la Comisión Organizadora — y una vez apartados los fondos requeridos por el gobierno nacional a los fines del cumplimiento del artículo 5º de la ley de creación del Banco Central, o sea, el aporte para su fundación, la Comisión Organizadora determinará, ad referendum del Poder Ejecutivo, el monto definitivo del fondo de reserva del Instituto Movilizador, destinado a posibles quebrantos.

En el despacho de la comisión — aquí está la respuesta a la interrupción del señor diputado Simón Padrós, que lamento no se encuentre en el recinto — se han suprimido de este artículo las palabras «destinado a posibles quebrantos», vale decir que, en la actualidad, no se establece con precisión lo que decía el proyecto del Poder Ejecutivo en cuanto a la aplicación de esa reserva.

Con el propósito de concretar a qué obedece la supresión de esas palabras, requerí el informe verbal del señor presidente de la Comisión de Presupuesto. Con su habitual gentileza, el señor diputado Martínez me contestó que ello obedecía al solo objeto de impedir que arraigara en la opinión pública una creencia errónea, como ocurriría si, desde ya, se hablara de quebrantos del Instituto Movilizador, máxime cuando no había por qué hacer hincapié al respecto si se tiene en cuenta que la ley reglando el funcionamiento del Instituto, establece que los bancos tenedores de los créditos congelados deberán asegurar la devolución del importe que reciben. ¿He interpretado bien su pensamiento, señor diputado Martínez?

**Sr. Martínez.** — Exactamente, señor diputado.

**Sr. Godfrid.** — A mi modo de ver, ese fondo que se destina a posibles quebrantos — y esa será en definitiva su aplicación — debe consistir en una cifra reducida. Me baso para hacer esta afirmación, en el hecho de que, según las modificaciones que se introdujeron al artículo 4º en el Senado, los bancos, como muy bien lo dijo el señor presidente de la Comisión de Presupuesto, deben asegurar al Instituto el reembolso del importe recibido por créditos congelados, con lo cual lo van a cubrir de cualquier emergencia por posibles quebrantos. Aparte de ello, el Instituto, como es lógico y lo explicó el señor ministro, al adquirirlos les hará una depreciación. No puede discutirse siquiera la cifra de 50.000.000 de pesos para responder a posibles quebrantos, pues si se sostuviera que debe ser mayor, estaríamos en el caso de rechazar de inmediato el proyecto por ese solo motivo.

En rigor de verdad, las operaciones del Instituto Movilizador no deberían producir un solo centavo de pérdida al gobierno. Y digo así, porque no puede admitirse que los dineros públicos se destinen a solventar deudas de particulares o instituciones en bancarrota. Si así fuera, este sería el paraíso de los

deudores, quienes, sin mayor esfuerzo, podrían vivir a costa de los que trabajan.

He tenido oportunidad de leer una circular de la Asociación de Bancos de la República Argentina, en la que se vierte un concepto claro de lo que debe entenderse por crédito congelado. Dice así: «Se consideran créditos congelados aquellos que, acordados en calidad de quirografarios y a plazos comunes, se transformaron en obligaciones a largo plazo, contando sus deudores, actualmente, con un patrimonio suficiente para hacer frente a esas obligaciones, hayan sido o no asegurados con garantía hipotecaria o conserven su calidad de quirografarios, y que la transformación en obligaciones a plazos, responda al fin de no poner al deudor en la necesidad de realizar su patrimonio en momentos de depresión económica.» Agrega la circular que «no pertenecen a la categoría de congelados los créditos en ejecución, así como tampoco, aquellos que estando en las condiciones ya aludidas tienen la calidad de hipotecarios desde su origen».

Estoy completamente de acuerdo con el concepto que la Asociación de Bancos de la República Argentina tiene sobre créditos congelados. Es un concepto sano y honesto. ¿Acaso, crédito congelado quiere decir crédito incobrable? No. El alcance de la palabra «congelado» ha de buscarse, más que en el diccionario, en una situación especial de hecho, en los antecedentes que originaron su incorporación al léxico comercial y bancario. Numerosas personas dedicadas al comercio, a la industria, a la agricultura, a la ganadería, etcétera, a raíz de la crisis que aun estamos soportando y no obstante tener un patrimonio suficiente, se encontraron con enormes dificultades para afrontar las obligaciones contraídas. Su solvencia material y moral les daba autoridad para pedir a sus acreedores el respeto a los sacrificios realizados durante muchísimos años, evitando una liquidación forzosa en momentos de depresión, que podría constituir

un verdadero desastre y dejar sumidos en la miseria no sólo el hogar del deudor, sino los de numerosas personas vinculadas a él. Los bancos no pudieron substraerse a ese clamor y aceptaron conceder esperas razonables; en no pocos casos frente a un deudor de moralidad intachable, no tuvieron inconveniente hasta en concederle una quita. Esos deudores renovaron sus obligaciones y, en algunos casos, aseguraron el cumplimiento de las mismas mediante garantía del derecho real de hipoteca; pero la persistencia de la crisis hizo que al vencimiento de los compromisos contraídos no fuera posible afrontarlos. He ahí explicado, con mayor amplitud, el origen de la palabra «congelado».

Yo entiendo que esos créditos, con el concepto a que he aludido, son los únicos que deben constituir el material con que trabajará el Instituto Movilizador; pero no confundamos los créditos congelados con esos otros congelados polares, los cuales no se derriten nunca; son deudas de políticos fundidos que siempre vivieron del crédito oficial, e industriales que por gozar de la protección aduanera dieron un impulso immoderado a sus industrias, olvidando que nuestro país no tiene una población que les permita su desarrollo con la intensidad con que lo hicieron; industrias que, si en los primeros tiempos han tenido progresos alentadores, al poco andar, el exceso de producción que no pudo ser absorbido, les hizo ver la dolorosa realidad. Sus deudas están petrificadas en los bancos; otras son deudas, en fin, de los que siempre buscaron ganancias fáciles en especulaciones audaces, que tienen más de aventura que de transacción normal.

¿Acaso para un Banco que trabaja con bases sanas, puede constituir factor de estancamiento o imposibilidad para desenvolverse, el hecho de que, con alguna frecuencia, haya de eliminar de su activo una suma determinada de créditos incobrables o de cobro difícil? ¿A quién se le ocurre pensar así? Eso de los créditos congelados que el Instituto Movilizador quiere liquidar,



no es cuestión que afecte por cierto a todos los bancos de la República, sino sólo aquellos que los tienen en gran cantidad; créditos que yo he llamado congelados polares. No es justo poner esa carga sobre los hombros de todos los habitantes de la República que viven de su trabajo.

¿Cómo se puede, pues, con estos antecedentes, sin cometer una enormidad, fijar en una suma mayor de 50.000.000 de pesos la destinada a responder a los posibles quebrantos que la liquidación de esos créditos congelados origine? ¿Ha sonado, acaso, la hora de que la máquina gastada del capitalismo deba repararse a costa de los que siempre fueron sus víctimas? Si, como se dice, estos bancos descongelarán sus créditos asegurando el importe que reciben para reintegrarlo al Instituto, en el caso de que la liquidación produzca menos cantidad de lo que se le entrega, sostener que debe aumentarse la reserva, equivale a afirmar, desde ya, que estos bancos irán a la quiebra.

Los bancos sanos, como ya dije, tienen, en sus libros, abierta una cuenta de ganancias y pérdidas; pero se diferencian de los otros, en que no esperan el resultado de gestiones privadas o judiciales para eliminar un crédito de difícil o dudoso cobro. Lo eliminan de inmediato por medio de aquella cuenta, con lo que ese crédito deja de formar parte del activo, de tal modo que si más tarde la cobranza se produce en todo o en parte, lo reincorporan como una ganancia del nuevo ejercicio. En cambio, los otros bancos, esos que tienen la especialidad de los créditos congelados polares, los suman en sus balances, con lo que aparentan situaciones de bonanza, de que no gozan, al presentar activos agnados.

He ahí explicada, en pocas palabras, la partida de \$ 50.000.000 en que estimo la reserva definitiva para posibles quebrantos del Instituto Movilizador, sin admitir en manera alguna, que deba fijarse en mayor cantidad. Con lo que llevo expuesto se demuestra también que el Poder Ejecutivo o la co-

misión, en su caso, han debido incluirla, con ese límite de \$ 50.000.000.

Retomo el hilo de mi exposición, brevemente interrumpida para explicar lo que a los ojos de toda persona razonable debe entenderse por crédito congelado. Continuaré ocupándome de la partida de \$ 657.000.000, que constituye el monto provisional de la reserva del Instituto Movilizador.

Dije que el monto de la reserva definitiva no puede ser superior a pesos 50.000.000. Fijado de ese modo el límite, el cual se refiere al artículo 12 de la ley de organización, dispongámonos ahora a decir algo sobre el «inocente» artículo 13, que establece lo siguiente: «La diferencia entre el monto inicial de la reserva constituida conforme al artículo 2º de la ley de creación del Instituto Movilizador, y el monto definitivo, será transferida al gobierno nacional, el que la destinará íntegramente a la cancelación de la deuda bancaria.»

Aquí está el secreto de toda la trama de los proyectos que estamos discutiendo: ésta es la víscera enferma de los mismos.

El señor ministro dijo, en su exposición en el Senado, que el señor senador de la Torre no entendía esto de la revaluación del oro y menos los asientos mediante los cuales se efectúan las compensaciones. Sus palabras fueron estas: «No hay inflación de ninguna naturaleza; no hay creación de billetes ni de depósitos del público. Todo esto se ha demostrado acabadamente y para que la demostración fuera perceptible a las personas legas, se lo ha presentado en una forma que resultó contraproducente, aun para ciertas personas legas también. Como la expresión tan fácil «utilizar esta reserva», «utilizar este incremento de un rubro activo para castigar otros rubros activos», no ha sido suficientemente inteligible, empleamos otros procedimientos. En un reportaje aparecido en un diario que se ha leído, dijimos: «Vamos a suponer para una mejor demostración, que en lugar de hacer esto, en lugar de borrar rubros activos en razón



del crecimiento de otros rubros activos, aparece un depósito y vamos a seguir su evolución hasta su extirpación. Es decir, señor presidente, — afirmaba el señor ministro — que es un mecanismo que va a funcionar, con una goma, más con un lápiz, borrando más que escribiendo. Lo hemos presentado para que lo entiendan los que no saben de estas cosas, con lápiz.»

El párrafo que acabo de leer, contiene más inexactitudes que palabras. Es tan extraordinario esto, es tan audaz, es tan enorme, que causa verdadera indignación. Resulta doblemente censurable el proceder del señor ministro; conoce estas cuestiones como el mejor, sabe que no tiene razón, a pesar de lo cual incurre en excesos de lenguaje; habla en forma irrespetuosa y revela el pobrísimo concepto que le merece la capacidad de los legisladores para la comprensión de los propósitos que persigue con sus proyectos.

**Sr. Vignart.** — Habría que invitar al señor ministro a que ocupara su banca para que se pueda defender.

**Sr. Godfrid.** — Todo lo que digo tiene su comprobación.

**Sr. Vignart.** — ¿Afirmativa o negativa?

**Sr. Noble (J. A.).** — Las comprobaciones son siempre afirmativas.

**Sr. Vignart.** — A veces no.

**Sr. Godfrid.** — Pido que se testen estas interrupciones en el Diario de Sesiones.

El señor ministro habla en forma irrespetuosa...

**Sr. Vignart.** — Insiste el señor diputado y es necesario que esté presente el señor ministro.

**Sr. Pena.** — Vaya a buscarlo usted.

**Sr. Vignart.** — Haga de portero el señor diputado.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Ruego a los señores diputados no interrumpan.

— Entra al recinto, el señor ministro de Hacienda y ocupa su banca.

**Sr. Godfrid.** — Revela el pobrísimo concepto que le merece la capacidad de los legisladores para la comprensión

de los propósitos que persigue con sus proyectos.

No quiero rebajar el tono que la gravedad del asunto impone a mi exposición, para aprovechar la oportunidad que me brinda el señor ministro de una réplica del mismo carácter, pero sí, le aseguro que su proceder no lo prestigia.

La ganancia del gobierno en la revaluación, luego de deducido el importe de la reserva definitiva del Instituto Movilizador, asciende a 607.452.998,19 pesos. Transferido el oro al tipo de la revaluación, se distribuye la ganancia en la siguiente forma: 10.000.000 de pesos en concepto de capital que el gobierno aporta al Banco Central; pesos 10.000.000 en concepto de capital del Instituto Movilizador y un fondo provisional de reserva por el saldo, que asciende a \$ 657.452.998,19. Cumplidas estas disposiciones del artículo 11, como prescribe el artículo 12 de la misma ley, debe fijarse, ad referendum del Poder Ejecutivo, el monto definitivo del fondo de reserva del Instituto Movilizador que, como ya expliqué hasta el cansancio, lo estimo en \$ 50.000.000.

Hecho todo esto, entra en juego el artículo 13 de dicha ley, que dice así: «La diferencia entre el monto inicial de la reserva constituida conforme al artículo 2º de la ley de creación del Instituto y el monto definitivo según el artículo anterior, será transferido al gobierno nacional el que lo destinará íntegramente a la cancelación de su actual deuda bancaria.»

Tenemos así que la parte más gruesa de la ganancia obtenida en la revaluación va a parar al gobierno para el pago de su deuda bancaria.

Hace dos días el señor ministro ha vuelto a poner en práctica su criticable proceder de explicar, por medio de los diarios, el alcance de las disposiciones contenidas en los proyectos que estamos discutiendo; práctica criticable porque, si hay alguna disposición poco clara, lo más razonable es que se la explique aquí, donde están los representantes del pueblo. Se sigue un procedimiento tendiente a mantener al

pueblo en condiciones de que no entienda lo que se quiere hacer. Se le ha tirado un puñado de arena a los ojos y cuando el gobierno se apercibe de que la opinión pública empieza a ver, le tira otro puñado. Este segundo reportaje o esta segunda aclaración, confirma una vez más aquello de que nunca segundas partes fueron buenas. La versión está escrita en estilo elegante, pero con toda clase de precauciones. Hay un párrafo que dice así: «Se ha comparado alguna vez la revaluación metálica de un Banco Central con las mangas de incendio. Se instalan en los grandes edificios para emplearse en tiempos de emergencia. Es claro que también podrán usarse caprichosamente en cualquier momento para inundar el edificio sin que haya siquiera amago de incendio; pero esta posibilidad, el manejo arbitrario de la manga, no ha sido jamás una razón para no emplearla.»

Señores diputados: ¡el único que en este caso maneja la manga con provecho, es el gobierno de la Nación!

El gobierno emitirá cheques del Banco Central y a favor de sus acreedores por deuda bancaria, en cuyo caso el Banco Central no tendrá más remedio que pagarles, sin que medie diferencia alguna, aunque esos cheques se acrediten en las cuentas de los bancos a cuya orden se emitieron, porque, como se ha dicho hasta el cansancio, «depósitos a la vista en el Banco Central y circulantes», son una misma cosa. De ahí que, esos bancos en cuya cuenta se acrediten los cheques, dispondrán de sus importes en el momento que les convenga, obligando al Banco Central a imprimir los billetes correspondientes.

Véase, pues, cómo la gruesa suma de algo más de 607.000.000 de pesos, no obstante los asientos de contabilidad a los que en forma tan jactanciosa aludió el señor ministro, desaparecen como por encanto yendo a parar a manos de los acreedores de la deuda bancaria del gobierno, no sin que antes se hayan puesto en movimiento las máquinas impresoras del Banco Central.

Ya he dicho que aceptaba que los

100.000.000 a utilizarse por el Banco de la Nación para completar los saldos de la cuenta de la Cámara Compensadora y oficiales quedaban en el Banco Central fuera de la circulación; pero no ocurre lo mismo con el papel moneda de los 212.000.000 pesos del redescuento que, debiendo cancelarse, se reincorporan a la circulación, como tampoco desaparecen de la misma los 295.000.000 del saldo anotado en la planilla número 10, que leí, suma ésta que el gobierno deberá utilizar, por expresa disposición del artículo 13 de la ley de organización, para el pago de su deuda bancaria.

Con respecto a los 212.000.000 provenientes de los pagarés redescuotados, quiero recalcar de modo especial que, si bien ese importe de inmediato queda en poder de los bancos a los cuales se devuelven los pagarés, no se disminuye por eso la ganancia del gobierno, sino que permanece inalterable.

Repito, asimismo, que la cifra es de algo más de 607.000.000. Se liquidarán los activos congelados recibidos a cambio de los pagarés redescuotados y a la postre ese importe de 212.000.000 irá a parar al tesoro del gobierno.

La inflación se producirá por aplicación de estas leyes, que impedirán se retiren de la circulación 212.000.000 de pesos moneda nacional que, sin su vigencia, se cancelarían. No se diga que el pago de la deuda flotante bancaria por el gobierno no originará inflación, debido a que los bancos acreedores utilizarán esos fondos para cumplir con los depósitos y encajes mínimos que deben efectuar, en cuyo caso tales fondos quedarán esterilizados. No podrá ser así. Para responder a ese argumento me bastará transcribir lo que en forma tan categórica como concreta expresa el Poder Ejecutivo en la exposición de motivos, capítulo referente al régimen de los efectivos mínimos. «Aplicadas — dice — estas proporciones mínimas, 16 y 8 %, a la cifra de Agosto pasado, relativa al conjunto de los bancos de la Capital Federal y sus sucursales, se llega, en término medio, a un efectivo de 10,8 %, o sea de pesos

394.000.000 moneda nacional para el conjunto de los depósitos. En ese mes— continúa diciendo — los bancos tenían un efectivo de 443.000.000 de pesos, o sea, 49.000.000 más que el límite legal. En el mes de Marzo de 1931, en que la proporción de los efectivos bancarios, con respecto a los depósitos, fué la más baja durante la crisis, aquellos mismos habrían exigido un efectivo de 10,5 %, equivalente a 442.000.000 de pesos. El efectivo real fué de 433.000.000 de pesos; no puede decirse, por consiguiente — termina diciendo — que los límites establecidos en los proyectos comportan una exigencia, inmediata, desmedida, para los bancos. La mayor parte de ellos se encuentran actualmente con existencias muy superiores al mínimo y, con un pequeño esfuerzo, los pocos establecimientos que tienen efectivos inferiores podrán ponerse en condiciones de cumplir con la ley.»

Esa es la palabra del Poder Ejecutivo. De ella se infiere que los bancos están en condiciones normales con respecto a sus encajes; no necesitan de recursos extraordinarios para efectuar el encaje de los dos tercios de los efectivos mínimos que deben llevar al Banco Central. Puesto que existen en proporción mayor que lo que la ley determina y están retenidos en los tesoros de los bancos, ¿qué ocurrirá cuando se aplique la ley de bancos? Una simple traslación de lugar: del tesoro de los bancos al tesoro del Banco Central.

Queda así demostrado de la manera más evidente que no teniendo los bancos necesidad de utilizar, para la integración de sus encajes, mínimas, los importes que abone el gobierno por saldo de su deuda, estas sumas, luego de haber sido satisfechas por el Banco Central, sea emitiendo el papel moneda necesario o constituyendo los depósitos a la vista a favor de los bancos acreedores, que es lo mismo, ocasionan el correspondiente aumento de circulante que, como se ve, no lo produce por cierto un correlativo aumento de transacciones.

Esta parte tendió a evidenciar a lo que conduce la manifestación inexacta

del señor ministro, según la cual el juego de las compensaciones que se opera con motivo de los asientos de contabilidad derivados de la revaluación del oro, no genera inflación, ni creación de billetes, ni ganancias efectivas para el gobierno. Se demuestra, en cambio, de la manera más concluyente: primero, hay inflación; segundo, hay emisión; tercero, hay una fabulosa ganancia de millones de pesos para el gobierno, mediante la cual puede pagar totalmente su deuda flotante, quedando aun recursos a su alcance que le dejen un remanente, el que, como se verá más adelante, asciende a una respetable cantidad de millones. Por tanto, las dos partidas que acabo de analizar están bien incluidas en la planilla correspondiente.

No me cansaré de repetir que asciende a la suma de 607.452.998,19 la cantidad que no se esteriliza e incrementará el circulante actual. Podría creerse, después de lo dicho, que por lo menos el Instituto Movilizador contará con los 60.000.000 a que me he referido, es decir, 50.000.000 del monto definitivo, del fondo de reserva, más 10.000.000 que representan su capital, pero quien eso pensara sufriría un lamentable error, pues también esos 60.000.000 a la postre pueden ir a parar a manos del gobierno nacional ¿De qué manera? Sencillamente, el artículo 12 de la ley de organización que modificó el Honorable Senado, establece que el monto definitivo de la reserva, lo mismo que el capital, puede ser invertido por el Instituto Movilizador en valores nacionales o en bonos consolidados del tesoro nacional. Si se relaciona este artículo con el 9º de la misma ley, encontramos que se faculta al Poder Ejecutivo para emitir valores nacionales a los efectos de arreglar su deuda directa e indirecta con el Banco de la Nación Argentina. ¿Qué puede suceder entonces? Que existiendo la posibilidad de que el Poder Ejecutivo emita títulos para cubrir la deuda con el Banco de la Nación y estando facultado el Instituto Movilizador para invertir los 60.000.000 de pesos en títulos de esa

clase, tan pronto como estén emitidos, el Instituto haga dicha inversión girando a cargo del Banco Central para cubrir su importe, el que, en definitiva, irá a parar al Banco de la Nación. Este último podrá, a su vez, depositar ese cheque para el crédito de su cuenta en el Banco Central, pero como depósito a la vista en el Banco y papel moneda es la misma cosa, cuando el Banco de la Nación preste dinero a su clientela, lo podrá obtener de su depósito en el Banco Central, con cuyo motivo funcionará nuevamente la máquina de imprimir billetes.

Pasaré a explicar ahora las dos últimas partidas, cada una de las cuales asciende a 125,430.000 pesos. El artículo 4° del proyecto de Banco Central preparado por el Poder Ejecutivo, lo modificó el Senado con el objeto de darle mayor claridad. Dice que el Banco Central en ningún caso podrá tener divisas por más del 20 % de las reservas, ni computarlas dentro de las mismas por más del 10 %. Conforme a este texto de la ley, un 10 % de encajes por divisas puede incorporarse a las reservas del Banco. El otro 10 % lo podrá tener el Banco para el desenvolvimiento de sus obligaciones. ¿Cómo procede el Banco para obtener ese 20 por ciento? Sin duda alguna adquiriéndolo. Dada la coincidencia de que el gobierno tiene divisas, es lógico admitir que se entienda con éste sin buscar otro vendedor. Va de suyo, entonces, que el gobierno al transferirle las divisas que vende recibirá el equivalente. Para satisfacerlo, el Banco tiene que usar de su mecanismo. Conviene dejar aclarada la diferencia que existe entre el 10 % que puede incorporarse a la reserva metálica del Banco, frente a ese otro 10 % que el Banco puede tener. Con respecto al primero, el Banco podrá emitir, con el margen mínimo, por cada 25 pesos oro sellado o su equivalente en divisas que se incorpora a la reserva, 501,72 pesos. En cambio, con ese otro 10 % no ocurre lo mismo, pues por 25 pesos oro sellado que el Banco tenga en divisas, sólo podrá emitir 125,43 pesos; de esto se deduce que el

porcentaje incorporado a la reserva ocasiona la emisión de su equivalente que, en forma definitiva, se suma al circulante. En cambio, el otro porcentaje que el Banco pueda tener permite decir que es posible recuperar lo invertido cuando proceda a negociarlo; pero como la ley autoriza a tener ese 10 % de divisas permanentemente, es indudable que, en forma permanente también, podrá estar en la circulación el correlativo papel moneda. Esta es la razón por la cual he incluido en la planilla número 10 las dos partidas.

Se podrá argumentar que siendo facultativo del Banco tener ese porcentaje de divisas indicado, sólo en el caso de que así fuera, se producirá lo que afirmo y no en una situación contraria. Si de tal manera se argumentara, recalco, una vez más, que el estudio que estoy haciendo se refiere al aumento de circulante que puede producirse, sin entrar a juzgar si se producirá o no; sólo me ocupo de lo que la ley autoriza y no de lo que quiera o no quiera hacerse.

Debo volver nuevamente a ocuparme del Instituto Movilizador. El artículo 1° que regula el funcionamiento del mismo, dice que se crea para adquirir inmuebles y demás inversiones inmovilizadas de los bancos, con el objeto de venderlos gradual y progresivamente. Yo me pregunto: ¿qué bancos serán los clientes de este Instituto? La pregunta tiene su razón de ser porque si se trata de créditos con firmas buenas, cuya cobranza depende del transcurso del tiempo acordado para el pago, ningún Banco los llevará al Instituto Movilizador. Digo esto porque, si recibidos los documentos, el Instituto los pagara íntegramente en efectivo, sin quebranto alguno o con uno pequeño, o si los bonos amortizables a que se refiere el artículo 4° estuviera el Banco Central obligado a adquirirlos, me explico que esa ventaja consistente en obtener de inmediato el efectivo del crédito congelado, en especial para bancos que los tienen en gran escala, estimule a sus titulares a concurrir a operar con el Instituto: ¿pero

para qué le sirve ese bono amortizable a la institución bancaria que lo tiene? Advierta el señor ministro que esos bonos no se redescuentan y siendo así cuanto mayor sea la posibilidad de que el titular de un crédito congelado pueda realizarlo, cualquiera sea el resultado que en definitiva obtenga, menos probable será que acuda al Instituto Movilizador. Luego, pues, si llevan los créditos congelados al Instituto para recibir en bonos el importe que se les fije, es porque para algo deben servir esos bonos; de lo contrario, nadie tendría interés en tomar un papel que para nada sirve. No se concibe, me dije, que el Instituto Movilizador emita papeles inservibles y mucho menos que los bancos titulares de créditos o de bienes que se transfieren para su descongelación, acepten esos papeles. Estos razonamientos abren un interrogante que yo no sabría contestar. La ley no me permite dar una respuesta concreta.

Se quieren tomar medidas para obtener la liquidez de los activos congelados de los bancos, pero no se le ocurrió al Poder Ejecutivo que la mejor manera de lograrlo consiste en obligar a esos bancos a que no distribuyan dividendos a sus accionistas mientras estén trabados en su desenvolvimiento por falta de disponibilidad del importe que representan los inmuebles o los créditos en estado de congelación. No es razonable ni justo que, mientras se crea un fondo para posibles quebrantos — los que tendrán que producirse precisamente si llega el caso de insolvencia de los bancos, puesto que aseguran al Instituto la devolución del importe que han recibido —, no es justo, decía, que interin se opera la descongelación, los accionistas continúen cobrando dividendos. Privarlos de ese beneficio sería una forma de contribuir con eficacia no sólo a que se active la descongelación, sino a que no vuelvan a producirse situaciones que obliguen a los bancos a descongelar.

Supóngase el caso de un Banco que después de operar algún tiempo con el

Instituto Movilizador, va a la quiebra, pero que hasta entonces distribuyó dividendos a sus accionistas. Supóngase también que con motivo de esa quiebra el Instituto deba soportar las pérdidas inherentes a la liquidación de los créditos congelados de dicho Banco. ¿Qué resultará en definitiva? Que ese Banco ha pagado dividendos a sus accionistas a costa del pueblo de la República.

Pero como tampoco sería justo privar a los accionistas de dividendo si la liquidación de los créditos congelados se lleva a cabo con normalidad, vale decir, sin que se produzca quebranto alguno para el Instituto, lo lógico habría sido disponer que dichos dividendos se acrediten en cuenta especial en el Banco Central, afectados como garantía especial, también a la liquidación definitiva de los créditos congelados.

Si al final ningún quebranto experimenta el Banco, el titular de los créditos congelados o los accionistas podrían sin inconveniente retirar sus dividendos.

Como digo, nada de esto se ha previsto.

Antes de cerrar la explicación relativa a la planilla número 10, que se refiere al cálculo del aumento del circulante que puede producirse mediante la ley tal como está proyectada, con prescindencia del redescuento, quiero hacer presente que según el artículo 42 de la ley de Banco Central, por lo que dijo el señor ministro en el discurso que pronunció en el Honorable Senado, los bancos depositarán en el Banco Central el porcentaje de sus efectivos mínimos fijados por la ley; agregando que servirán también para las operaciones de la Cámara Compensadora.

Esto quiere decir que a los bancos les quedarán disponibles los saldos que actualmente tienen en la Cámara, saldos que vendrán así a sumarse al circulante disponible y que importan, según balance del Banco de la Nación al 31 de Diciembre de 1934, 89.896.470,35, más 8.047,80 oro sellado, suma ésta que habría que agregar al total de pesos

1.051.912.998,19, que resulta de la planilla analizada.

He probado en forma que no puede discutirse, que la vigencia de los proyectos que estamos tratando originará, sin que entre a funcionar el redescuento, el aumento del circulante que ya cité, sobre el actual. Midamos, señores diputados, las consecuencias gravísimas que esto aparejará.

Me parece de más poner de relieve los males que trae el inflacionismo. El envilecimiento de la moneda es un factor que actúa como rebaja automática de los salarios, produciendo miseria y hambre en los hogares humildes; trae perturbaciones de todo orden para la economía del país.

He considerado hasta ahora el aspecto emisionista de los proyectos. Veamos los recursos que estos mismos proyectos ponen al alcance del gobierno nacional. Para no fatigar la atención de los señores diputados, leeré cifras redondas.

Planilla N° 11.

**RECURSOS QUE LAS LEYES PROYECTADAS PONEN AL ALCANCE DEL GOBIERNO NACIONAL.**

\$ m/n.

1 Mitad de la posible emisión de moneda divisionaria . .	26.800.000.—
2 Préstamo indirecto del capital del Banco Central (Artículo 34, inciso b) de la ley del Banco Central) . . .	20.000.000.—
3 Préstamos directos del Banco de la Nación:	
15 % de su capital . . . .	24.811.392,91
15 % de sus reservas (pesos 4.653.823,95 o/s. al 501,72 por ciento) . . . . .	23.349.165,52
4 Préstamos indirectos posibles (caución de títulos y cédulas nacionales) . . . . .	33.081.957,21
Otro 20 % (Artículo 6º de la ley de modificación de la ley orgánica del Banco de la Nación) . . . . .	31.132.220,69

\$ m/n.

5 Diferencia entre el monto inicial y el definitivo de la reserva del Instituto Movilizador (Artículo 13 de la ley de organización) . . .	607.452.998,19
6 Bonos consolidados 3 % (Artículo 7º de la ley de organización) . . . . .	400.000.000.—
7 Adelantos del Banco Central (Artículo 44 de la ley del Banco Central) . . . .	75.000.000.—
8 Capital y Fondo de Reserva definitivo del Instituto Movilizador que puede invertir en valores nacionales (Artículo 12 de la ley de organización) . . . . .	60.000.000.—
Total . . . . .	1.301.627.634,52

Las partidas 5 y 6 permiten enjugar la deuda flotante bancaria totalmente y queda un excedente considerable. La deuda flotante total estaba calculada a fines de 1934, según informaciones del Ministerio de Hacienda, que obtuve por intermedio de mi compañero de sector, ingeniero Noble, en la suma de 802.718.500.

Quiere decir que el gobierno puede cancelar totalmente esa deuda flotante, transformar los 150.000.000 de títulos del Empréstito Patriótico, quedándole un remanente de 348.909.134,52. Téngase presente que a la suma anterior, hay que agregar el saldo final que queda después de terminadas las operaciones del Instituto Movilizador, cuyo saldo estará formado por lo que quedara del capital y reserva, e importe de billetes perdidos, según lo dijo el señor ministro de Hacienda en el discurso pronunciado en el Honorable Senado.

Todo lo que ya dije al referirme a la planilla 10, me permitirá explicar con rapidez esta otra que acabo de leer.

La partida de 26.800.000, se refiere a la posible emisión de moneda divisionaria. Está autorizada por la ley de una manera expresa. Su monto deriva de la diferencia entre la emisión

total a razón de 20 pesos por habitante, deducida de esta que asciende a 240.000.000 de pesos, el importe de la moneda fiduciaria actual en circulación.

El préstamo que el Banco Central puede hacer al gobierno nacional también fué explicado. Asciende a pesos 20.000.000.

Los préstamos del Banco de la Nación al gobierno nacional están autorizados en el artículo 6° de la ley de modificaciones de la ley orgánica del Banco de la Nación. El préstamo directo de 15 %, se refiere al primer párrafo de ese artículo, tomando como base el capital del Banco de la Nación al 31 de Diciembre de 1934. La partida asciende a 48.160.568. Los posibles préstamos indirectos del 20 % están computados, como ya dije en el segundo párrafo del mismo artículo. Acerca del 20 % cabe decir, que está abierta la posibilidad de que el préstamo se efectúe, máxime si se tiene en cuenta que quien ha de hacerlo es el Banco de la Nación, tan excesivamente complaciente con todos los gobiernos. No puede esperarse que ponga demasiado empeño en investigar si se trata de la colocación inicial o de otras operaciones con títulos ya existentes en el mercado.

Difícilmente podrá probarse que el Banco ha incurrido en transgresiones, porque se trata de un asunto supeditado al criterio puramente interpretativo de sus directores.

La partida que sigue es, como expliqué, la diferencia entre el monto inicial y el monto de la reserva del Instituto Movilizador.

—Ocupa la Presidencia, el señor vicepresidente 1° de la Honorable Cámara, don Antenor R. Ferreira.

Los bonos consolidados del 3 %, que importan 400.000.000, fueron objeto de un estudio detenido. En cuanto al adelanto del Banco al gobierno de la Nación, que autoriza el artículo 44, lo he fijado en 75.000.000 tomando como base el término medio de la recauda-

ción de los tres años anteriores. Finalmente cierra esta planilla la partida de 60.000.000 correspondiente al capital más el monto de reserva definitivo del Instituto Movilizador, importe que éste puede invertir en valores nacionales. También lo expliqué con detención.

La suma de todos estos recursos asciende a 1.301.000.000, lo que da una idea de la magnitud de los fondos que el gobierno tiene a su alcance, si llegan a sancionarse las leyes que estamos discutiendo.

Quiero aclarar, una vez más, que la partida que corresponde a la diferencia entre el monto inicial y el definitivo de la reserva del Instituto, así como los bonos consolidados del 3 %, que ascienden a 400.000.000, permiten pagar la deuda flotante en su totalidad, que estaba calculada a fines de 1934, según informaciones que me fueron suministradas, según ya dije, en la suma de 802.718.500 pesos.

El Poder Ejecutivo puede, pues, cancelar en su totalidad la deuda flotante, quedándole todavía un remanente después de transformados los títulos del Empréstito Patriótico.

¿Qué consecuencia traerá todo esto para la economía del país? Desde luego, la de toda inflación.

Antes de terminar, quiero referirme ligeramente, aunque más no sea, a algunos otros aspectos vinculados con la ley que se discute y que es conveniente tener en cuenta.

El señor ministro de Hacienda ha percibido, sin duda, que en un momento dado la revaluación del oro puede producir graves trastornos en el standard de vida de los habitantes de la República que no tienen más patrimonio que el producido de su trabajo. Hizo notar que los derechos de aduana se continuarán cobrando a razón de 2,27 pesos papel, equivalentes a un peso oro. Desde luego, mientras los derechos de aduana se sigan cobrando al cambio actual, nada va a ocurrir; pero como esta revaluación provisional va marcando el límite de la definitiva, hay que ponerse en guardia, a tiempo, dando la voz de alarma, porque el día que



por un peso oro haya que pagar 5,0172 pesos en vez de 2,27, la tarifa de avales se habrá multiplicado por dos y todos los artículos importados, y por reflejo los de producción interna aunque en menor medida, experimentarán un recargo extraordinario. Cálculen los señores diputados lo que esto significa para las clases menesterosas: los salarios y sueldos permanecerán invariables, pero los artículos de consumo aumentarán de precio enormemente. Esto creará malestar y originará huelgas que se sabe cómo comienzan, pero se ignora cuándo y en qué forma terminan.

Entre las recomendaciones por demás interesantes que hizo el señor Niemeyer y que tampoco tomó en cuenta el Poder Ejecutivo, figura la que se relaciona con la conveniencia de coordinar con el Banco Central todo lo relativo a la emisión de empréstitos externos, sean de carácter nacional, provincial o municipal. Me parece innecesario demostrar la importancia de esto. Basta leer la parte pertinente del informe del referido perito para darse cuenta. Ningún escrúpulo de carácter constitucional puede oponerse, frente a la necesidad suprema de defender los intereses generales del país, como resulta con toda claridad de lo que tan acertadamente dice el perito Niemeyer. Sin embargo, ni en el proyecto venido en revisión del Senado, ni en el despacho de la comisión se dice una sola palabra al respecto. Hace poco hemos sancionado la ley de unificación de impuestos internos y en el transcurso del debate se aludió hasta el cansancio a la unidad económica del país, destacando los grandes beneficios que aquélla iba a reportar. Yo no veo que esto de coordinar los empréstitos externos tenga menos importancia ni contribuya a restar nada a esa unidad económica, sino que por el contrario la robustece de la manera más evidente.

**Sr. Martínez.** — Eso está previsto en gran parte, en la ley de unificación de impuestos internos.

**Sr. Godfrid.** — Yo me refiero a los empréstitos externos.

De lo que hasta aquí llevo expuesto se demuestra en forma concluyente:

1º — Los proyectos en discusión producirán, inevitablemente, inflación. El Poder Ejecutivo dijo que su propósito era coordinar elementos dispersos para conseguir una mayor unidad de acción a los efectos de regular los medios de pago, manteniendo, a su vez, el valor de la moneda. En principio, tienden a eso, pero tienden también a la inflación. En el cálculo que hice del incremento del circulante se enuncian cada uno de los factores que pueden originarlo, llegándose a un aumento de 1.051.000.000 de pesos, lo que importa llevar la circulación a casi el doble de su monto actual.

2º — Este aumento del circulante guarda estrecha relación con el monto de los recursos que los proyectos ponen al alcance del gobierno. Hecho el cómputo, se demuestra que llegan a la suma de 1.300.000.000 de pesos. Repito e insisto en que la ley permite hacer uso de esos recursos. En esa circunstancia, valé decir, en la facultad de hacer lo que la ley autoriza, está el peligro. Haría mal el señor ministro en no aceptar estas razonables afirmaciones, a menos que piense que nunca será substituído en el desempeño de su cargo. El puede afirmar que se abstendrá de hacer uso de algunos de esos recursos durante el tiempo que desempeñe el ministerio, pero no tiene derecho a hacer la misma afirmación con respecto a los que, tarde o temprano, han de sucederle. Las leyes deben contener las medidas de previsión necesarias para impedir que gobernantes inescrupulosos o imprudentes hagan uso inmoderado o perjudicial de ellas. Los gobernantes de manos limpias, escrupulosos y prudentes, gobiernan bien con cualquier ley, por mala que sea. Es deber del legislador adoptar medidas de previsión, especialmente tratándose de esta clase de asuntos que tan graves perturbaciones pueden traer al país.

3º — He probado con cálculos exactos, al centavo, que la emisión que la ley autoriza puede llegar a límites realmente fantásticos. Será una borrachera

de millones: 5.800.000.000. No importa que quienes hoy están al frente del gobierno o por vez primera dirijan el Banco Central sean personas que, teniendo noción exacta de su responsabilidad, cuiden de llegar al límite que con sobrada razón tanto preocupa al señor ministro.

No debemos dictar leyes que permitan hacer lo malo, confiando por entero en que los hombres serán buenos, menos aún tratándose de la moneda, con respecto a la cual nuestra historia proporciona una nutrida serie de acontecimientos a cual más lamentable.

No constituimos un partido de clase, pero tampoco podemos desconocer la realidad de los hechos. No se puede ni se debe quedar ciego ni sordo frente a la evidencia misma que crean los problemas del momento en que vive el mundo civilizado. Es indudable que quienes lleguen a dirigir el Banco Central pueden en materia monetaria, tener opiniones o intereses que no guarden concordancia con quienes sufren las consecuencias que aparea una moneda envilecida.

Faltaría a mi deber si dejara de referirme a este hecho, con lo que está lejos de mi ánimo herir la susceptibilidad de nadie. A propósito de esto último quiero decir algunas palabras relacionadas con lo que se afirma en la exposición de motivos del Poder Ejecutivo reproduciendo conceptos vertidos por el perito señor Niemeyer, según el cual «los componentes del directorio del Banco Central han de inspirar sus actos más en mira de los intereses generales que de los suyos particulares». Ese meduloso concepto constituye algo así como una coraza contra la que ha de estrellarse cualquier actitud inconveniente de los gobiernos que pretendan colocar al Banco en condiciones que importen transgredir las previsiones contenidas en la ley de su creación y contra los directores mismos, para mantener latente en ellos esta saludable advertencia: la defensa de los intereses generales antes que la del interés particular.

No quiero que a mis palabras se dé un alcance torcido. Hay países en que la defensa de determinados intereses de carácter general es a menudo confiada a quienes no ejercen una representación popular. Esto no se aviene tan fácilmente con nuestro régimen de gobierno. Por eso vuelvo a recordar una vez más que los asuntos monetarios no pueden resolverse adoptando modelos de otros países. Podemos admitir como elemento de juicio todo aquello que trasplantado a nuestro ambiente no contradiga nuestros antecedentes históricos, nuestra idiosincrasia, nuestra manera de practicar y de sentir el régimen democrático y nuestra sensibilidad para percibir las desarmonías sociales.

Nuestro país cuenta con una población que se calcula en 12.000.000 de habitantes, de los cuales tal vez 10.000.000 dependen directa o indirectamente del sueldo o jornal. El resto lo constituye el grupo de los comerciantes, agricultores, ganaderos, industriales, etcétera. Todos labran la grandeza del país; pero es indudable que los intereses de unos frente al de los otros son evidentemente contradictorios. Dejar el manejo de la moneda a un solo sector, por buenas que sean sus inspiraciones, significa admitir desde ya que en un momento dado tendrán que actuar fatalmente en el sentido que los empujen los intereses a los cuales están vinculados.

¿Qué ocurrirá entonces, señores diputados, si puestas en movimiento las instituciones que crean los proyectos que estamos discutiendo, se produjeran los hechos que los mismos autorizan, con las graves consecuencias que ello pueda reportar? Sobrevendrá el derrumbe del papel moneda, se producirá un envilecimiento tal del mismo, que difícilmente podrán surtir efecto los frenos que se apliquen para detener el desastre. El peso papel se reducirá más de lo reducido que queda; en vez de 19,33 oro sellado por cada uno, podrá bajar a diez o a menos y volverán así a producirse situaciones pasadas cuya sola evocación espanta. Las víctimas serán

las de siempre: los que viven de su sueldo o de su salario.

Señor presidente: Llego al final de mi exposición. Abrigo la creencia de que quienes me escucharon habrán podido apreciar junto con la intensidad de la labor desarrollada, el propósito sincero que me anima: contribuir con mi mejor esfuerzo para que estos proyectos de trascendental importancia se estudien en la forma más completa posible. Existe peligro en su sanción si de ellos no se hace un estudio sereno, tranquilo y meditado. Nada perderá el país, si después que hayamos formado conciencia plena, nos disponemos en las sesiones ordinarias a hacer una discusión amplia, con lo que hemos de acreditar que somos dignos de nuestra alta investidura.

Este sector de la oposición quiere compartir la responsabilidad de las leyes a dictarse, pero siempre que sea en las condiciones aludidas. No hemos de regatear un solo adarme de la gloria que pueda corresponderle al Poder Ejecutivo. Y en nombre de ese sector hago un llamado patriótico a los señores diputados, pidiendo voten la moción que formulo, de que se aplace para el próximo período ordinario de sesiones la consideración de los proyectos sobre bancos y moneda. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos*).

—Se llama para formar quórum.

**Sr. Godfrid.** — Como el propósito que me anima es que se vote la moción que he formulado una vez que hayan participado del debate otros señores diputados, la difiero para esa oportunidad.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Perfectamente, señor diputado.

## 2

### CUARTO INTERMEDIO

**Sr. Pfleger.** — Pido la palabra.

Hago moción de que la Cámara pase a cuarto intermedio hasta las 15 horas

**Sr. Corominas Segura.** — ¿No tendría inconveniente el señor diputado en que fuera hasta las 14 horas?

**Sr. Pfleger.** — Podría ser, entonces hasta las 14 y 30.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Se va a votar la moción formulada por el señor diputado por la Capital, de pasar a cuarto intermedio hasta las 14 y 30.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Invito a la Honorable Cámara a pasar a cuarto intermedio.

—Así se hace, siendo las 12 y 10.

## 3

### PROYECTOS SOBRE BANCOS Y MONEDA

—A la hora 14 y 36:

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Continúa la sesión.

**Sr. Dickmann (E.).** — Pido la palabra.

Confieso, señor presidente, que participo en este debate con un estado de ánimo asaz lamentable. Estamos haciendo una gran ficción parlamentaria; se realiza este debate en circunstancias realmente singulares; antes del debate todo está ya arreglado; hay una mayoría decidida y dispuesta a votar los proyectos del Poder Ejecutivo, y por decidida y dispuesta, es inútil que se invoque a su razón, que se trate de convencer a los señores diputados, que se trate de aportar nuevos elementos y nuevos argumentos al debate. Una mayoría que está impaciente por votar, que parece hacer una concesión, que parece otorgar una verdadera gracia a los diputados contrarios a estos proyectos, permitiéndoles que durante algunas sesiones digan cosas que no les interesa ni los convence. Así vemos desarrollarse este debate en un ambiente de indiferencia, de escepticismo, del deseo de terminar cuanto antes con el asunto. Y el señor ministro de Hacienda, celoso guardián de la mayoría, trata por todos los medios a su alcance, que son principalmente persuasivos, de mantener esa mayoría

paciente y quieta para que escuche lo que la oposición quiere decir.

Estamos, pues, haciendo una gran ficción parlamentaria. En tales circunstancias los oradores que entran a la discusión no pueden hacerlo con profunda convicción, con fervor democrático, con deseo de debatir y de ilustrar a la opinión pública y a la representación nacional, sobre problemas tan trascendentales y fundamentales.

A pesar de ello, los socialistas estamos animados o padecemos de una fuerte dosis de optimismo. A pesar de las circunstancias tan desfavorables, aun desde el punto de vista del ambiente atmosférico, estamos enfermos los legisladores socialistas de optimismo, y aquí estamos renovando un debate que se está haciendo desde hace veinte años, repitiendo, en gran parte, cosas sabidas, porque en estas materias no se puede inventar nada nuevo.

Frente a un nuevo despojo, conocido en la política monetaria argentina, que esta vez va disfrazado con un ropaje teórico un poco distinto que en las anteriores veces. Un nuevo despojo monetario: esto es lo que estamos discutiendo. Se ha hablado con énfasis de ganancias que va a hacer el gobierno con la revaluación del oro; y yo afirmo, de entrada, en este debate, que no se trata de ganancias sino de despojo.

Por otra parte, ¿cómo ha llegado este asunto a la Cámara? ¿Cómo ha llegado a conocimiento de los legisladores socialistas? Esta cuestión se ha tramitado bajo el más estricto secreto. Los legisladores que han sido consultados han sido objeto de un verdadero privilegio. Por el sigilo, por el secreto, por todo el aparato de ocultamiento que se le ha rodeado, se ha colocado a muchos legisladores en este asunto en evidente inferioridad de condiciones. Fué necesario que algún órgano de la prensa descubriera que por ahí circulaba un libro con proyectos monetarios y bancarios, que se lo denunciara, que se hiciera alrededor de él una atmósfera, para que el pastel se descubriera;

y entonces nos mandaron, a los dos meses de circular el famoso libro, uno con hojas arrancadas, nos mandaron los fundamentos pero no los proyectos. Y bajo la presión del ambiente fué necesario cambiar un poco de táctica; y el impulso primario del señor ministro de Hacienda ha tenido que moderarse y entonces se permitió la discusión pública, más o menos extensa, alrededor del problema monetario.

¿Pero cuál ha sido el ejemplo del Honorable Senado? Allí, la Comisión de Hacienda, compuesta por tres senadores, despachó el asunto en una sola sesión, cinco enormes proyectos, proyectos que comprometían el presente de la República y mucho más, su porvenir; en una sola sesión fueron despachados con algunas modificaciones que estaban listas antes de entrar los proyectos al Senado. Y a los poquísimos días se discutieron y sancionaron.

Evidentemente, señores diputados, en el Senado la oposición a estos proyectos es mucho más débil que en la Honorable Cámara; más débil numéricamente y, por supuesto, la oposición a las mismas, no ha podido tener la repercusión ni la influencia que en la Cámara popular, aun por razones de su origen.

En realidad, estos proyectos debían originariamente haber venido aquí; son proyectos que tienen mucho que hacer con el concepto y con la idea de impuestos. Debería haber venido a la Cámara de Diputados, a la Cámara de origen popular, a la Cámara del sufragio universal; pero el Poder Ejecutivo, cuando tiene que cometer alguno de estos actos casi de fuerza, prefiere iniciarlos por el Senado. Es un Cuerpo más dúctil. Para el Poder Ejecutivo un Cuerpo más sesudo; para nosotros más arcaico.

¿Cuál fué el debate que se hizo en el Senado? Lo he seguido con gran interés. Fuí a presenciarlo. He escuchado el discurso del miembro informante, senador Arenas, que representa a la provincia cuyana de Mendoza. La ubérrima provincia de Mendoza, cuyo

sol ardiente madura sus racimos en las cepas, es la provincia más congelada. Es una verdadera paradoja; una verdadera contradicción. Pero le tocó al representante de la provincia más congelada informar en este asunto.

El señor senador Arenas hizo el entierro de la Caja de Conversión. Dijo: «Nuestro viejo y querido instituto nacional, la Caja de Conversión, hija del genio de Pellegrini y los hombres del 90, integrada en su acervo por Roca y Rosa en el 99 y con nuevo vigor por el redescuento bancario de la ley del 14, ha cumplido su misión y deja a su posteridad una herencia formidable: sus 358 toneladas de metálico que permitirán una base sólida a la evolución que hay que producir en la actualidad».

Cuando oí ese panegírico de entierro me hizo la impresión de la llorona alquilada en el entierro del angelito. Es un angelito; va a ir al Cielo y es una verdadera desgracia el que haya que enterrarlo.

El senador Arenas ha dicho algo más. Explicó en buena parte o en su totalidad, el apuro que tiene el señor ministro de Hacienda, la urgencia que el Poder Ejecutivo ha puesto en esta grave cuestión.

Dijo: «Otra de las razones de urgencia para resolver la situación del momento es la inadecuada intervención sobre las divisas y cambios en manos del Poder Ejecutivo, con una organización deficiente, de difícil control, como lo han revelado los hechos y en especial por la insuficiencia de los recursos de que dispone el Poder Ejecutivo para mantener una relativa estabilidad de la moneda, lo que avoca, en estos momentos, por la afluencia de giros a favor, a una valorización inmediata del peso, según manifestaciones hechas a la comisión por el señor ministro de Hacienda.»

El señor ministro de Hacienda manifestó a la comisión del Honorable Senado, que urgía despachar los proyectos porque el peso argentino se valorizaba. ¡Fíjense los señores diputados, en la gravedad y el peligro inmi-

nente para el país, que representa el hecho de que el peso se esté valorizando! Deberíamos estar orgullosos, una íntima satisfacción patriótica debiera animar a todos los habitantes del país y a todos sus representantes de que el peso argentino, tan menospreciado, tan desvalorizado, se esté valorizando, y el señor ministro de Hacienda debiera contar entre sus glorias ese hecho. Pero como el peso empieza a valorizarse — y a través de todo el debate del Senado se reproduce el mismo *leit motif*, la misma cantilena — hay que apurarse para impedir su valorización. Ven los señores diputados que a los treinta y tantos años de acaecido se reproduce el caso monetario de 1899, cuya ley no fué para convertir ni para estabilizar, sino para impedir que el peso se valorizara.

El señor ministro no se inquietaría, no se alarmaría, ni urgiría a la representación nacional a tomar medida legislativa alguna, si el peso se desvalorizara más. El, por su personal e individual acción, lo ha desvalorizado mucho. Hace apenas dos años valía 26 centavos oro y el señor ministro de Hacienda por su decidida y enérgica voluntad y acción lo ha llevado al valor de 20 centavos oro más o menos: cuando el Poder Ejecutivo compra libras esterlinas a \$ 15; a \$ 0,18 oro, cuando vende en remate a los comerciantes y gana en ello mucho dinero; y a \$ 0,15 y \$ 0,14 oro en el mercado libre. Si el peso siguiera bajando se llegaría a los 0,04 que ha valido en el año 1866. Estoy seguro que en ese caso el señor ministro no habría dicho nada, se hubiera frotado las manos, habríase anotado la gloria de que los chacareiros en lugar de vender a \$ 6 el trigo, cobrarían 10 ó más pesos de \$ 0,04 oro cada uno, y se hubiera exhibido, como ahora se exhibe por todo el país, a través de las ondas radiotelefónicas, la gloria del gobierno que ha conseguido que se pague el trigo a 6 pesos.

La urgencia del asunto es, pues, motivada — lo ha descubierto un señor senador con una franqueza que lo honra — por el hecho de que el peso se esté

valorizando, por el hecho de que el pueblo argentino, el pueblo laborioso y fecundo, que trabaja y produce, ha conseguido que nuestro papel moneda empiece a valorizarse. Y yo estoy seguro, señores diputados, que si no hubiera cortapisas, si no hubiera una conjuración siniestra de parte del gobierno contra el peso argentino, éste se habría valorizado aun más. Tengo la conciencia de que ahora operan fuerzas no espontáneas sobre el mercado de las divisas. Pero a pesar de todo lo que se hace, el peso se valoriza y para impedirlo hay que sancionar estos proyectos a tambor batiente, bajo una presión atmosférica, física y moral, realmente insoportable.

Para discutir estos asuntos, los socialistas debemos estar animados por una profunda fe en el triunfo final de la razón. Es una esperanza, es un anhelo, es un fervor. Creemos que a pesar de todo, la razón pueda algún día, llegar a iluminar la conciencia de grandes masas de hombres para comprender asuntos de la gravedad del que discutimos.

Pero hay algo más para entrar a este debate con un estado de ánimo no muy propicio: se ha hecho, se ha tratado de hacer alrededor del asunto una verdadera complicidad de silencio. Ha habido excepciones, excepciones de un altísimo valor y honor, y se ha tratado de moderar la crítica, de suspenderla; se han organizado alrededor de esas cuestiones, fuerzas, grupos sociales, intereses, influencias, para que pasen más o menos en silencio. Por eso es más importante la voz aislada o las pocas voces aisladas, que se han alzado; voz de Bautista en el desierto, para clamar contra las tropelías del gobierno en asuntos tan graves y trascendentales.

Yo sé, señores diputados que en la derecha no todos son partidarios de estos proyectos, que no todos creen en la urgencia de los mismos. Sé que muchísimos diputados hubieran preferido discutirlos en las sesiones ordinarias.

¿Qué urgencia hay? Faltan dos o tres meses para las sesiones ordinarias. ¿Alguna grave amenaza pública se

cierne sobre el país? ¿Por qué estamos bajo esa presión en vísperas de Carnaval, en los días en que se cree no se va a conseguir quórum, por lo cual hay que sesionar a la noche, a la mañana, a la tarde, en días caniculares, bochornosos? ¿Qué urgencia hay? Sé que hay diputados — ¡cómo no haberlos! — que en su conciencia íntima estarían dispuestos a tratar tranquila, serenamente, en las sesiones ordinarias, asuntos de esta magnitud. Sé que hay algunos diputados que hasta creen que por ahora lo mejor sería no discutirlos.

Pero una mal entendida solidaridad política desarma a muchas voluntades y amortigua muchas conciencias. Una mal entendida solidaridad política, porque estos asuntos no deben ser de la política electoral corriente. La medida, el peso, el valor, afectan a todos por igual. Y no es en realidad, repito, no debe ser, asunto de la política electoral militante.

Mas: esta Cámara y este Poder Ejecutivo han sido electos con plataformas donde todos los partidos tenían las palabritas «moneda sana», lo que, evidentemente significaba un verdadero compromiso con el electorado y un progreso político. El Poder Ejecutivo electo en 1932, un poco por la violencia y un poco por el fraude, como dijo ayer el doctor Repetto con gráfica expresión, tuvo en su plataforma electoral una cosa que a nosotros nos pareció excelente: se comprometía a mantener la moneda sana. En un momento en que la moneda en el mundo estaba tan gravemente perturbada, el país argentino se daba el gustazo, el lujo, la satisfacción de decir: este país puede mantener su moneda sana.

Así que todos los señores diputados aquí sentados están bajo ese compromiso político.

Recién cuando el señor ministro de Hacienda se dió cuenta de que la gran masa popular estaba ilustrándose por dos órganos de la prensa, uno apolítico y otro de un partido político, organizó él la polémica desleal, porque es una polémica de monopolio, porque

tiene en su poder las broadcastings bajo la censura y el control de Correos, y por este medio contesta diariamente a las verdades que se propagan y divulgan en el país sobre estos graves asuntos.

Y también, señor presidente, entramos en esta discusión con el espíritu agobiado que a pesar de la campaña que se hace en contra de estos malos proyectos no se ha condensado una opinión pública activa, vigilante y enérgica, capaz de manifestar su protesta por el despojo que se le pretende hacer. Yo estoy seguro que si se tomaran cien hombres de la calle y se les preguntara así, ex abrupto, qué piensan de los proyectos del Poder Ejecutivo, estoy seguro que el 90 % contestaría que lo que el gobierno trata de salvar es algunos congelados, algunos liquidados, a expensas del bolsillo de todo el mundo. Yo hice la encuesta. He preguntado a un hombre de letras, equidistante de partidos políticos, a un distinguido hombre de letras, a quien le dije: ¿quiere contestarme usted sobre lo que se piensa en el mundo donde usted actúa, en su mundo de artes y letras, qué se opina de los proyectos monetarios y bancarios del gobierno? Me contestó: «Le voy a decir con absoluta imparcialidad y objetividad. Todo el mundo cree que se van a sacar unos pesos del bolsillo de unos para pagar los vidrios rotos de otros». Si ahora se hubiese hecho un plebiscito sobre este asunto, estoy también seguro que la gran mayoría del pueblo lo hubiere rechazado; pero desgraciadamente vivimos tiempos de escepticismo político y social. No es el momento de analizarlo. Causas ajenas tal vez al país y a sus hombres, causas universales que estoy seguro son transitorias y pasajeras, han determinado un estado colectivo un poco de indiferencia. Se agitan tal vez con cierta actividad fuerzas extremistas, pero son grupos minúsculos de la extrema derecha y de la extrema izquierda, que no se preocupan de los problemas del momento, sino que creen en la violencia. Estos posiblemente son peque-

ños grupos activos, pero la gran masa sufre un poco de indiferencia y de pasividad. Por eso no hemos visto manifestaciones como corresponde a la magnitud del problema que estamos discutiendo y que está por convertirse en ley. Asimismo, cumplimos con nuestro deber. Queremos decir toda la verdad, la verdad amarga y dura, sin tapujos; la verdad que hace bien a todos, que frena a los de arriba y estimula a los de abajo, que denuncia errores y vicios, que corrige procedimientos; la verdad, que si ahora no se traduce en realidad ni acción, estamos seguros se traducirá en el porvenir. Así abordamos este asunto.

No se trata, en realidad, señores diputados, de problemas bancarios, sino, en el fondo y, hasta diría, en la forma, de problemas monetarios disfrazados de bancarios. Fué una vieja ilusión del señor ministro de Hacienda vincular estas dos cuestiones, que no pueden ni deben vincularse, porque por encima de los problemas bancarios están los monetarios. Los problemas bancarios pueden ser resueltos por particulares y deben ser vigilados y controlados por el poder público, en tanto los problemas monetarios son esencialmente del Estado. El señor ministro de Hacienda, aun siendo diputado y cuando fué afiliado al Partido Socialista, ya tenía una propensión a mezclar y confundir ambos problemas.

Lo que estamos discutiendo ahora so pretexto del Banco Central y de la ley de bancos, se refiere a problemas monetarios, que es indispensable analizar y dilucidar; problemas monetarios que el país argentino conoce mejor que muchas naciones europeas porque tiene en esta materia una experiencia más vasta y dolorosa. En vez de inspirarnos en ejemplos extraños, de hacer desfilar por el recinto los bancos centrales de todos los países del mundo, en vez de analizar las leyes de otras naciones, hemos de conocer y analizar nuestro pasado monetario, nuestra propia experiencia, para ver lo que conviene hacer y lo que conviene evitar.



Asistimos, afirmo, al último acto del drama monetario argentino, que empezó el año 14 y termina ahora bajo la dirección de las finanzas nacionales por el doctor Federico Pinedo. Me permitirá la Honorable Cámara que haga una pequeña digresión de orden personal que no puedo evitar.

Declaro que he tenido una verdadera debilidad por el doctor Federico Pinedo. Lo he apreciado, hace muchos años, joven, activo, inteligente, simpático; constituyendo un fenómeno realmente extraordinario en su clase social que se haya acercado a la masa popular, al Partido Socialista, incorporándose a sus filas. He tenido por él una profunda simpatía, casi diría un cariño paternal. Cuando el Partido Socialista lo proclamó candidato a diputado nacional en compañía del curtidor Agustín Muzio, ello fué para mí un hecho simbólico: proclamar en la Capital de la República la candidatura de dos jóvenes socialistas, uno obrero, el otro intelectual; uno hijo de extranjeros, curtidores ellos y curtidor él; otro, hijo del ex ministro Federico Pinedo, nieto del general Pinedo y biznieto de Cornelio Saavedra. Me pareció un verdadero hecho simbólico y lo manifesté públicamente: me pareció la unión fecunda de Calibán y de Próspero. Me parecía la conjunción del trabajo manual y del trabajo mental. Y cuando el doctor Federico Pinedo llegó a esta Cámara por el Partido Socialista, cuando no tenía todavía la edad constitucional, y cuando su diploma fué impugnado en esta Cámara por los diputados de la derecha, yo lo he defendido con calor y simpatía porque la oposición me parecía un hecho realmente insólito. Los diputados conservadores rechazaron asimismo el diploma del diputado electo Pinedo.

Después lo hemos visto en la acción legislativa. He podido apreciar sus conocimientos, su talento verbal, su empuje. En materia monetaria me pareció un hombre perfectamente informado. Ha defendido desde estas bancas, al lado de nosotros, junto con nosotros, los principios monetarios clásicos y fun-

damentales; ha denunciado, con la energía y con el vigor que lo caracteriza, los despojos monetarios de la vieja oligarquía argentina.

Lo hemos oído aquí interpelar a ministros del Poder Ejecutivo con una energía inusitada, maltratarlos, casi correrlos del recinto con su vigorosa argumentación. Y aun cuando se separó del Partido Socialista — separación que él ha lamentado porque fué el último en aceptarla, quiso evitarla personalmente y no pudo porque ya era tarde — tuvo una expresión que me parece traducir ahora todo su pensamiento: «Y bien, dijo, ya que nos obligan a ir a la derecha, iremos de veras a la derecha.»

Pero asimismo, todavía como diputado socialista independiente ha mantenido su doctrina, sus principios, su teoría monetaria, aun en el año 1930 en vísperas del alzamiento militar del 6 de Septiembre. Entonces también ha estado en la buena doctrina, ha defendido el valor del peso, ha defendido el patrimonio de la clase obrera representado por sus salarios, ha defendido su nivel de vida, su capacidad adquisitiva, y ha denunciado la última clausura de la Caja de Conversión como un bochorno para la historia monetaria argentina.

Han presentado él y su colega el malogrado ex diputado y ex ministro doctor de Tomaso, interpelaciones en el año 1930 sobre la clausura de la Caja de Conversión, hecha a fines de 1929 por el presidente Irigoyen.

Y bien; el doctor Federico Pinedo es nombrado ministro de Hacienda y confieso que en mi fuero íntimo estaba satisfecho. Iba un hombre nuevo a la dirección de la hacienda nacional — en este país en que estuvo siempre en manos de viejos oligarcas, vinculados a los intereses del capitalismo espurio — un hombre joven, vigoroso, que hizo su aprendizaje y su escuela en el Partido Socialista, que estuvo al lado del doctor Juan B. Justo y que ha manifestado públicamente sus ideas y sus propósitos en materia monetaria. Yo estaba íntimamente satisfecho. Me dije:

hemos dado a la clase conservadora argentina un ministro de Hacienda que va a saber lo que tiene entre manos. Y estaba tan impresionado por ese hecho que alguna vez — y confieso una debilidad mía: de tanto en tanto leo a los poetas clásicos — estaba dispuesto a entonarle los célebres versos del coro de los ángeles del *Fausto* de Goethe a un nuevo ministro, que para mí era un nuevo fenómeno social. Estaba dispuesto a decirle este célebre verso del coro de los ángeles de *Fausto*:

Desgracia, oh desgracia,  
La tierra hermosa cae, peligrá;  
Nosotros llevaremos sus ruinas a la nada,  
Mas tú, oh poderoso entre los hijos de la  
tierra,  
Tú, magnífico, reconstrúyela según tu cora-  
zón, hazla de nuevo.

Yo esperaba que el ministro de Hacienda, Federico Pinedo, que ha aprendido en la escuela socialista, iba a reconstruir según su corazón y su cerebro, las finanzas nacionales.

Pero cuán grande fué mi dolor — y por eso se explicarán los señores diputados, no mi inquina personal, sino mi protesta íntima interna y externa — haberlo visto embarcado en la vieja rutina, en la vieja escuela; ser el continuador de sus antecesores en materia monetaria, aceptar todos los vicios, todos los errores, agravarlos en mucho, adoptar un lenguaje, inventar teorías, hacer suyas las paparruchas y las pamplinas que circulan en este momento, tan anárquico, caótico y desordenado en materia monetaria; y, lo que es mucho más grave, hacer lo que ha hecho en esta materia. Por eso a mí casi me han sacado de quicio los decretos monetarios de 28 de Noviembre de 1933, preparatorios de lo que ahora estamos disutiendo. Cuando lo oí entonces decir algunas cosas volví a mi viejo Goethe y me acordé del verso con que Margarita contesta a Fausto: «El cura me ha dicho lo mismo, mas en términos un poquitito diferentes». El señor ministro de Hacienda ha dicho lo mismo que todos los viejos ministros oligarcas

de las finanzas argentinas, mas en términos un poquito diferentes. Y ahora cuando lo veo en esa nueva actitud, más que a Fausto de Goethe, me hace acordar al Hamlet de Shakespeare cuando exclama: «El mundo está desquiciado; ¡oh desgracia horrenda haber nacido yo para su enmienda!» El señor ministro, en su discurso del Senado, habló de su destino: es un hombre que ahora cree que es un predestinado. Son sus términos exactos.

Yo he vivido bastante como para ver todos los cambios políticos y sociales en hombres del país y del mundo. He visto fenómenos realmente extraordinarios. He conocido personalmente en Italia, en 1911, al actual Duce, lo he tratado personalmente. En una conversación que tuvimos reprochó a los socialistas italianos y casi implícitamente a los argentinos, nuestro reformismo, nuestra tolerancia para con los poderes constituidos, nuestra pasividad; aplaudió la bomba estallada en el teatro Colón de Buenos Aires en el año del Centenario, bomba que nunca se supo si fué anarquista o policial. El actual Duce Mussolini la aplaudió públicamente; y en nuestra corta vida hemos visto la evolución de este hombre, que no es el único caso en Europa. En nuestro país he visto también, antes que el caso del señor ministro Pinedo y de otros, a hombres que estaban en nuestro partido, en la extrema izquierda, a quienes después les pareció poco nuestro programa y salieron de él para declararse internacionales y comunistas, y poco después fueron senadores nacionales y gobernadores de provincia, en brevísimo lapso, en pocos años.

Así que francamente los hombres son episodios pasajeros y transitorios. Eso no invalida las ideas ni debilitará los partidos. Son disgustos de orden personal, sobre todo cuando uno se equivoca a propósito de los hombres.

Ahora vuelvo al asunto y afirmo que estamos asistiendo al último acto del drama monetario argentino.

Voy a hacer rápidamente, en forma sintética, nuestra historia monetaria para que se vea cómo los fenómenos

se repiten. Conocen los señores diputados, y tal vez lo saben mejor que yo, el desastre monetario del año 1890. En el año 1880, después de la capitalización de Buenos Aires y del ascenso del general Roca a la presidencia de la República, aquel militar enérgico y clarividente realizó como primer acto dar una excelente ley monetaria al país, la ley monetaria de 1881. Creó el peso argentino equivalente a un peso oro de 1 gramo 6129 diez milésimos de oro de 9 décimos de fino. Saben los señores diputados que aquella ley no fué derogada, pero en la práctica, como tantas otras leyes excelentes cuando no hay las costumbres, aquella ley no duró mucho, y conocen la historia de la especulación, del desenfreno, del desastre monetario, que condujo a la revolución de 1890. Aquel ministro Pacheco — no desearía la misma gloria para el ministro Pinedo — creó los bancos garantizados y les dió la facultad de emitir. No siempre ha emitido el gobierno. Creó aquella ley de bancos garantizados y les dió la facultad de emitir. No es una novedad que los bancos van a emitir en el país argentino; ya han emitido en otros tiempos. Creó aquella ley de bancos garantizados que podían emitir contra títulos de gobierno. Y el desastre monetario y bancario fué total.

De manera que en el año 1890, después de la revolución, se dictaron una serie de leyes económicas y financieras, una de las cuales fué la creación del Banco de la Nación con una emisión sin garantía de 50.000.000 y otra fué la creación de la Caja de Conversión, que está registrada bajo el número 2.741, ley que fué sancionada el 6 de Octubre de 1890, a poquísima distancia de la fecha de la revolución de aquel año. La Caja de Conversión fué, pues, creada en el 1890, y van a ver los señores diputados cómo se parece esta creación a la que se quiere hacer ahora con el nombre de Banco Central.

La ley creadora de la Caja de Con-

versión dice: «Artículo 1° — Créase para atender a la conversión y amortización gradual de la moneda de curso legal, una Caja de Conversión. Queda incorporada a esta institución la Oficina Nacional de Bancos Garantidos, con todas las atribuciones que le confiere la ley de su creación y las que por esta ley se le atribuyen. Art. 3° — El directorio de la Caja de Conversión velará por el exacto cumplimiento de todas las leyes que se refieran a emisión, conversión o amortización de moneda de curso legal, ejercerá todas las atribuciones que ésta les acuerda, y será responsable de su violación. Artículo 7° — Una vez instituída la Junta de la Caja de Conversión e instaladas sus oficinas, procederá a recibirse de todos los títulos y valores que sirven de garantía a las emisiones de billetes, de todos los billetes existentes de los bancos garantidos y aun no emitidos o habilitados.»

No leo de esta ley sino los artículos principales, para demostrar la semejanza de aquella creación en pequeño, con la que se pretende hacer ahora en grande.

Artículo 11. — Una vez que la suma de billetes amortizados sea igual al monto de las emisiones de la Nación y Banco Nacional, o cuando el valor en plaza de la moneda fiduciaria sea a la par o próximo a la par, el directorio de la Caja de Conversión, de acuerdo con el Poder Ejecutivo, podrá entregar billetes en cambio de oro, o viceversa, con el objeto de fijar el valor de la moneda fiduciaria.

Esta ley no se puso en práctica. Fué un paliativo, un remedio transitorio y pasajero para salir de una situación muy difícil. La década del 1890 al 1900, o mejor dicho hasta 1899, fué una década de un espíritu prudencial. Hombres prudentes y cautos han creído que había que dejar a las fuerzas naturales de la Nación para que ellas hiciesen lo que no podía hacer la ley. Los hombres de gobierno, como los médicos prudentes, han creído en la *vis medicatur natura*, es decir en las fuer-

zas de la Naturaleza. Y así sucedió. En esos diez años, a través de enormes dificultades, no se emitió más. En algunos momentos se quemaron algunos billetes emitidos y el país se puso a trabajar y nuestro peso empezó a valorizarse para bien del país. En el 99 llegó a valer 50 centavos oro; en el 81 valía 100 centavos oro. Entonces vinieron los curanderos, vinieron los Dulcamares, vinieron los charlatanes de las finanzas y dijeron: ¡Cuidado! El peso se está valorizando demasiado. Y no fué para estabilizarlo ni para valorizarlo sino para impedir que el peso se valorizara más. Se sancionó la ley de conversión, no de la Caja de Conversión, de la emisión fiduciaria, registrada bajo el número 3.871.

Y verán los señores diputados cómo esta ley tampoco se ha cumplido. No se han cumplido en nada los propósitos fundamentales de la ley. Lo necesario, lo transitorio, lo casi imprevisible ha sucedido, menos lo que los hombres se han propuesto hacer.

El artículo 1° de esa ley dice: «La Nación convertirá toda la emisión fiduciaria actual de billetes de curso legal, en moneda nacional de oro, al cambio de 1 peso moneda nacional de curso legal por 0,44 de pesos moneda nacional oro sellado.» El propósito era convertir. Circulaba en aquel entonces cerca de 300.000.000 de pesos sin conversión, valiendo cada peso cerca de 50 centavos oro, y el gobierno se propuso convertirlos a 0,44. Como no tenía oro, se creó por la ley un fondo y los recursos para ese fondo. Ese fondo, que ahora se llama el «fondo de conversión», de 30 ó 40.000.000 de pesos. yo no sé por dónde anda, pero por ahí ha de estar el «fondito» de conversión

Para formar el fondo de conversión se crearon una serie de recursos que es útil que los señores diputados conozcan, recursos que han sido abandonados o que se han incorporado a rentas generales. No se ha convertido, no se han dedicado los recursos al fondo creado, que en este momento hubiera sido un fondo considerable.

Tales recursos, mencionados en el artículo 4°, son los siguientes: 1° 5 % del impuesto adicional a la importación; 2° Las utilidades del Banco de la Nación; 3° El producto anual de la liquidación del Banco Nacional, después de pagados los gastos de administración y el servicio de los títulos y deudas del Banco; 4° El producido de la venta del ferrocarril Andino y a La Toma; 5° Los \$ 6.967.650 oro en cédulas nacionales a oro, de propiedad de la Nación; 6° Los demás recursos que se destinen anualmente a este objeto en el presupuesto nacional.

Durante un tiempo se ha cobrado algo y se ha empezado a formar el fondo, pero después todo ha quedado en nada. Lo único subsistente, lo único que ha servido, es el artículo 7° de la ley, que se ha puesto entre sus disposiciones quizá por inspiración genial, por intuición, o quizá porque algunos de los autores de la ley ha percibido el alcance que pudiera tener esa prescripción en el porvenir. Ese artículo dice: «Mientras no se dicte el decreto a que se refiere el artículo 2°, — es decir, el decreto ordenando la conversión —, fijando la fecha y modo en que debe hacerse la conversión de la moneda de curso legal, la Caja de Conversión emitirá y entregará a quien lo solicite billetes curso legal por moneda de oro sellado, en la proporción de \$ 1 moneda de curso legal por \$ 0,44 oro sellado, y entregará el oro que perciba por este medio, a quien lo solicite, en cambio de moneda papel, al mismo tipo de cambio.

Esta ley fué sancionada el 31 de Octubre de 1899. El artículo 7° empezó a funcionar muy lentamente. Recién empezó a funcionar regularmente en el año 1903, y el gobierno, que se propuso no permitir que el peso valiera más de 0,44, lo consiguió, porque entregaba a cada portador de 0,44 un peso papel. ¿Quién iba a dar más de 0,44 por 1 peso papel?

Durante los primeros 3 ó 4 años todavía hubo algún agio en el oro, pero después se estabilizó por el artículo

7º, no por la ley de conversión. Por el artículo 7º el sistema monetario argentino ha adquirido una solidez y un prestigio considerables.

Es el artículo 7º el que trajo la montaña de oro que el señor senador Arenas calculó en 358 toneladas. Son los portadores de oro que han llevado a la Caja de Conversión y la Caja les ha entregado billetes. Tiene, pues, razón el órgano de la prensa que dice que el oro pertenece a los tenedores de billetes y no a la colectividad.

Señores diputados: Este sistema de la Caja de Conversión ha funcionado admirablemente durante 10 años, pero no tenía el consentimiento de todos. Ya al comienzo de su funcionamiento había gente que les molestaba el oro en la Caja, y el doctor Justo, en su conferencia sobre la moneda, dada el 31 de Mayo de 1903, decía lo siguiente: «Ni en la República Argentina, aun después de la ley de 1899, titulada de conversión, que cierra a su modo un período de emisiones a granel, no dejan de florecer los proyectos de nuevas emisiones. Hay todavía diputados, ex ministros, diaristas que para pagar la deuda flotante para préstamos hipotecarios y para inundar de riqueza al país, piden más papel». A los 30 años el fenómeno se repite exactamente.

En 1914 — y voy a abreviar este aspecto de mi exposición porque en la interpelación al señor ministro de Hacienda en el mes de Junio del año pasado lo hice con más extensión — se clausuró la Caja de Conversión, pero no por el temor de que se llevaran el oro. A nadie se le ocurrió que se iban a llevar el oro a Europa, cuando todo el mundo comprendía que Europa necesitaba comprar cosas en vasta escala y que sólo podía pagar con oro. Fué un pretexto para salvar en ese entonces a los bancos oficiales y a los bancos particulares de una pésima situación comprometida por el fomento de la especulación, que los bancos habían hecho en vasta escala. A eso obedeció la clausura por treinta días de la Caja de Conversión y que duró la frió-

lera de trece años. En esos trece años el oro de la Caja de Conversión se duplicó, más aún, pues de 220.000.000 de pesos oro que había en 1914 se llegó en 1927 a 450 ó 460.000.000. En las postrimerías del gobierno del doctor Alvear, el 25 de Agosto de 1927, la Caja fué reabierta sin que sucediera nada catastrófico, y se volvió así a nuestro régimen monetario garantizado por el oro, a nuestro excelente régimen monetario clásico, magníficamente adaptable a las necesidades del país, porque en ese tiempo en que las cosechas eran colosales y los precios formidables, las cosechas se levantaban a tiempo y sin dificultades de índole monetaria. Era un régimen ideal. En muchos países lo han citado así y han querido imitarlo. Fué una verdadera desgracia el advenimiento de la segunda presidencia del señor Irigoyen. Lo reconozco así desde todo punto de vista. Ha sacado al país nuevamente de su régimen monetario y lo ha lanzado en una pendiente política archiultrapeligrosa. El señor Irigoyen clausuró la Caja de Conversión el 16 de Diciembre de 1929. No hubo necesidad de ello; si hubo alguna dificultad se podía orillar, tal vez cabría alguna legislación para mejorar la situación. Había por de pronto, la ley de redescuento, pésima ley que venía a quebrantar en el fondo el régimen monetario argentino y que no fué aplicada. Yo personalmente, y estoy seguro que conmigo todos los que comprenden estos problemas, hubiera aceptado mejor el redescuento con la Caja abierta que no clausurada. El doctor Justo dijo alguna vez que para pensar en alguna emisión, lo primero que había que hacer era abrir la Caja, para que se viera todo el oro que se iba, si debía irse, y quedara la cantidad de papel representando el oro para saber cuánto numerario hacía falta. Hubiera sido preferible la aplicación de la ley de redescuento a la clausura de la Caja.

Vino el alzamiento militar del 6 de Septiembre de 1930 y no se abrió la Caja, no se tuvo el coraje para hacerlo, siendo lo único que se respetó del

presidente Irigoyen. Así, con la Caja cerrada, aplicaron la ley de redescuento, lo que era mucho más grave. En un régimen de convertibilidad, el redescuento no es peligroso, pero lo es, y grave, en un régimen de inconvertibilidad.

El redescuento llegó, bajo el gobierno de facto, a sumas fantásticas, a 360 ó 400.000.000 de pesos, y bajo el gobierno de facto se introdujo un nuevo y grave factor de perturbación: con dificultades monetarias insuperables, no sabiendo cómo salir de ellas, se creó el control de cambios, que una vez creado hubo que aceptarlo porque se trata de cosas que una vez sucedidas, fatalmente tienen que durar; control de cambios que, a su vez, ha dado cierta estabilidad a la moneda.

Contra eso, el señor ministro de Hacienda, siendo diputado, ha protestado enérgicamente: no quería el control de cambios, prefería el cambio libre. Y yo no estoy lejos de haber compartido con él esa opinión. Interin, el nuevo gobierno surgido de la situación de facto, se encontró con graves dificultades; con la administración impaga durante meses, con el servicio de la deuda externa en dificultades. Surgió entonces el Empréstito Patriótico, que se discutió en la Cámara cuando ya había puntos de vista fundamentalmente opuestos. Lo hemos oído al señor ministro de Hacienda oponer entonces el Empréstito Patriótico la revaluación del oro, que él aceptaba en 26 centavos y que según sus cálculos significaba para la Nación una ganancia de 375.000.000 de pesos.

Yo en aquel debate le dije: no es una ganancia, sino una nueva emisión, un nuevo despojo. Entre los dos hechos, Empréstito Patriótico y revaluación del oro, yo, si pudiera disponer solo de mi voto, tal vez me inclinaria al Empréstito Patriótico, porque alguna garantía tenía. Si el Empréstito Patriótico hubiera salido como lo propusimos los socialistas, habría sido auspiciado por toda la opinión de la Nación, tal vez hubiera prosperado, porque estos empréstitos necesitan la confianza total de la Nación. Pero no sa-

lió así. No obstante, hubo patriotas que se subscribieron con 150.000.000, patriotas humildes todos, empleados públicos; los patriotas al cien por ciento no han concurrido con su óbolo a este empréstito, ellos esperaban el Banco Movilizador, pero no el Empréstito Patriótico. Así, no se pudo colocar sino 150.000.000 de pesos y 200.000.000 se descontaron en la Caja de Conversión. Se sacaron billetes por 200.000.000, títulos al 80 %, 160.000.000. Es un empréstito que se amortizó uno o dos años a razón de 14.000.000 de pesos por año. Y cabe la gloria al señor ministro de Hacienda, doctor Pinedo, haber suprimido la amortización y haber convertido esos 150.000.000 de pesos en una emisión vulgar, lisa y llana, sin que eso tenga ya remedio.

Actualmente, el país tiene un régimen monetario híbrido, sumamente complicado. Veamos la situación monetaria en el día de hoy. Tomo los datos de «La Prensa»: Caja de Conversión, movimiento de circulación y su garantía. Ley de conversión número 3.871, saldo anterior 246.842.667,93 pesos, circulación correspondiente a ese oro, 561.006.035,34. Ese es el papel que circula por cada 44 centavos oro que están en la Caja.

Leyes de redescuento números 3.478 y 9.577, documentos comerciales, saldo anterior, \$ 191.468.388,94 m/n.; redescuento, \$ 11.739.431,91 m/n. Total en circulación, en virtud del redescuento, \$ 203.207.820,85 m/n.: cancelados, pesos 93.196.037. Y está el saldo anterior de la circulación sin garantía, lo que hace sumar a 1.202.430.098,26 la circulación de hoy. Es decir, hay una cuádruple circulación.

Hay, pues, papel en circulación anterior a la ley de conversión; lo hay en virtud de la ley de conversión; hay en virtud del redescuento y en virtud de la ley de Empréstito Patriótico.

Eso le sirve al señor ministro para decir: La Caja de Conversión está quebrantada; prácticamente la Caja de Conversión no existe porque ha sido desvirtuada por la ley de redescuento y por la ley de Empréstito Patriótico.

Entonces, ¿por qué se mantiene a un cadáver?

¿Pero acaso, el Banco Central va a ser algo distinto? En su mecanismo interno —, dejando aparte el Banco de los bancos, que es otra cosa — ¿será distinto de lo que existe? Nuestro régimen monetario, con sus defectos y sus deficiencias, si se admite necesita ser reformado, que necesita buscarse una nueva estabilización al peso papel, habría que esperar a que se valorizara mucho más. Y estoy seguro que, por las fuerzas naturales del país, se va a valorizar. Dejemos que las cosas se desenvuelvan naturalmente sin la intervención perturbadora y anarquizante del gobierno y podrá pensarse en el porvenir, cuando el momento llegue, en volver a la convertibilidad y por consiguiente a la estabilización.

No sé si volverá a los 44 centavos oro. Yo lo deseo, sería una verdadera gloria para el país argentino, sería un honor volver al compromiso legal y moral de los 44 centavos. Porque en otros países la moneda fué envilecida en forma extraordinaria; porque en otros países había que hacer una quita del 75 %, como en Francia, ¿tenemos que seguir su ejemplo? Francia, fué un país devastado literalmente por la guerra y que esperaba recibir de Alemania un río de oro hasta llegar a la cifra astronómica de 136.000.000.000 marcos oro; y se encontró que no recibía nada; ese país que mantiene el ejército, la marina y la aviación más poderosos del mundo, que le insumen sumas fantásticas en el presupuesto, ha tenido por desgracia que hacer sufrir a su franco un quebranto del 75 por ciento. Pero ¿cómo han seguido las cosas allí?: 1 kilo de carne que valía 4 francos debe ahora pagarse 40; una jornada de trabajo que valía 10 francos, ahora debe abonarse 60 u 80 y se ha culminado en una verdadera desgracia, la mayor que ha soportado Francia en su larga, fecunda y dolorosa historia.

Como Francia ha hecho eso, también Inglaterra, que ha sufrido más o menos en igual escala la desgracia de la guerra, con el agravante de que ella

se comprometió a pagar su deuda a Estados Unidos sin haber podido cobrar sus créditos de Europa, ha tenido que apartarse de su tradicional libra esterlina reduciéndola en pequeña escala, pero llegando casi a estabilizarla en su valor. Y Estados Unidos, cuyo ejemplo en este terreno no aconsejo imitar, con un partido en el gobierno de tradicional bimetalismo y emisionista, que esperaba recibir de Europa 10.000.000.000 de pesos oro y que cerró sus fronteras a su comercio, Estados Unidos que no pudo recibir un centavo de su crédito, que ha tenido que pagar sumas fantásticas en concepto de pensiones a los combatientes, Estados Unidos ha hecho una quita a su dólar de un 40 %, más o menos.

¿Y la Argentina tiene que seguir estos ejemplos? Nosotros ya hemos hecho la quita el año 99, cuando fijamos el valor del peso en 44 centavos. Se hizo esa quita de 56 % y posteriormente mediante el control de cambios establecido por la dictadura se hizo otra de 18 %, reduciéndose así el valor del peso papel a 26 centavos oro. ¿Por qué tendríamos que hacerle una nueva quita? Y si así fuera, el señor ministro hubiera debido tener un poco más de paciencia, hubiera debido esperar, ya que nosotros no podemos ser los iniciadores en esta materia; pero el señor ministro ha querido consumir una serie de hechos irreparables que mañana, cuando se quiera volver a la convertibilidad, ya las cosas estarán realizadas de manera irremediable. Podrá bajar el peso pero no podrá subir. Al señor ministro, el apetito le viene comiendo: él aceptaba una revaluación a 26 centavos oro y ahora la acepta a 18 centavos. El señor diputado Simón Padrós, a quien el señor diputado Repetto en la sesión de ayer calificó de generoso, ofrecía más pesos por el oro. En vez de llamarle «envilecimiento del papel» lo llama revaluación del oro, a pesar de que al ministro no le gusta mucho el término revaluación.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pero peor es: envilecimiento.



**Sr. Dickmann (E.).** — El señor ministro lo dijo, en su famoso reportaje, que ha dado tanto dolor de cabeza a quienes querían penetrar en sus misterios. (*Risas*): El periodista le pregunta: ¿se hace, por lo tanto, una revaluación del oro? — El término revaluación no me parece el más adecuado — nos contesta el doctor Pinedo —, no porque sea en sí impropio, sino porque se le atribuye un alcance jurídico y económico distinto del que cabe atribuir a la operación meramente contable, al computar en el activo del Banco Central, por un valor inferior al real, las monedas de oro que van a transferirsele.

¿Qué revaluación ni qué ocho cuartos! Es un envilecimiento cada vez mayor del papel. El oro tiene el valor de oro; una onza oro vale una onza oro. Ahora, el papel que lo representa, que lo simboliza, el disfraz que toma el oro puede contener un poco más de oro o un poco menos, puede simbolizar un poco más o un poco menos de oro. Pero, entre nosotros, cada vez se quiere que simbolice menos, hasta que se llegue a que no simbolice nada, que sería el ideal de muchos emisionistas.

Una vez, hace muchos años, un diputado de la derecha, que tenía fama de estadista, muy conocido, sostenía que se podía hacer la felicidad del pueblo emitiendo mucho papel para que a cada uno le tocara por lo menos 1.000 pesos papel. El calculaba que había más o menos en circulación 100 pesos por habitante, pues con 1.200.000 de pesos en circulación le tocarían a cada habitante 100 pesos. Y aquel diputado quería aumentar la circulación en forma que a cada habitante correspondiesen 1.000 pesos. Yo le pregunté: ¿por qué limita su deseo, ya que quiere hacer la felicidad del pueblo por qué no 1.000.000 ó 10.000.000? Ya que se trata de emitir, caben las fantasías y aberraciones monetarias más inconcebibles. Pero estoy seguro que entre esa clase de gente no se encuentra el señor ministro de Hacienda.

El señor diputado Repetto se preguntaba ayer: ¿es ahora el momento

de crear un Banco Central? Y contestó negativamente. Yo agregaré a los argumentos por él aducidos, que hay otra razón para que no se cree: la anarquía monetaria. Hay en la fecha tres precios de nuestra moneda: el precio fijado por el gobierno, de 15 pesos la libra esterlina, el de 16,92 para los comerciantes, y el de 18,93 en el mercado libre. En esa anarquía monetaria argentina, en ese desorden monetario, ¿cabe ahora hacer un Banco central?

Señores diputados: no nos engañemos. Si el Banco Central también es un disfraz. No se hubiera hecho el Banco Central si no se hubiera propuesto la revaluación, la malhadada revaluación del oro, si se hubiera atendido al sabio consejo del perito Niemeyer, quien dice en la parte final del artículo 4º de su proyecto: «Mientras no se dicte una nueva ley monetaria que fije el valor externo de aquélla, el Banco Central de reserva incluirá las existencias de oro en sus balances reducidas a pesos papel al tipo en vigor de 44 pesos oro sellado igual a 100 pesos moneda nacional».

Para mí esa es la diferencia esencial, fundamental, entre el proyecto de Niemeyer y el proyecto del Poder Ejecutivo.

Niemeyer incluyó esa cláusula expresa, categórica y clara: mientras no se dicte una nueva ley monetaria, en el Banco Central entrarán los pesos a razón de 44 centavos oro. Aquí está la madre del borrego. Esta es la diferencia esencial, y no los detalles de técnica y otros.

A propósito del perito Niemeyer, cuando el señor diputado Martínez informó en general este proyecto, me permití decir que ese perito fué traído por el gobierno; no quise menoscabar la importancia y el valor de este hombre conocido en el mundo de las finanzas, pero he querido colocarlo en su término exacto.

Los gobiernos argentinos han traído durante mucho tiempo y en distintas épocas a profesores extranjeros para que nos expliquen nuestro sistema monetario y para que diesen patente de

aptitud, de capacidad y de honorabilidad a los autores de nuestras leyes monetarias. Han venido profesores de toda laya y calaña pagados por el Tesoro argentino, desde aquel famoso profesor Lorini, a quien el doctor Justo calificó de charlatán económico, hasta otros profesores de menor cuantía, y todos encontraron que el régimen monetario argentino era un hallazgo extraordinario en el mundo. No coloco al perito Niemeyer en esta categoría, pero asimismo se trata de un hombre demasiado vinculado a la Banca internacional y a las finanzas, para que sepamos dar un valor relativo a sus opiniones. En una ocasión, interrumpiendo a un señor diputado, dije en la Honorable Cámara: más sabemos los argentinos de nuestra moneda que los profesores extranjeros. Pero aquí se ha deslizado un error al señor diputado Martínez.

El señor diputado Martínez dijo que el experto británico, de reconocida autoridad, miembro del poderoso Banco de Inglaterra, estudió en el país las condiciones monetarias y financieras.

Señores diputados: El perito Niemeyer no ha estudiado las condiciones monetarias; ha estudiado nuestras condiciones bancarias. Y él mismo lo dice al comienzo de su sintético y sesudo informe: «cuando fui invitado a visitar la Argentina, el problema principal sobre el que se me pidió expresara opinión, lo constituyó el sistema bancario argentino.» Y él se ha expedido sobre el sistema bancario argentino sin tocar para nada a la moneda. Por eso incluyó esa cláusulita de que el oro quedaría, mientras no se dictase una nueva ley, a razón de 44 centavos oro por cada peso papel.

¿Para qué, señores diputados, un Banco Central? En el país argentino ya existe un Banco Central; en todo caso cabría unir la Caja de Conversión con el Banco de la Nación, modificar a fondo la carta orgánica del Banco de la Nación, que es el único remedio para salvarlo de su difícil situación. Podía asociársele, si hubiera necesidad,

la Caja de Conversión. La Caja de Conversión y el redescuento más o menos es la misma cosa. Del Banco de la Nación y de la Caja de Conversión se podría hacer perfectamente el Banco Central, tan ansiado por mucha gente.

Para mí son una epidemia ahora en el mundo los bancos centrales, y una verdadera epidemia los bancos centrales de Sud América. Los creados en la costa del Pacífico por Kemmerer y en la costa del Atlántico por Niemeyer, ¿qué resultado han dado? El único país que no tiene Banco Central es la Argentina — escúchenme los señores diputados — y es el único país en Sud América que no ha suspendido el pago del servicio de su deuda externa. Los otros países que tienen Banco Central, todos han suspendido el pago del servicio de su deuda externa. Yo me temo mucho que, teniendo la Argentina el Banco Central, haya necesidad por desgracia, de recurrir a este último extremo.

Y la moneda, ¿está mejor en los otros países sudamericanos?

La moneda chilena — Chile tiene Banco Central — ¿está mejor que la moneda argentina? Nuestra moneda envilecida, degradada, tiene todavía un premio considerable sobre la chilena. Por 1 peso argentino se obtienen 7 pesos chilenos.

Los bancos centrales en Sud América son un fracaso, señores diputados. ¿Y por qué? Porque no basta la ley; se necesita tener en cuenta la costumbre. En Inglaterra, con una mala ley puede haber muy buenas finanzas. En los países de Sud América, con excelentes leyes las finanzas son detestables.

Ya he leído en mi exposición las dos leyes monetarias que se han sancionado en el año 1890 y 1899, y cómo han sido cumplidas. ¿Cómo se va a cumplir la nueva ley? Para mí el Banco Central es el disfraz de una nueva emisión.

El señor ministro de Hacienda, que tiene una tradición monetaria en su pasado, que no puede borrar, no podía así no más hacer una emisión vulgar, de las conocidas. Ha buscado una vuelta, y la vuelta es la revaluación del

oro, la vuelta es la emisión. Han triunfado los emisionistas papelistas en el país argentino. Le van a levantar un gran monumento al señor ministro. Ahora se callan, ahora ya no hablan. Durante tres o cuatro años, una parte de la prensa nacional estaba ocupada por los papelistas, que querían hacer la felicidad del pueblo argentino con una emisión de \$ 1.000.000.000, de pesos 2.000.000.000, no había límites. Ahora están tranquilos y satisfechos. El señor ministro de Hacienda, no siendo un Fausto, es ahora un brujo, un mago. De la nada, con nada, como el Dios bíblico, va a sacar bancos, instituciones con mucha plata, sin aumentar, según él, en un solo peso la circulación. Se va a entregar pesos 10.000.000 al Banco Central. Se va a entregar \$ 10.000.000 al Instituto Movilizador, \$ 200.000.000 al Banco de la Nación por una deuda del gobierno, \$ 280.000.000 al Instituto Movilizador como depósito. Esos van a ser asientos en los libros. Pero son créditos contra los cuales se podrá girar, y girar quiere decir sacar papel moneda. Es, pues, una emisión.

¿Para qué esa emisión, esa colosal emisión, que según el señor diputado Godfrid en un sesudo trabajo de números hace llegar a cifras astronómicas?

Yo le digo al señor ministro de Hacienda, que si yo que no soy hombre de números tan precisos y exactos, al leer los proyectos me he encontrado en sus recovecos con obscuridad, hombres que quieran recurrir a la chicana de la ley para emitir, tendrán un margen muy ancho. Por de pronto ya hay alrededor de 600.000.000 que ya son emisión.

El Banco Central no tiene otro objeto que la revaluación. Si no fuera así, se hubiera hecho lo que aconsejaba el perito Niemeyer. Y la revaluación no tiene otro objeto que el Instituto Movilizador, que es la piedra de toque, por no decir la piedra del escándalo. El Instituto Movilizador, que va a comprar a los bancos sus créditos congelados, o sea, traduciendo a lenguaje comprensible, va a adquirir las propiedades

invendibles y los créditos incobrables. Va a hacerse cargo el Estado de todos los clavos de los bancos que por su imprudencia, por su insensatez, por su avaricia extraordinaria de ganancias fáciles, han fomentado un crédito para la especulación que los ha arruinado y ha arruinado al país.

Yo digo que sería un negocio mejor para la Nación dejar caer a algunas de esas instituciones, para enseñanza y castigo de ingenuos y de pícaros, y no embarcar al país en la salvación de situaciones realmente escandalosas y vergonzosas.

El Instituto Movilizador va a ser el escándalo financiero del país. No le atribuyo tal propósito al señor ministro de Hacienda. Pero él no es eterno, no es inmortal. Yo quiero recordar lo que hacían los romanos ante sus generales victoriosos e hipertrofiados. Cuando uno de esos generales volvía de una guerra glorioso y traía atado a su carro el botín: los prisioneros, los esclavos, salía a las calles, por orden del Senado, un pregonero que corría delante del carro triunfal del vencedor gritando a voz en cuello: «Acuérdate que no eres inmortal». Todo hombre, máxime si es un hombre de gobierno, debe acordarse siempre que no es inmortal, que han de venir detrás de él otros hombres de distintos propósitos, de distinta idealidad, de otra moralidad, que pueden dar a estas leyes una aplicación, un alcance, una trascendencia que tal vez no esté en la mente de sus autores.

El Instituto Movilizador, que va a comprar créditos congelados, es decir bienes raíces invendibles y créditos incobrables, por 1.000.000.000 de pesos según los rumores, — yo admito que por 800, por 500, no sé por cuántos millones — será de existencia larga. Saben los señores diputados que todavía está en liquidación el Banco Nacional. Hace 40 años que está en liquidación, y todavía no ha liquidado todo. Y eso es un poroto al lado del Instituto Movilizador, que tampoco es una novedad. El Banco Nacional está en liquidación hace mucho tiempo a cargo del Banco de la Nación.

Instituto Movilizador... Aquí cunden rápidamente los ejemplos extranjeros...

—El señor diputado Repetto (N.) hace una observación en voz baja.

... generalmente los malos; pocas veces los buenos.

Porque se ha hecho en Bélgica un Instituto Movilizador — es la única parte del mundo en que se ha hecho, y no sé con que acierto — la Argentina tiene que imitar rápidamente ese ejemplo y crear un Instituto Movilizador. Pero también en este caso la institución argentina es una edición empeorada, muy empeorada. En Bélgica, donde se ha dado al gobierno facultades extraordinarias en materia financiera, contra el voto socialista, contra el voto del poderoso Partido Socialista belga, se ha creado por decreto una especie de Instituto Movilizador. El gobierno belga ha creído que para dar impulso a los negocios, que allí están paralizados como en todas partes del mundo, había que dar un golpe de manivela, y el golpe es descongelar los créditos para muchas instituciones que habían entregado dinero a los industriales y a los comerciantes que no pueden recuperar y se crea el Instituto Movilizador. Los bancos pueden entregar al gobierno sus créditos y recibir en cambio títulos, que ellos pueden a su vez ir al Banco Central y sacar el 80 % de billetes. Pero en Bélgica no se ha comprometido con esto su estabilidad monetaria, ni su convertibilidad. El franco es estable y convertible y las condiciones que ha establecido el Instituto Movilizador belga son muy distintas. Las voy a hacer conocer.

Para obtener el resultado deseado, evitando los peligros, el gobierno belga ha imaginado la combinación siguiente:

1ª — Los bancos que desean movilizar sus créditos congelados podrán obtener obligaciones de Estado al 3 % en cambio de dicho crédito. La entrega de estas obligaciones tendrá por resultado incitar a los bancos acreedores a con-

sentir amistosamente en una reducción considerable de la tasa de interés estipulado con los deudores. El Estado no asume la responsabilidad de la solvencia de los créditos así contraídos. Los bancos quedan completamente responsables de la liquidación. Por otra parte, el rescate de las obligaciones no será acordado sino después de un prolijo examen de la situación de los bancos y del valor de los créditos congelados.

2ª — Los bancos podrán presentar las obligaciones al descuento del Banco de emisión y obtener así fondos hasta completar el 80 % del valor nominal de esos títulos. Se han organizado garantías especiales para prever al Banco de emisión de inseguridades contra los riesgos de la insolvencia de deudores y bancos.

3ª — El Banco de emisión no podrá, naturalmente, descontar las obligaciones, sino por la creación de billetes de Banco, pero una cláusula de salvaguardia es el límite fijado a la convertibilidad de la moneda belga, que no podrá en ningún caso ser comprometida.

Tampoco sabemos todavía del resultado de esta innovación belga.

El diputado Repetto preguntó ayer si el Instituto Movilizador adquirirá campos, casas, bodegas, toda clase de negocios, mercaderías y pagarés sin ninguna responsabilidad. Yo le voy a informar a la Honorable Cámara y por lo tanto al diputado Repetto, de algunos aspectos de este asunto que han llegado a mi poder.

He hablado de la provincia cuyana, una de las más congeladas del país y uno de los bancos más tambaleantes es el Banco Habilitador de aquella provincia. Es el Banco que tiene en su poder una buena parte de viñedos y bodegas.

Voy a informar a la Honorable Cámara del estado de una de las bodegas congeladas, analizando el balance que está en mi poder. Valor global de las adquisiciones. Activo fijo. Tiene esa bodega en inmuebles \$ 12.680.938,43; en maquinarias, \$ 1.396.184,55; cubas, toneladas y pipones, \$ 417.160,45; vehículos, \$ 263.392,62; semovientes, pe-

sos 26.633,24; herramientas, 13.499,64 pesos; útiles de bodega, \$ 218.101,41; instalaciones, \$ 93.306,24; muebles y útiles, \$ 265.437,62. Total: 18.562.872,10 pesos. El Banco que patrocina a esta bodega no puede alardear de moral, pues es público que adeuda al Banco de la Nación cerca de 100.000.000 de pesos, sin encontrarse en condiciones de cumplir tan serio compromiso, sobre todo en este momento en que hubiera sido tan patriótico devolver a la institución oficial sumas de pertenencia nacional. Es claro que no puede exigirse patriotismo a un Banco de conciencia extranjera y cuyos dirigentes principales son también extranjeros. ¿Qué escrúpulos pueden tener? Estos extranjeros debieran alarmar más al señor ministro que los 42 diputados socialistas de origen extranjero como él los calificó en el Senado, lo que hizo reír a los señores senadores, porque el señor ministro expresó que estos 42 diputados de origen extranjero podían declarar la guerra. Señor ministro: ¿cómo se le ocurre tal cosa! ¿Que los diputados socialistas puedan declarar la guerra! En ese momento yo estaba en el Honorable Senado y me pareció más que nunca que el señor doctor Federico Pinedo era ministro de hacienda vacuna. (*Risas*).

Vean, señores diputados, otro crédito congelado. Es un dato aislado, doloroso, instructivo y que confirma que tal vez el mejor negocio que se podía hacer es dejar liquidar ciertas instituciones para enseñanza y castigo de inocentes y de pícaros.

Hace aproximadamente un año, un miembro de un directorio de un Banco congelado, dando señales de desesperación ante sus familiares, con revólver en mano, gritaba que estaba decidido a eliminar a todos los suyos y suicidarse después; el motivo de esta triste resolución era que había solicitado al Banco de la Nación 2.000.000 de pesos para que aquel Banco pudiera continuar con las puertas abiertas y no había esperanzas de conseguirlo. No obstante, llegó la plata salvadora del Banco de la Nación e inmediatamente ese

desesperado dirigente compró un régio automóvil y se alejó de la Capital, satisfecho y contento de haber conseguido un documento más congelado.

¿Es para eso, señor ministro, que se va a hacer el Instituto Movilizador? ¿Es para salvar a todos los pícaros del país? ¿Es para salvar a una clase social, a una casta? El señor diputado Pena ha leído ayer, al respecto, un párrafo muy expresivo del señor ministro. Yo comprendo el alcance que ha querido dar el señor ministro a esa expresión, pero le daría otro consejo, ya que es el hijo pródigo que ha vuelto a la casa paterna: que a su clase le diga que no es por el camino del despilfarro, por el desorden, por el vicio, por el lujo, que se va a redimir, no es recibiendo las rentas de las tierras argentinas entregadas a los brazos de italianos, de españoles y de criollos, para despilfarrarlas en París, en Londres o en otras partes, hipotecando el porvenir y sacando dinero de todos los bancos. Así no se va a consolidar esa clase, sino volviendo a la austeridad de antaño, para hacer vida sobria, sencilla, honesta y correcta, dando el ejemplo los de arriba a los de abajo, no violando y despreciando la ley, no convirtiéndose en una clase de minoría violenta e ilegal. Puede él prestar un alto servicio a su clase y al país argentino si le da ese consejo y ese ejemplo, pero no devolviéndole el brillo, el fausto, el boato y el lujo para seguir despilfarrando herencias y no fortunas que ellos no han labrado.

El señor ministro apreciará conmigo...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — ¡Muy bien! ¡Encantado! Me parece razonable...

**Sr. Dickmann (E.).** — Entonces, ¡no haga Instituto Movilizador! (*Risas*).

El señor ministro comprenderá el símil que voy a hacer. Hay damas linajudas argentinas que llevan varios apellidos para mayor prez y gloria de la familia, que pasean su vida en París, grandes clientes de la rue de la Paix, y para no perder su línea y no perder su belleza prefieren no dar hijos a la

Patria. Y hay mujeres en la Argentina, criollas, italianas y españolas que viven en el campo y que dan una docena de hijos a la Patria; que pagan arrendamientos altos para que las damas linajudas no den hijos a la Patria y pasen su vida en París. Le pregunto al señor ministro ¿quién es más patriota: la dama argentina linajuda de París, o la italiana o española de la pampa argentina? Estas no piden Instituto Movilizador.

Adrede no he tocado hasta ahora un punto que es específico nuestro, que lo hemos tocado muchas veces, que es nuestro *leit motif*. Quiero referirme a él al final. Es la clase laboriosa del país la que va a ser despojada por esta legislación, de parte de su salario, de parte de su vida, de parte de su bienestar; clase social que por desgracia todavía no tiene peso político en el país argentino.

La clase obrera argentina que nosotros, en parte representamos, en gran mayoría es aún apolítica o sirve a la mala política. Todavía no entiende; pero va a ser asimismo despojada de una parte de su bienestar y de su trabajo. Los salarios van a ser mermados; los sueldos van a ser reducidos. Ya la vida de la clase obrera ha empeorado y por la nueva legislación va a empeorar mucho más. La vida se va a encarecer. Los salarios reales van a disminuir.

Si bien la conciencia de la clase obrera argentina es aun incipiente en esta materia, hay sin embargo algunas manifestaciones en este sentido. Tengo aquí una página de «La Fraternidad», órgano de la sociedad del personal ferroviario, de la poderosa organización gremial de los maquinistas y foguistas, que en un editorial del 20 de Febrero del corriente año, con el título de «Una nueva depreciación del salario», dice: «Lo que quiere el Poder Ejecutivo, en una palabra, es revaluar el oro de la Caja de Conversión en momentos en que el peso depreciado va normalmente reaccionando. Con dicha revaluación, se afirma, el gobierno habrá re-

bajado mucho más el nivel del peso moneda nacional y ya no valdrá 44 centavos oro, sino que declinará hasta 20 y la ganancia obtenida en la revaluación de 500 a 700.000.000, la empleará el Poder Ejecutivo para pagar parte de la deuda al Banco de la Nación, y en la compra de los créditos incobrables de los demás bancos. En concreto, lo grave de estas operaciones financieras para el pueblo trabajador es la baja del peso, con la secuela de consecuencias graves y conocidas que trae aparejada la depreciación de la moneda. De ahí resulta el interés que tiene para el obrero el valor del signo monetario, y el deseo que compartimos de que los proyectos de referencia se estudien, y mediten sobre las consecuencias resultantes de tales medidas. Los trabajadores no están en condiciones de resistir nuevas exacciones y gravámenes, motivados ahora por una nueva depreciación de la moneda. En ese sentido esperamos que los legisladores reflexionen serenamente sobre los proyectos financieros, por cuanto un mayor envilecimiento de los salarios sería una verdadera confiscación de lo más sagrado del haber de la población, menos facilidades de vida, más miseria en los trabajadores proletarios y más hambre en el seno de la masa laboriosa. Si los proyectos definen tales perspectivas, francamente merece la pena el estudio reposado y detenido de los mismos.»

En 1921, el diputado Justo, a propósito de este aspecto, decía una cosa dolorosa, pero veraz, que yo no me substraigo a hacer conocer ante la Honorable Cámara: «Las organizaciones obreras — decía el doctor Justo en una conferencia sobre cambios que dió en 1921 — no dan al problema la importancia que tiene. Es seguro que el gobierno, por su parte, se vale de agentes confidenciales y secretos para disuadir a la clase trabajadora de apasionarse por estos asuntos.»

Es una gruesa verdad que ha afirmado el doctor Justo. Desgraciadamente, la clase obrera argentina todavía

no comprende el gravísimo problema de que esta clase de legislación merma sus salarios, rebaja su nivel de vida, empeora las condiciones de la clase trabajadora. Pero en el mundo ha aparecido ya esa conciencia y, como toda conciencia, su elaboración es lenta, muy lenta, dolorosamente lenta.

La Federación Americana del Trabajo, en su 54º Congreso, recién celebrado en San Francisco, ha tomado frente a las medidas monetarias del gobierno norteamericano esta resolución: «El proletariado organizado es en absoluto opuesto a la política de inflación; ninguna capa social puede sufrir tanto los efectos de una inflación como los asalariados, y ninguna categoría de la población, por razones muy potentes, puede protestar de igual forma contra la inflación continua y no reglamentada que perturba a la capacidad consumidora de los trabajadores en la forma profunda que ha ocasionado la depresión.» Se ve que en la clase obrera surge ya esa conciencia: la clase obrera norteamericana es todavía apolítica, pero ya percibe la gravedad del problema monetario para ella.

Es evidente que la desvalorización artificial, intencional y calculada de la moneda, es una doble causa de carestía y de inflación de los precios. Es causa de carestía, porque los precios de los artículos importados suben considerablemente debido a la baja artificial de los cambios y porque, gracias a esta baja, los artículos que se producen en el país para la exportación se venden a más altos precios en pesos papel y se encarecen, por lo tanto, para nuestro consumo la carne, el pan, etcétera, doble factor de depresión de los salarios reales y de miseria popular.

Estamos, señores diputados, en presencia del triunfo del emisionismo en la Argentina. Estamos en presencia de maniobras monetarias destinadas a salvar a una parte de la población a expensas de otra. Es una especie de expropiación, porque todo envilecimiento

de la moneda desplaza riqueza de una parte de la población hacia otra. Teóricamente se podría admitir una discusión respecto de estos problemas de legislación; yo no la admito, pero comprendo que algunos podrían admitirla; pero en la práctica argentina que el señor ministro conoce tanto o más que yo, la legislación es un accidente o un incidente; son las costumbres las que valen más.

Esto está sintetizado admirablemente bien en un editorial del diario «La Vanguardia» del 22 de Enero del corriente año sobre teoría y práctica monetaria en que se dice: «Es un país que normalmente vota los presupuestos con déficit; que ve impasible cómo todos los años aumenta el monto de la deuda consolidada y flotante; que tiene por hábito el despilfarro y la corrupción presupuestal; que se considera obligado a engendrar industrias artificiales para mantenerlas luego mediante manipuleos bancarios, monetarios y aduaneros; que mantiene un Banco oficial fundado con los recursos de una emisión y que sirve a los más escandalosos fines de la politiquería, siguiendo una política de favoritismo que además de pervertir y corromper pesa sobre los ahorros del país; que cultiva la detestable práctica de obtener recursos del Banco oficial a cambio de letras de Tesorería; que maneja la ley de redescuento para crear circulante innecesario y dar ganancias fáciles a los bancos particulares; que realiza emisiones fiscales para cubrir gastos ordinarios de la administración; que no encuentra razones monetarias para continuar la amortización de una emisión fiscal reciente, sin advertir el quebrantamiento de la fe pública; que tiene la enfermedad pretensión de creer en las virtudes del empapelamiento para resolver las dificultades del erario y arreglar la economía de los particulares; que se considera el salvador necesario y fatal de los deudores de copete; en un país de semejante constitución financiera, monetaria y social, ¿es posible creer que por un solo momento, que un Banco emisor con poderes suficientes



para lanzar a la circulación billetes hasta el límite que resulte de una garantía del 25 %, se creará para funcionar como un órgano coordinador y regulador, inspirado en razones puramente teóricas, impersonales y científicas?»

No quiero extenderme más en mi exposición, si bien hay todavía muchas cosas que decir, pues son cinco proyectos y respecto de cada uno de ellos podría hacerse una discusión. Considero que se hubiera ganado enormemente si este debate se hubiera aplazado para las sesiones ordinarias. Por eso, votaremos la proposición del señor diputado Godfrid, pues aun a esta altura del debate ganaría la Cámara, y el pueblo argentino en sus finanzas y en su moral si se lo aplazara. Pero como preveo el resultado de una mayoría ya lista para consumir los hechos, quiero advertir a los señores diputados que ello deberá hacerse sin nuestra presencia en el recinto. Nosotros no vamos a formar quórum para que se vote. Hemos querido facilitar la tarea parlamentaria sometiéndonos a la voluntad de la mayoría que quiso discutir estos asuntos, pero lo menos que podemos exigirles es que sancionen estos proyectos con quórum propio. No pueden pedirnos un sacrificio tan enorme como el de estar presentes en la Cámara cuando se consuma lo que nosotros consideramos un gran despojo.

Sin embargo, deseo rápidamente decir pocas cosas más de información reciente que no puedo silenciar. En Francia hay también una corriente emisionista ahora, pero hay un gobierno burgués y conservador, y escúchenlo bien los señores diputados: en este momento desempeñamos aquí un papel conservador, queremos conservar instituciones económicas y monetarias argentinas, que tienen casi medio siglo de vida y que han dado resultados excelentes; los revolucionarios, los malos revolucionarios son ustedes que quieren echar abajo todo eso, que quieren reemplazar por cosas que no se sabe qué resultados darán. Y en materia

monetaria es preferible lo malo conocido a lo bueno desconocido. Es peligroso un salto en el vacío.

En Francia hay un gobierno que sabe oponerse a los devaneos emisionistas. Fíjense los señores diputados en las palabras de un ministro de Hacienda de Francia, cuyo libro tengo sobre mi pupitre, al que quería referirme. Germain Martin, antiguo ministro y actual ministro de Hacienda, ha escrito un libro sobre los problemas actuales de las finanzas públicas en Francia y en el mundo. Y en un telegrama del 5 de Enero del corriente año, «La Nación» dice: «Declaración del ministro de Hacienda. El gobierno permanece resueltamente opuesto a toda desvalorización monetaria, pues tiene la profunda convicción de que las manipulaciones monetarias no otorgan la riqueza». ¡Esto lo afirma el ministro de Hacienda, burgués, de la república democrática de Francia, Germain Martin!

Y esta mañana hemos visto, publicados en los diarios, algunos telegramas de un alto interés, que nos deberían llamar a la prudencia y a la cordura. Uno viene de Inglaterra y otro de Estados Unidos.

Dice el telegrama procedente de Washington, publicado por «La Nación» de hoy:

«Mister Henry Grady, jefe de la Sección de Acuerdos Comerciales del Departamento de Estado, al pronunciar esta noche un discurso frente al micrófono, declaró que la reconstrucción económica mundial depende de la cooperación internacional, que debe tender a la reducción de los aranceles aduaneros y la eliminación de otras barreras que se oponen al intercambio comercial, al arreglo de las deudas internacionales, a la estabilización de las monedas corrientes y a la vuelta al patrón de oro internacional.»

Y más adelante agrega:

«Un acuerdo para estabilizar las monedas corrientes, sin estar complementado por un movimiento mundial en favor de la rebaja de los aranceles aduaneros, estaría condenado al fracaso. Por otra parte, el problema de la

celebración de los acuerdos de comercio se intensifica con la falta de estabilización de las monedas y de alguna forma de patrón de oro internacional. Esto sucede debido al temor que se tiene de que ciertos países, por medio de nuevas depreciaciones en sus monedas corrientes, puedan realizar un abaratamiento, que haría difícil mantener una política de comercio liberal.

«La estabilización de la moneda corriente, acompañada y facilitada por la eliminación de las trabas que se oponen al intercambio comercial, sobre todo por parte de los países acreedores, pondría en acción fuerzas poderosas que provocarían un sano ajuste de los precios en los países industriales, y harían posible la reanudación del intercambio normal entre todos.»

De Inglaterra viene este otro telegrama, publicado también en «La Nación» de hoy:

«El ministro de Hacienda, Mr. Chamberlain, al contestar algunas preguntas que se le formularon en la Cámara de los Comunes, dijo que por el momento no existía posibilidad alguna de estabilizar la libra esterlina, declaración que refuerza las opiniones de los financieros quienes creen que la estabilización no se hará hasta dentro de dos años por lo menos.

El diputado liberal opositor Mr. D. M. Mason preguntó si existía alguna esperanza de próxima estabilización en vista de la continua declinación en el exterior del valor de la libra esterlina papel.

Mister Landsbury, jefe del bloque laborista opositor, dijo: «Se ha llegado a una situación tal que es necesario que el Parlamento tome medidas. El gobierno prometió ocuparse del asunto antes que de cualquier otro desde las últimas elecciones generales. Ya que el gobierno tiene una mayoría aplastante, ¿no creen que ha llegado el momento de que cumpla su misión? En la última campaña electoral el primer ministro llevaba fajos de marcos alemanes sin valor alguno para demostrar el peligro que nos amenazaba si llegáramos a esa situación».

Se ve, pues, un movimiento general en los principales países del mundo para estabilizar rápidamente la moneda y volver al patrón oro.

¿Cómo nos embarcamos ahora, señores diputados, en una legislación que nos colocará en un callejón sin salida? El señor ministro nos promete para mañana una ley de estabilización, pero será para abajo, no para arriba, porque revaluado el oro ahora a 18 centavos oro el peso papel, ya no podrá subir más. Es un hecho consumado y es una verdadera tragedia monetaria para el país.

Dejemos ahora el aspecto de que los chacareros recibirán unos centavos más por su trigo. Es un argumento completamente inconsistente. Recibirán unos centavos más, pero les costarán más las herramientas, los alimentos y la vestimenta, todo lo que gasten, y la diferencia será bien pequeña, porque de otra manera habría que aumentar el precio mínimo hasta el infinito.

Es un expediente político y electoral. No es el interés fundamental y permanente del país.

El oro de la Caja de Conversión dejémoslo donde está, no lo toquemos ni física ni moralmente. No pretendamos revalorarlo. Seamos ahora los custodios del tesoro del oro. Seamos las ondinas que por la leyenda germánica del oro del Rin custodian el amor y el oro, y no seamos los enanos que, por no conseguir el amor, se entregan al oro. El oro tiene una gran tentación, una enorme tentación. Desde que apareció el primer peso en la Caja ya ha molestado a muchos políticos su inactividad y pasividad. Creían que el oro estaba allí estéril y que no servía para nada. No han querido comprender que el oro circulaba disfrazado con el traje criollo del peso moneda nacional en el país. Querían que el oro se moviera.

Dejemos el oro donde está, seamos ahora cautos y prudentes. No nos embarquemos en una legislación irreparable. Dejemos a los bancos para orillar las dificultades. Yo hasta admitiría que a algún Banco se le devolviese sus do-

cumentos redescontados. Sería mejor negocio, porque de todos modos se le va a devolver por medio del Instituto Movilizador. Sería perder 150.000.000, pero sería un gran negocio, pues no comprometeríamos el porvenir del país.

Y para terminar, señores diputados, permítanme que para endulzar un poco esta amarga y árida exposición, tan dura en la crítica constructiva, vuelva otra vez a un poeta amigo preferido. Voy a leer unos versos a propósito del oro, nada menos que de Shakespeare, puestos en boca de Timón de Atenas, magníficos versos sobre el oro que, para mi fracasado Próspero, puedan tal vez ser de enseñanza.

Dicen así: «¿Qué ven mis ojos? Oro. Ese amarillo metal resplandeciente y apreciado. Este puñado solo bastaría para hacer que lo negro fuera blanco, bello lo horrible, lo perverso justo, noble lo infame, lo cobarde valiente. Este tirano amarillo, la religión fomenta o la quebranta, bendice al maldecido, del leproso hace amable el blancor, a los ladrones títulos, cargos, homenajes, aplausos y asientos en el Senado proporciona. Con él la viuda ajada obtiene segundas nupcias. Ella que pudiera en hospital de enfermos ulcerados repugnar, se embalsama, se perfuma y retorna a su Abril».

¿Cuántos viudos políticos y financieros piensan retornar a su Abril por medio del oro de la Caja de Conversión? (Risas). Señores diputados: El Instituto Movilizador devolverá la juventud, la fama y tal vez, asientos en el Senado a muchos viudos políticos y financieros, por medio del manipuleo del oro de la Caja de Conversión!

Nada más. (¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados).

4

## INDICACION

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra. Solicito que se inserte en el Diario de Sesiones un informe del Banco de

la Nación, que a mi pedido, ha llegado a la Comisión de Negocios Constitucionales. Se trata de un informe breve.

—Asentimiento. (1)

**Sr. Presidente (Ferreira).** — Habiendo asentimiento, así se hará.

5

## PROYECTOS SOBRE BANCOS Y MONEDA

**Sr. Simón Padrós.** — Pido la palabra.

La exposición del señor miembro informante presidente de la Comisión de Presupuesto y Hacienda, doctor José Heriberto Martínez, ha sido amplia, documentada, medulosa y objetiva. Hemos escuchado la crítica de la oposición y esperamos con verdadero interés la palabra del señor ministro, que con la vivacidad centelleante que le es característica e inseparable como su propia sombra, para que termine de desmenuzar hasta triturar a esa crítica en lo que respecta el pensamiento del gobierno en estas cinco leyes que constituyen un solo plan orgánico. Pero como miembro del bloque demócrata nacional, me considero en el deber de aclarar y mantener algunos conceptos.

La crítica de la oposición se ha concretado principalmente al Instituto Movilizador. Objeta la forma y el fondo de su ley. Se ha significado en el curso de las exposiciones, que la revaluación del oro, como la llaman — y que yo más bien quisiera llamar simple avaluación, ya que la revaluación parece que tiende a un concepto de estabilización — es lo que imprime objetivo a estos proyectos. Sin embargo, la avaluación del oro no es sino una apreciación circunstancial que equilibra los hechos de la realidad actual. Me sugiere alguna comparación para hacerla más comprensible, para que cuando el hombre de la calle lea el debate parlamentario podrá ver hasta

(1) Véase pág. 319.

dónde ha llegado el error y la inexactitud en ese tema pertinaz de la oposición, que ha querido presentar ese problema como si con esta avaluación del oro se produjera una nueva declinación del peso. Si alguien se eleva en un globo esférico lentamente, y observa a sus pies, la multitud apiñada, parece que ésta se achicara. Yo pregunto: ¿se achican los hombres que en la tierra quedan? No, pues simplemente va aumentando la distancia que los separa del globo, pero la altura común de esos hombres no se altera, es exactamente la misma. Por consiguiente si el oro ha aumentado de valor en el mundo entero, ¿qué tiene ello que ver con el valor adquisitivo de nuestro peso papel? ¿Podemos desconocer que el oro tiene dos conceptos: como unidad de medida, y como unidad de valor, como *étalon* y como mercadería. Si como mercadería aumenta su precio, ¿qué tiene ello que ver con la unidad de medida de nuestro peso papel, que es una hijuela del peso oro?

Si utilizáramos el metro como medida de longitud para comprar un lienzo o para comprar un terreno, si ese metro como medida no altera en magnitud, ¿qué nos preocuparía que el material con que el metro está construido sea uno o sea otro? Si en vez de ser de laurel o de cedro, maderas baratas, se hiciera mañana de una madera costosa, de jacarandá, sándalo u otra y esta medida quintuplicara en su valor intrínseco, es que por ello compraríamos menor cantidad de lienzo, menos metros de terreno con la misma cantidad de pesos papel? Y tanto es así, tan desvariada está la oposición en este sentido, que por dos veces se ha dicho en el curso de la exposición de los señores diputados socialistas, que el diputado que habla había mostrado una excesiva generosidad en la comisión al aceptar la cifra de 43.000 pesos papel por la barra de oro de 400 onzas. ¿Pero es que, entonces, los señores socialistas no se han preocupado de conocer cuál es el valor real de esa mercadería que se llama oro?

Señor presidente, una barra típica de oro de 400 onzas, se cotiza actualmente en el mercado mundial en Londres a razón de 142 chelines, 7 peniques la onza. Por consiguiente, las 400 onzas cuestan 2.851 libras papel, 13 chelines, 4 peniques. La Comisión de Cambios liquida las ventas de cambio que los exportadores le llevan, sobre el exterior, o sea, adquiere esas libras esterlinas papel a 15 pesos papel. Y si el gobierno argentino quisiera comprar oro, cuánto le costaría esta barra de oro? Simplemente 2.851 libras, 13 chelines, 4 peniques multiplicado por 15, lo que representa un total exacto de 42.775 pesos.

La liberalidad del que habla habría sido, pues, de 225 pesos sobre 43.000. pero es una liberalidad bien compensada, porque en cambio se coloca un límite a esa posible todavía mayor avaluación de ese oro metal. Esa fué mi proposición en la comisión: la fijación de un límite.

Pero hace pocos días el mercado de Londres cotizaba el oro, no a 142 chelines, 7 peniques, sino a 144 chelines, y en este caso las 400 onzas valen a \$ 15 la libra, 43.200 pesos papel. Queda, pues, demostrado que la cifra de 43.000 pesos por lingote *standard* de 400 onzas, no es sino el precio promedio verdadero, su legítimo costo actual.

La liberalidad, señor diputado Rpetto, recién hubiera empezado si hubiéramos inducido a que ese límite se fijara no al precio a que adquiere la libra esterlina la Comisión de Cambios, sino al precio de la libra esterlina en el mercado libre, lo cual no hubiera dejado de tener un ensayo de razón por lo que voy a decir. El oro es una mercadería que no se consigue en nuestro país con cotización a tipo ni siquiera de licitación en el mercado de cambios. Hay que ir forzosamente al mercado libre, y en ese mercado, al comprador de oro le cuesta ahora la libra 19 pesos papel. Entonces, las 400 onzas del lingote de oro *standard* hubieran representado 54.700 pesos papel en vez de los 43.000.

Pero además, señor presidente, toda la discusión, todo el ataque opositor gira

alrededor de este concepto: Que esta es una ley arbitraria, nebulosa, cuya única finalidad es salvar a los bancos.

Pero, ¿qué son los bancos? No son sino un mecanismo que puede compararse con el de una bomba aspirante e impelente: aspira el ahorro y repele el crédito, distribuyéndolo. Entonces, los activos que los bancos pueden tener en valores que se llama «congelados», y que quizás estaría mejor definirlo «encallados», ¿de quién son, sino de los depositantes? ¿Y de dónde proviene este depósito, sino del ahorro? El señor diputado Pena manifestaba ayer, reflejando en alta voz las cifras traducidas por los balances públicos de algunos bancos y decía: ¿cómo con tan poco capital puede llegar a decuplicar y más veces su cifra de capital en el redescuento? Pero el redescuento, ¿sobre qué se ha hecho sino sobre documentos? ¿Y qué son los documentos sino obligaciones que deben al Banco los que han recibido su préstamo? ¿Y ese dinero que el Banco ha prestado y que está ya encallado, congelado, ¿de quién era, si no de los depositantes, del ahorro argentino? Entonces, defender al Banco es solamente la fachada del asunto, es la apariencia, es el mecanismo indispensable, es el acto intermedio, pero en el fondo, ¿qué es lo que hay? Hay la defensa del ahorro. Defensa que en toda sociedad democrática, como quisiéramos ver la nuestra, es el nervio, es el centro, es la célula vital de toda la Nación. ¿Por qué el poderío de Francia, sino por su ahorro? ¿Estímulo que se forma peso a peso? ¿Quién no ha estado alguna vez junto a la ventanilla de un Banco y ha visto la emoción con que la gente humilde deposita 10 pesos? Es la acumulación lenta de su pequeño esfuerzo hecho dinero, juntando con cariño, pensando quizás que un día no represente la suprema tranquilidad: La de dar una tumba modesta para la madre que se va o la de poder llevar a la madre de sus hijos una asistencia médica siquiera elemental, para que el primer vagido del hijo que llega lo haga en las mejores condiciones posibles de vida. Es el ahorro de la gente

humilde que en cada escalafón social tiene un concepto: es el agricultor que día tras día, pendiente de la amenaza de la sequía, o la helada espera ver al final del año, cuál es la cifra que puede llevar al ahorro, para invertirlo en semilla y en arado; es el profesional que acumula lentamente el producto de su vida de labor para tranquilidad de los suyos; es el industrial que también acumula y ahorra para modernizar, para ampliar, para competir, es el comerciante que ahorra para mejor adquirir al contado.

Entonces, para los señores de la oposición no tiene valor alguno una ley cuya finalidad inmediata, objetiva, es salvar ese ahorro, porque si estos bancos, si estas organizaciones de crédito pudieran tambalear en algún momento, ¿quién sería el primer perjudicado sino ese mismo ahorro? Y si en definitiva, detrás de esa operación, no solamente es el ahorro que se defiende, sino que es el deudor que se ampara, ¿por qué no podemos ir nuevamente en ayuda de las grandes masas de deudores, cuando lo venimos haciendo en toda nuestra legislación y con el aplauso de la oposición? Hemos hecho leyes que han modificado la amortización y el interés de las deudas; hemos paralizado, rozando incluso la Constitución, el régimen de nuestro código, que daba como intangible el servicio de una deuda hipotecada. Y a esta otra masa de deudores que está detrás de la cortina del Banco, ahora con el Instituto Movilizador se le permitirá en una forma lenta, prudente, posible, el cumplimiento de su deuda, salvando así su capital. ¿No tiene el mismo derecho a ser ayudado el deudor anónimo, el que no ha podido traducir en un gravamen real, sea cédula nacional, sea escritura privada, que no ha llegado a conglomerarse en un estado social de deudor hipotecario, pero que es tan digno de apoyo como el que más?

Pero no es esta sola la finalidad que se persigue. El Instituto Movilizador es un paso indispensable para que la ley de bancos pueda ser cumplida y no hay sonrojo en declararlo en alta voz: la

ley de bancos es una necesidad precisamente, en defensa de ese depósito y de ese ahorro. Como es una necesidad constituir la acción corporativa de la actividad bancaria, llevándola a una especie de mutualidad de depósitos en el Banco Central, que éste sea como un gran recipiente, y todos ellos como vasos comunicantes ligados y vinculados a ese organismo central. Tiene entonces, tantas ventajas reunidas el mecanismo conjunto y se ha presentado con tal claridad en distintos reportajes, en exposiciones del señor ministro en el Senado, a la opinión, por la radio, que yo creo puede excusarse a la mayoría de la Cámara que yo insista en este sentido.

El señor diputado Pena decía que la solución tenía que ir al abaratamiento de la tierra. ¡Pero si esto es una acción concordante, si es conducente! ¡No han dicho los señores diputados de la oposición que había congelados más de 1.000.000.000? ¡No es una cifra que gira en el ambiente de la calle y que puede ser más o menos cercana a la realidad, pero que quizá sea menor, quién sabe mayor? Y esta inversión congelada ¿dónde está en su inmensa mayoría sino en la tierra? Si hoy la tierra todavía es cara, ¿qué podemos hacer para abaratarla sino aumentar su oferta? El Banco no puede hoy, lógicamente, contablemente, presentar una liquidación inmediata de esa tierra, no sólo en salvaguarda de esos depósitos que son para él sagrados, sino también porque ese mismo deudor no puede ser ejecutado en plazo cercano y corto, pues entonces no tendría la posibilidad de retener su tierra.

Creo que hay alguna necesidad, que hay alguna oportunidad de hacerlo; en primer término porque esta índole de leyes o no se presentan o se sancionan. No hay términos medios. En este sentido estuvo clarísimo y acertado el doctor Norberto Piñero, cuando el señor diputado socialista le preguntó: ¿Considera oportuna la ley? Y el doctor Piñero contestó: La pregunta pudo ser hecha antes de presentar la ley.

Una vez que está ya con sanción del Senado; cuando ya la opinión ha cristalizado alrededor de ella, esta ley no puede volver atrás. La mayoría de la Cámara coincide. Está índole de leyes avalancha o no vienen o llegan y pasan.

Quiero dar brevísimas cifras, porque he tenido la curiosidad de mirar cuál era el estado del pasivo de los quebrantos a través de los dos últimos años, y he visto con sorpresa que las entidades de comercio en el año 1933 dan 118.000.000 de quebranto y en 1934 sólo 58.000.000. Las entidades industriales, primarias y fabriles pasan de 34 en 1933 a 15.000.000 en 1934. Los concursos civiles particulares pasan de 73 a 48.000.000. Con unos pocos quebrantos de servicios diversos, los totales en 1933 fueron 233.000.000 y en 1934 sólo 124.000.000, es decir, hay una disminución de 47 %. Los quebrantos han disminuido por valor de 109.000.000. Esto quiere decir que hay un principio de tranquilidad, de saneamiento, de reactividad de los negocios comerciales, agrícolas ganaderos, industriales.

Pero ¿qué ocurre en el sector del crédito? Que los quebrantos en 1933 de bancos, instituciones de crédito y compañías de seguros llegan a 6.700.000 pesos, habiendo sido de 19.700.000 en 1934. Hay 13.000.000 más de quebrantos, o sea que en 1934 fueron el 294 % de los de 1933.

El señor diputado Godfrid insistió mucho en las pérdidas del Instituto Movilizador. ¿A cuánto ascienden? Significaba que había que poner una cifra máxima a las reservas del Banco. Decía: «afirmo, con mi documentado estudio, que la cifra de reserva para las pérdidas es suficiente con 50.000.000.» ¿Por qué? Creo que es excesiva. Hay una diferencia fundamental en la redacción, sino en el pensamiento, entre nuestro despacho frente el que viene del Senado, el cuál establecía un fondo de reserva para cubrir los quebrantos. ¿Pero es que no se quiere entender cuál es el mecanismo del Instituto Movilizador? Es que

se quiere aparentar que se ignora, para poder presentar a la Cámara una acción de crítica más fácil, o, lo que sería peor, es que efectivamente se ignora.

Entonces, digamos de una vez por todas y nuevamente, que el Instituto Movilizador no perdona ni borra una deuda, que el Instituto Movilizador lo único que hace es dilatar en el tiempo la liquidación de los valores encajados, valores que de momento paga una parte en efectivo — la parte que está razonablemente en proporción a su valor actual, no un 50 % señor diputado Repetto —, y el resto lo reconoce en un bono que no debe ir al encaje, como decía el señor diputado Godfrid, y me sorprende que un diputado nacional pueda hablar de certificados de deuda como de documentos que puedan considerarse como encaje, pues un concepto elemental de mecánica bancaria, es que encaje quiere decir plata, moneda, billetes, líquido, circulante inmediato, no documentos de crédito, y muchísimo menos un bono del Instituto Movilizador que tampoco, señor diputado Dickmann, puede ir al redescuento. Es completamente inexacto, y la ley lo dice expresa e imperativamente, «bonos que serán nominales y que no serán redescontables». Entonces, en realidad, son certificados de deuda por los que el Instituto Movilizador reconoce que existe un plazo intermediario hasta la liquidación definitiva, y valorizándose ese bono según sea el resultado de la definitiva liquidación del bien adquirido. ¿A cuánto ascenderá, preguntaba el señor diputado Godfrid, esa reserva? Pero es que esta reserva es el verdadero capital con el cual el Instituto Movilizador se mueve. ¿Creen los señores diputados que con sólo 10.000.000 de capital aportados por el Estado podría el Instituto Movilizador desempeñar una función de la magnitud de la que le quiere confiar la ley? ¿De dónde saldría la parte en efectivo para la compra de 800, 900 ó 1.000 millones de pesos, a descongelar? Habrá un 15 ó 20 %, quizás término medio, que se deberá pagar en efectivo y los fondos

para ello se toman de su fondo de reserva el que no se destina precisamente a quebrantos. Surge de la propia redacción de la ley y del propio mecanismo de los números, el monto de la reserva.

El artículo 2° establece con claridad, que el capital y reserva serán los 10.000.000 iniciales, más el saldo que quede a favor del gobierno una vez efectuadas las transferencias autorizadas por el artículo 4° de la ley de la comisión organizadora. Si el máximo son 670.000.000 de utilidad que surge de la valuación del oro, y el gobierno tomara, por ejemplo, sólo 500.000.000 de pesos, 10 van al Instituto Movilizador y 10 al Banco Central. Quedan 480.000.000. Es la reserva provisoria del artículo 2°. ¿Cuál es la reserva definitiva, que permitirá establecer por diferencia entre las dos reservas que el monto que, según el artículo 13, van a ir a saldar la actual deuda bancaria del gobierno con el Banco de la Nación? Surge de las manifestaciones hechas y de la lógica más elemental.

No hay objeto en otro mayor capital, como masa de maniobra del Instituto, que el necesario para adquirir los 200 y pico de millones que actualmente hay en el redescuento, más una cifra prudencial de 68.000.000, que es lo que se conceptúa necesario atribuir como parte de la compra en efectivo para reforzar los encajes de los bancos.

Así, este saldo de 200.000.000 es al que se refiere el artículo 3°, que será aplicable, como bien claramente lo dice la modificación de Diputados, para pagar parte de su actual deuda bancaria. Se me dirá: ¿y si el Poder Ejecutivo aplica la equivalencia al máximo y, en vez de 500, toma 600.000.000 por una mayor valuación? Entonces, en vez de 200, habrá 300.000.000. No se da un peso más al Instituto, ya que él va a tomar sólo lo que requiera la verdadera necesidad de su funcionamiento, antes expresada.

—Ocupa la Presidencia, el señor presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros y Culto, doctor Adrián C. Escobar.



El señor diputado Pena dijo, que era un atrevimiento inaudito que nuestro modesto país pretendiera luchar contra la libra esterlina. No hay tal. Tanto no se pretende luchar, que todos sabemos que nuestro peso está encadenado a la libra, porque Gran Bretaña es siempre nuestro grande, tradicional y fiel comprador. De manera que encadenar nuestra divisa a la suya no es sólo un acto de solidaridad monetaria que interesa a nuestra vinculación económica, sino que es mantener la proporción entre el valor de compra y el de venta. Así, cuando la libra esterlina se valoriza o desvaloriza, ¿no incide a la inversa en el valor de los frutos de nuestra exportación a aquel gran país? La valorización del peso, decía el señor diputado Dickmann, se detiene intencionadamente. Eso no es una novedad. El país la ha aplaudido, la Cámara la ha votado, es una intención, es una política, es un acierto y por consiguiente el gobierno que lleva la responsabilidad y esta mayoría que la comparte, no tiene ningún empacho en decir, que una de las finalidades de todo este gran mecanismo es, precisamente, defender nuestra divisa. Defenderlo no quiere decir valorizarlo, sino buscar el punto medio que impida encarecer el costo, el standard de la vida interna, pero que permita la máxima valorización de nuestros productos de exportación.

Este fué el gran secreto de Gran Bretaña, que habiendo roto su conversión y mantenido la moneda forzosa, sin embargo ha podido conseguir la libra dentro del mercado interno suficientemente desvalorizada para que sin encarecer la vida en el mercado inglés, mantenga una prima a la exportación de sus productos.

Tengo que pasar ahora a otro aspecto en forma brevísima, a la ayuda bancaria. Deseo citar rápidamente estos antecedentes que son de interés. Desde hace dos a cuatro años el mundo entero nos ha dado el ejemplo sin antifaz, sin careta, de lo que los gobiernos han hecho para salvar los bancos. El tesoro francés prestó al Banco Na-

cional de Crédito en calidad de anticipo, 2.000.000.000 de francos; a otras entidades bancarias, en conjunto 900 millones; a las industrias de transporte y gran industria pesada, análoga cifra. El total de préstamos concedidos fué de 15.000.000.000 de francos. En Alemania, después del descalabro de 1931, el Reich fué el socio capitalista del sistema bancario. El Commerszbank absorbió al Barmen Bankverein por un aumento de capital financiado por el Estado. El Berliner Naudels Gessellschaft, el Reichs Kredit, el Dresner Bank y la Danat se encuentran de hecho estatizados por la mayor y formidable operación de descongelación efectuada. No hablaré ya de Estados Unidos, de las últimas leyes dictadas en Norte América y sus consecuencias, por lo avanzado de la hora. Sólo cito como recordatorio la ley Glas-Steagall.

Hacer estas operaciones, proyectar todo este mecanismo financiero en los momentos de bonanza, es la primera condición de un hábil gobierno. ¿Pretenderíamos en plena tempestad, con un buque encallado en las rocas, mandar los remolcadores para desencallar, cuando lo único que haríamos sería hundir la ayuda con el mismo buque? ¿O por ventura se quisieran estas operaciones como tuvo que hacerlas Estados Unidos en 1932, cuando con la expectativa del mundo entero en aquella carrera de los galgos del Océano, dos ministros, entre ellos Mac Donald y Herriot, volaban para llegar primero a atraerse la política de Roosevelt a sus respectivas teorías? En momentos en que en Iowa había en un frente de 170 kilómetros los agricultores revoltados, teniendo que ir el ejército a reducirlos con ametralladoras y tanques, pudo más aquella oportuna devaluación hecha al 50 % por Roosevelt en 48 horas, antes de la llegada de los primeros ministros citados, que todo lo que hubieran podido hacer las armas del ejército estadual contra la revolución agraria naciente. Iniciar, entonces, todo ese mecanismo en los tiempos de paz, es un mérito del gobierno y de su ministro de Hacienda.



Debo ahora referirme, a esta altura de mi exposición, a reiteradas y malevolentes manifestaciones, que han partido del sector socialista hacia la persona que ocupa un lugar de alta jerarquía en nuestra gran organización política que se llama Partido Demócrata Nacional. Se lo ha acusado veladamente, en forma difusa, con matices rencorosos y referencias suficientemente explícitas para comprender dónde y a quién apuntaron.

Señor presidente: Celoso soy del prestigio del Congreso y como miembro del mismo sería desidia incalificable mantener en silencio mi protesta viril y enérgica contra estas falsas imputaciones.

Partidario soy de esa organización demócrata, nacional y con la solidaridad de los hombres atados por comunes ideales y por esa especie de religión que para nosotros representa el cuidar la preciosa herencia de la más pura argentinidad que nos legó la revolución, vibro entero cuando se ataca injustamente a mi jefe respetado. Amigo soy de mis amigos y en cualquier terreno, y siendo así, será una villanía incompatible con mi lealtad, si en este instante no segara con la verdad, la impostura. Y vamos a verla esa verdad.

Un hombre fuerte, 18 años atrás un hombre que tuvo la visión de grandeza, quiso llevar a la selva nortea la civilización argentina. Y dueño de extensiones de campo, soñó que algún día allí podría haber un pueblo floreciente. Pensó que podría descuajar las raíces de la selva virgen y que allí, tiempo a venir, crecería un pueblo fortificado en el trabajo y unido alrededor de las chimeneas de una fábrica poderosa. Y aquel sueño es hoy una realidad.

Los que visiten el lejano Norte, verán casi en el confín de la patria, cerca de la frontera con Bolivia, numerosas casas blancas con techos rojos, rodeadas de jardines; verán un ingenio como nave capitana que agrupa millares de hogares; verán escuelas donde se edu-

can los niños; hospitales donde se amortigua el sufrimiento; iglesias donde se mitiga el dolor; almacenes con los cuales se vive; trabajo y fábrica; esa fábrica que es como la universidad de los humildes donde se requiere la fortaleza de espíritu, pues hemos visto al peón de campo y al obrero de la fábrica, y todos sabemos que en contacto con la máquina parece que se despertara más rápidamente la inteligencia del hombre, que cuando encalece su mano en contacto con el arado. No en vano los grandes países que han llevado la antorcha de la civilización han sido grandes países industriales. Y ese sueño realizado, — que si Rodrigo Caro reviviera podría, quizá, cantarle la oda reverso de aquella famosa a las ruinas de Itálica — es la obra del hombre que ahora los señores diputados socialistas atacan con insidia.

¿Qué es lo que hizo, señor presidente? Disponer de su fibra, de su voluntad, de su tierra; le faltaba capital suficiente, lo buscó, lo encontró, que lo invirtió, que lo fructificó. ¡Y ese es el crimen! ¿Y dónde encontró ese dinero? En el Banco de la Nación con la influencia política, como quiere significarse, incluso acusando de que el incumplimiento de los servicios de intereses y capital, ha congelado una maciza cifra de crédito del Banco del Estado? No, señores diputados; no.

Dieciocho años atrás se iniciaba la operación, y el capital fué encontrado en un firma bancaria de la plaza, firma cuyo nombre vasco, muy vinculado con la política de la época de la presidencia del señor Irigoyen, recibía en depósito cifras ponderables que pasaban de decenas de millones. Pero el titular de esa firma bancaria, olvidando que el depósito y el ahorro es un pájaro fugaz que al menor asomo de tempestad busca el nido del árbol más robusto, olvidó que los depósitos a corto plazo no podían llevarse a una inversión de largo tiempo. Y este error que provocó su caída comercial fué borrado con su sangre: una bala suicida terminó una vida de desventura.

Pero el Banco de la Nación, que ha-

bía financiado la firma bancaria entre cuyos créditos figuraba el de esa explotación, que era ya poderosa, tomó para su acervo como liquidación de aquellos créditos, la totalidad de los haberes que lo respaldaban y así fué cómo aquella poderosa organización industrial hoy sirve de garantía y de respaldo al crédito del Banco de la Nación, llegado allí de afuera, en época muy anterior a la revolución, antes que las autoridades y las amistades políticas pudieran ser un factor en la negociación del crédito. ¡Ojalá, señores diputados, que todos los créditos congelados que el país tiene, tuvieran el ritmo severo del cumplimiento integral en el servicio de amortización e intereses que tiene el préstamo referido! No habría de preocuparnos el Instituto Movilizador, ni en tanta escala el Banco Central.

**Sr. Repetto (N.).** — Sería conveniente saber, ya que el señor diputado ha hecho alusiones tan directas, si ese señor político, debe o no debe ahora, al Banco de la Nación.

**Sr. Simón Padrós.** — ¿Y es un delito deber? Si es una culpa no pagar es un mérito el cumplir.

**Sr. Repetto (N.).** — Si usted quiere...

**Sr. Simón Padrós.** — No le permito al señor diputado la interrupción. Les hemos escuchado pacientemente a los señores diputados socialistas.

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra, para cuando termine el señor diputado. Vamos a tratar en detalle...

**Sr. Simón Padrós.** — No permito la interrupción, señor presidente.

—Suena la campana del recinto.

**Sr. Presidente (Escobar).** — Ruego al señor diputado no interrumpa al orador.

**Sr. Simón Padrós.** — Bien. Pasando a la fase final de mi exposición que la premura del tiempo me exige acortar más de lo que yo deseaba, quiero recordar que no ha de atemorizar a los hombres de gobierno la crítica de una parte de la opinión. No tiene que preocuparles, porque la visión de las grandes

cosas argentinas ha nacido en momentos análogos y con una mayor oposición. ¿Quién no recuerda el gesto de Pellegrini, cuando en el 91 creaba el Banco de la Nación sobre las ruinas de los bancos oficiales, y lo hacía no sólo con la oposición de toda la prensa, en calles y salones, sino también con la oposición de todas las fuerzas vivas del comercio y la opinión? Y sin embargo, Pellegrini, el día en que ponía en posesión al primer directorio del Banco de la Nación, decía estas palabras: «Tengo fe en sus destinos», y agregaba: «Este Banco se funda únicamente en servicio de la industria y del comercio». Hoy los acontecimientos le dan la razón demostrando que el Banco de la Nación ha cumplido una gran labor. Bastaría recordar lo que era la riqueza económica de aquellos tiempos y comprender lo que es hoy, y preguntarnos: ¿En cuánta proporción el Banco de la Nación no ha de haber sido el sostenedor y propulsor de esas actividades? Con 11.200.000 hectáreas de terreno cultivadas para productos de primera necesidad, hemos pasado a 20.000.000 de hectáreas; de 17.000 kilómetros de ferrocarriles, a 40.000; con 22.000.000 de cabezas de ganado vacuno, tenemos hoy 83.000.000. De pesos oro 320.000.000 en movimiento comercial exterior en 1900, hemos pasado a 1.120.000.000 en 1934.

El Banco de la Nación ha cumplido la finalidad del gran Pellegrini, y si la pudo realizar fué en gran parte por la aplicación y la entereza de los hombres que le secundaron brindando alrededor de su nombre aquellos otros que, como su primer presidente Vicente Casares, y sus directores Alcorta, Lanús, Rosa, Luño, Unzué, Blaquier, Madero, Estrada y Becú fueron las vanguardias del más puro argentinismo.

Hoy, con la labor cumplida, puede el Banco de la Nación esperar merecidamente el aplauso del país y de sus grandes fuerzas vivas que encontraron siempre en él fuerte apoyo en los días de tempestad. Y como ante el veterano de la vieja guardia que vuelve del frente vestido de cicatrices, también los

nuevos reclutas, futuros mariscales, pueden cuadrarse ante él, marcando la venia.

Creo que de este organismo que hoy nace podemos decir como Pellegrini: «Tengamos fe en los resultados», y no es aventurado decir que en un plazo cercano, cuando nuestros hijos escriban en hojas de bronce, con letras forjadas al calor del reconocimiento nacional, los nombres que merecieron bien del país, no estarán ausentes los del excelentísimo señor presidente de la República y de su ministro de Hacienda, cuyas firmas estampan el mensaje de estas leyes por la inteligencia con que las proyectaron, por el tesón y coraje en mantenerlas y por la prudencia y el acierto con que esta mayoría y el país confían que serán aplicadas. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos!*).

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pido la palabra.

**Sr. Presidente (Escobar).** — La había pedido antes el señor diputado Bunge.

**Sr. Repetto (N.).** — He pedido la palabra a propósito de alusiones personales que ha hecho el señor diputado Simón Padrós y que necesitan, a mi juicio, ser aclarados brevemente.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Yo reclamo el uso de la palabra.

—Hablan varios señores diputados a la vez.

**Sr. Presidente (Escobar).** — Tiene la palabra el señor diputado Bunge.

El señor diputado Repetto tendrá la palabra en su oportunidad.

**Sr. Repetto (N.).** — Señor presidente...

**Sr. Presidente (Escobar).** — Permítame, señor diputado.

—Hablan simultáneamente el señor diputado Repetto (N.) y otros señores diputados.

**Sr. Presidente (Escobar).** — Ruego al señor diputado Repetto, que es tan respetuoso del reglamento, no interrumpa y permita hablar al señor diputado

a quien le corresponde el uso de la palabra.

Tiene la palabra el señor diputado Bunge.

**Sr. Repetto (N.).** — Es necesario dar los datos a la Cámara. Tengo elementos en mi poder para justificar...

**Sr. Videla Dorna.** — Oportunamente los hará valer.

—Hablan a la vez varios señores diputados.

**Sr. Repetto (N.).** — Es extraordinario que después de haber hecho una defensa tan escurridiza...

—Hablan simultáneamente varios señores diputados y suena la campana de orden.

**Sr. Presidente (Escobar).** — Tiene la palabra el señor diputado Bunge.

**Sr. Repetto (N.).** — Yo tengo una documentación...

—Hablan a la vez el señor diputado Repetto (N.) y otros señores diputados y suena nuevamente la campana.

**Sr. Presidente (Escobar).** — Oportunamente hará uso de ella el señor diputado, ahora tiene la palabra el señor diputado Bunge, que la había solicitado con anticipación.

**Sr. Pena.** — ¡Qué miedo tiene la Cámara!

**Sr. Presidente (Escobar).** — Tiene la palabra el señor diputado Bunge.

**Sr. Pena.** — ¡Ha salido muy bien el deudor! ¡Qué defensa le hacen!

**Sr. Schoo Lastra.** — ¡Se han lucido ustedes!

—Hablan varios señores diputados a la vez.

**Sr. Repetto (N.).** — Yo les puedo decir lo que debe. Aquí lo tengo.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Todos lo sabemos.

—Hablan varios señores diputados a la vez y suena la campana de orden.

**Sr. Presidente (Escobar).** — Puede hacer uso de la palabra el señor diputado Bunge.

**Sr. Repetto (N.).** — Así será la política.

**Sr. Bunge.** — Pido la palabra.

Deseo hacer una exposición serena y breve y por eso lamento que me cueste tanto iniciarla.

Ningún asunto de tanta trascendencia se ha planteado en la Cámara en las últimas décadas. Ningún asunto tampoco, desde que soy diputado, habrá pronto veinte años, me ha sugerido más graves dudas. El país se encuentra ante una encrucijada que decidirá su porvenir en las próximas décadas. Por eso he creído de mi deber informarme y meditar serenamente sobre el alcance de estos proyectos que ha presentado el Poder Ejecutivo, y me considero en el deber de fundar mi voto.

Los problemas que proponen afrontar estos proyectos monetarios y bancarios son los resultantes de nuestra evolución económicosocial, de la política tradicionalmente seguida por la clase gobernante argentina, con una consecuencia que es realmente curiosa porque data ya de hace cerca de un siglo. En ella hay dos factores principales que son los que me dan la perspectiva sobre el asunto en debate: el primero, nuestra situación de país colonial, que ha sido determinada por los organizadores de la Nación argentina, en su impaciencia por conseguir con el aflujo de inmigrantes, de capitales y de técnicos extranjeros, un desarrollo acelerado y una industria y una agricultura hechas, de acuerdo con la frase de Alberdi de que la viña se planta de gajo. Eso nos ha hecho tributarios de países que han aportado los capitales que el nuestro ha atraído para su desarrollo técnicoeconómico.

El segundo factor es la política inflacionista seguida, con muy pocas interrupciones, por la clase gobernante argentina, y que se ha expresado tanto en materia de presupuesto como de crédito bancario.

Basta tener presente que en los últimos 60 años sólo hemos tenido 15 de

conversión. Tributarios del capital financiero de países económicamente más evolucionadas, lo somos en primer lugar de Inglaterra, por ser el que llegó primero a un alto desarrollo industrial y financiero, pero también porque la clase capitalista inglesa tenía interés en conseguir, de las feraces llanuras argentinas, trigo y carne de buena calidad y baratos para sus trabajadores, los que implicaba un suplemento de salario sin aumentar su cifra nominal. Había, pues, un interés de parte de los capitalistas de Inglaterra, en proveer al país de capitales bajo forma de ferrocarriles y de obras públicas.

Mientras el mercado mundial estuvo libre, es decir, hasta antes de la guerra, podíamos pagar cómodamente el tributo de las deudas contraídas, tanto las públicas como las de las grandes empresas radicadas en el país, con los productos del suelo argentino. Es éste un triple tributo: el de los intereses de la deuda del Estado, acumulada progresivamente por déficit que se han mantenido, incluso en los períodos de mayor abundancia; el de las empresas radicadas en el país; y el tributo de los inmigrantes que enviaban dinero a su país de origen.

Las deudas públicas argentinas tienen la grave circunstancia de haber sido contraídas casi todas para gastos improductivos. No siendo deudas productivas, no han representado la incorporación de un verdadero haber en el acervo de la riqueza nacional, sino por el contrario, lo han gravado, incluso la mayor parte de las deudas contraídas para obras públicas. Este nuevo tributo es una sangría constante de la riqueza argentina, no comparable al rédito normal en el sistema capitalista, que puede afrontar toda obra realmente creadora, aunque no sea directamente remunerativa, siempre que lo sea indirectamente por su utilidad social, al favorecer la cultura y el progreso del país en que se realiza.

Igual alcance de deudas en su mayor parte improductivas tiene una gran masa del crédito bancario, y esa es la

causa por la cual en este momento de crisis mundial coinciden las dos dificultades.

El proceso del desarrollo argentino sobre la base de su estructura colonial, hace crisis hoy, por la concurrencia de diversos factores, entre los cuales los principales son el enorme descenso de los precios de los productos del suelo, especialmente los cereales y las carnes, con los cuales debemos pagar el tributo al capital extranjero aquí radicado, capital representativo de una deuda contraída en épocas en que bastaba la mitad de esos productos para pagar los respectivos réditos.

El otro factor principal es la evolución económicopolítica acentuada después de la guerra, que ha determinado el cierre de las fronteras, la pretensión de cada país de convertir en tributarios a los otros, de cerrarse a sus importaciones e inundarlos con sus exportaciones. En nuestro caso, ello nos ha creado la situación de no poder pagar cómodamente nuestras deudas por no poder colocar convenientemente nuestros productos, ni siquiera a los precios en que han envilecido.

La política a que se han dejado arrastrar los principales Estados, o en la que se han embarcado deliberadamente, implica el término de la era liberal, término para mí definitivo. Hasta hace dos años, podía alimentarse, y yo alimentaba, la ilusión de que la presente crisis podría resolverse espontáneamente, lo mismo que las anteriores, por el llamado libre juego de las fuerzas económicas. Pero la política seguida por los países decisivos hace imposible esta solución espontánea. A la era liberal ha sucedido la de la economía dirigida, economía dirigida en sentido capitalista, por la clase capitalista y para la clase capitalista.

En esa situación, pudo pensarse si no hay entre la economía dirigida socialista y la economía dirigida capitalista algún término medio. Tengo la creencia de que Roosevelt, con su régimen que él llamó revolución, pensó ensayar un término medio, tratando de

satisfacer a la vez dos necesidades fundamentales, de mantener la capacidad de consumo en las masas laboriosas, y sin embargo, mantener el sistema del provecho privado capitalista. Esa tentativa de Roosevelt ha fracasado. Conviene tenerlo muy presente, ya que el buen humor popular, al comentar las manipulaciones financieras de nuestro gobierno, encontrando una analogía con la desvalorización del dólar de Roosevelt, la ha llamado, por comparación con la «Nira», la «Nirita».

El resultado del plan de reconstrucción industrial de Roosevelt, el tendiente a aumentar la ocupación, a mantener el nivel real de los salarios por un lado, y por otro mantener el nivel de los precios y aun elevarlos por la desvalorización del dólar, ha sido contraproducente. Pueden palpase sus resultados en el impuesto a la renta en aquel gran país. No ha aumentado la masa de pequeñas entradas; por el contrario, ha disminuído. La estadística del impuesto a la renta en Estados Unidos, el año pasado, demuestra que han disminuído en centenares de miles los pequeños contribuyentes, es decir, que ha quedado exento del impuesto a la renta por tener entradas inferiores al mínimo, un número creciente de personas. En cambio, en el otro extremo, ha aumentado de 26 a 44 el número de personas cuyas entradas anuales pasan de 1.000.000 de dólares. De esa manera, los ricos se han hecho más ricos y los pobres se han hecho más pobres.

Toda tentativa de economía capitalista dirigida no puede tener sino ese resultado, contribuyendo a arruinar progresivamente a las clases intermedias, tanto de la ciudad como del campo.

No creemos que nosotros podamos dirigir, en la situación actual, la economía del país en su integridad, sin modificarla fundamentalmente. Las grandes empresas que representan las más poderosas masas de capital, no pueden ser controladas sino en una medida limitada e indirectamente por el propio país, porque son de procedencia extranjera. Tienden así a ser defendidas por los poderosos gobiernos que las ampa-

ran, un Estado dentro del Estado. En esa situación, entiendo que el gobierno se ha propuesto afrontar las dificultades del momento con sus reformas, tratando, con la creación de un sistema bancario fiscalizado por el llamado Banco Central, apuntalando a los malos bancos, concediendo una moratoria para los peores deudores e impedir así derrumbes bancarios que seguramente teme; capeando el temporal esperando mejores tiempos. No quiero prejuzgar intenciones, pero como éste no es un mal prejuizamiento, me creo en el derecho de hacerlo.

Ha contribuido a la situación actual, el empeño del gobierno de pagar en su integridad los servicios de la deuda exterior, sin tratar de conseguir en ellos quitas en relación a la disminución del valor de nuestros productos; tanto más que Inglaterra, nuestro principal país comprador, nos ha puesto verdaderamente a ración. Inglaterra nos ha reducido las importaciones del producto del que es casi único consumidor, por razones de política imperial interna. Nos ha obligado así a hacer un esfuerzo especial para pagar los réditos de los capitales ingleses radicados en el país.

Cerrada la Caja de Conversión, dificultada la venta de los productos argentinos, descendido su precio, el peso se ha desvalorizado como consecuencia del mecanismo de los cambios, única manera de conseguir pagar los saldos deudores del país. Ha desaparecido, como consecuencia de esa política, el régimen de conversión. Pero, ¿es ésa una razón para legalizar la inconvención, para abrir las puertas a una nueva desvalorización del peso que agrave la actual?

Ha dicho muy bien el señor diputado Simón Padrós que lo que más se destaca en estos proyectos es la llamada revaluación o justiprecio del oro, que yo llamaría, con el término norteamericano, devaluación del peso, porque lo que puede variar de precio no es el oro sino el papel moneda. Es la sanción oficial de una desvalorización del peso al 40 % de su tipo oficial de conver-

sión, contra una desvalorización de la libra, a la cual en verdad está ligado el peso, de sólo un 40 %, y una desvalorización del dólar que creo es un poco más del 40 por ciento.

Es posible que la actual desvalorización haya sido inevitable. Pero lo que no puedo comprender es cómo de esa desvalorización pueden surgir grandes recursos por una manipulación de carácter financiero, para vastas operaciones de crédito, y considero peligrosa una desvalorización sancionada por ley, mientras ella no sea acompañada de la estabilización de la moneda, en el tipo en que sea desvalorizada, que implique su convertibilidad por lo menos virtual.

No existe esa posibilidad en los proyectos del Poder Ejecutivo. Sin embargo, sería posible, aún hoy, encontrar los recursos para poder fijar el valor del peso, por lo menos, con una reforma absolutamente radical de nuestro sistema de impuestos.

Es posible, sin embargo, que necesitáramos un Banco Central. Pero es un Banco Central no sólo facultado para emitir, sino obligado ocasionalmente a emitir, sin más haber que asientos de contabilidad que no pueden crear jamás valores reales. Por lo menos, ese Banco que debe en un momento dado pagar en efectivo los activos que acredita a otros bancos, tendrá que emitir cuando ese momento se presente. No puedo concebir un Banco emisor sino sobre la base de recursos reales, ciertos. En este caso, ellos deberían proceder de excedentes de los impuestos sobre los gastos, y de impuestos sanos que no impliquen un rebajamiento mayor del nivel de vida.

Por eso, no puedo dejar de ver en ese activo de alrededor de \$ 500.000.000, que se obtendrá de la devaluación del papel moneda, una emisión virtual por una cantidad equivalente que se hará o no — no creo que haya el propósito de hacerla de inmediato — una emisión que se hará o no, según lo impongan las circunstancias. No pueden salir valores de la nada, no pueden salir va-

lores de artificios de contabilidad. Por lo tanto, si artificialmente aparece un nuevo valor de \$ 500.000.000, es tomado de otra parte; y no puede hacerse efectivo sino con una nueva emisión o con operaciones equivalentes a emisión por esa cantidad.

Los problemas económicos no pueden resolverse con arbitrios financieros. Lo que pueden hacer los arbitrios financieros es determinar quién o quiénes, qué parte de la población, ha de cargar principalmente con los gastos de las soluciones económicas buscadas con esos arbitrios financieros. Aquí se trata, en la devaluación, de hacer cargar al conjunto de la población con el gasto posible de la rehabilitación de ciertos bancos, de la moratoria acordada a ciertos créditos congelados, y de la mora que se otorga el propio gobierno, de 200.000.000 de pesos, fruto del abuso que en los últimos 20 años, no por este gobierno, se ha hecho del crédito en el Banco de la Nación.

Tal como está constituido, el Banco Central se somete, es cierto, a la fiscalización del Poder Ejecutivo. Pero en la preocupación de crear una entidad privada de carácter autárquico, se da intervención a todos los bancos; y sabemos que una entidad bancaria privada, sea cual fuere su composición, tiene necesariamente que depender de las grandes organizaciones financieras del mundo, de los grandes trust financieros de Estados Unidos o de Inglaterra, en este caso, más probablemente de los de Inglaterra que de Estados Unidos. Significará, pues, dar el control, por lo menos indirecto, de todos los mecanismos financieros que comprende el Banco Central a la alta banca británica.

Creo por eso, que el resultado del Banco Central y de la revaluación del peso será, por una parte, mantener y aun rebajar posiblemente el nivel de vida, ya descendido, de los trabajadores, por la desocupación y la escasez de trabajo, y posiblemente determinar un encarecimiento de la vida, si llegan a hacerse necesarias las emisiones que

eventualmente autoriza el mecanismo de la ley; y, por otro lado, acentuar nuestra dependencia de la banca británica, acentuar, por lo tanto, la incorporación de la Argentina al organismo económico del Imperio Británico. Por ello creo, que los males que se trata de remediar con esta reforma bancaria pueden, por el contrario, ser agravados. En vez de iniciar un movimiento de emancipación de las fuerzas de las cuales hemos sido hechos dependientes por nuestra evolución económica, acentuar nuestra dependencia.

No veo en ninguna parte de estos proyectos el propósito de favorecer a la población agraria argentina, de que pueda producir a menor costo, perfeccionando sus métodos técnicos de trabajo, mediante créditos tendientes a ese fin. Tampoco veo el propósito de favorecer en alguna forma que los productos argentinos puedan venderse sin intermediarios, que se quedan con una parte exagerada de su valor, es decir, el fomento de las cooperativas ganaderas y agrícolas de producción y de venta.

Si hay malos créditos o malas propiedades en manos de los bancos, sería esta la ocasión de comenzar un movimiento de control del Estado hacia las industrias que están más endeudadas con los bancos y que ejercen una influencia política exagerada, desproporcionada con su importancia, y que, por lo tanto, sería altamente conveniente que un Estado democrático pudiera asumir su control, limitando con ello esa influencia exagerada.

Por considerar, entonces, que no pueden remediar con manipulaciones de carácter financiero, las dificultades económicas por no ver ningún intento de reforma económica; por creer que se acentuará la dependencia financiera del país de la banca británica, en un período en que el imperialismo inglés, también en crisis, se ve obligado a acentuar su presión económica sobre los países tributarios, votaré en contra de los proyectos de carácter monetario.

Nada más.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Pido la palabra.

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra para referirme a la incidencia planteada.

**Sr. Presidente (Escobar).** — Usará de la palabra para rectificar después del señor ministro.

**Sr. Repetto (N.).** — Sobre esa incidencia me cabe una explicación inmediata.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Señor presidente: yo deseo hablar.

**Sr. Repetto (N.).** — He sido personalmente acusado.

**Sr. Presidente (Escobar).** — La Presidencia no ha escuchado ninguna acusación al señor diputado; si no reglamentariamente le hubiera dado la palabra.

Tiene la palabra el señor ministro.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No es agradable tener que hacer un discurso sobre una materia que ha obligado a frecuentes intervenciones en el recinto y fuera de él. Tratamos cuestiones que me han ocupado muchas veces. He tenido participación, como es lógico, en la redacción del mensaje con que se acompañaron los proyectos al Congreso, he intervenido en su discusión en el Senado nacional, he hecho exposiciones variadas; y si ahora abordara el tema en toda su amplitud, es evidente que incurriría en repeticiones totalmente fuera de lugar, dado el desarrollo de este debate.

Me proponía por eso dar más importancia a la réplica o al examen de los argumentos que contra los proyectos trajeran los legisladores opositores, que a una exposición justificativa de las medidas proyectadas, cuyo alcance es perceptible con facilidad después de todo lo que sobre ellas se ha hablado y escrito.

Voy a dar, pues, por sabido, cuál es el objeto que el gobierno persigue con este conjunto de iniciativas que se ha expresado con exactitud, tanto por el señor diputado Martínez como por el señor diputado Simón Padrós, que forman un conjunto coherente del cual no

puede tomarse una parte y desecharse el resto. Hay un problema monetario, respecto del cual, el objeto de la ley, bien preciso y claro, es suprimir la anarquía que hoy existe. Hay un problema de legislación bancaria sobre la cual no existe nada en el país. Hay un vacío por llenar; falta toda regla y para impedir la reproducción de los males ya acaecidos, es necesario someter los bancos a normas suficientemente precisas, pero que no carezcan de la flexibilidad necesaria como para poner a los bancos existentes en condiciones difíciles. Hay el problema de los bancos oficiales, sobre cuyo manejo el gobierno trae iniciativas que importan quitarle parte de su omnipotencia en la elección de los miembros. Como se ha dicho que el gobierno quiere dominar el Banco Central por siete años, bueno es hacer notar que en lo que respecta a los bancos oficiales, se desprende el Ejecutivo de su derecho actual de nombrar la mitad de sus miembros a su exclusivo albedrío. Existe un problema de crédito, porque los bancos de este país como los de los demás han sido afectados por la crisis y algunos de ellos se encuentran más o menos inmovilizados. Si se quiere poner a los bancos en situación compatible con la nueva legislación, es necesario movilizarlos, es necesario permitirles cierto grado de liquidez, y a eso tiende el Instituto Movilizador. Existen, por fin, los problemas de organización de todo eso y los problemas conexos, como los del cambio, sobre los cuales la Cámara ha pedido con insistencia al gobierno, la remisión de los proyectos que importarían la sanción de lo hecho el 28 de Noviembre. Se anunció por la oposición que esos proyectos no se remitirían. Sin embargo, se han remitido. Y hoy los mismos que pedían su envío se oponen a que se traten, con mociones de postergación, como las que se han formulado.

Pero si damos esto por sentado y queremos ocuparnos de las razones que tiene la oposición para combatir las iniciativas, entramos en una tarea no muy sencilla. No es fácil, por cierto,



encontrar los argumentos que se esgrimen en contra de nuestros proyectos, aun cuando hayamos sido sumergidos durante tres días en un mar de palabras. El análisis objetivo, desapasionado, de lo que aquí se ha dicho, lleva a todo el mundo al convencimiento de que no debe haber razones en contra de los proyectos, cuando se necesita recurrir a una alharaca insubstancial y hueca, cuando se necesita pelearse con fantasmas y hacer de cuestiones extrañas a la materia en debate, el eje de la discusión.

No sé si va a haber muchas personas que tengan gusto en escudriñar este debate —, que no ha sido hasta hoy de los de mayor altura que ha tenido el Congreso — para buscar los argumentos de la oposición; pero es seguro que si los buscan, fuera del discurso del señor diputado Enrique Dickmann — que no tengo ningún empacho en aplaudir — les costará trabajo encontrar algo. El discurso del señor diputado Pena, tal cual fué, con el nivel que él quiso darle y que la Cámara habrá apreciado ayer es, con todo, lo mejor que se dijo del lado opositor, hasta que habló el señor diputado Dickmann. Es el único que tiene substancia.

No ha de encontrarse, por cierto, nada en el discurso de quien tenía aquí la misión de vengar al jefe desaparecido, no se sabe si caído o fugitivo, y que creará, sin duda, que ha logrado su objeto. El discurso ese merece los honores de dejarlo incólume; que se pavoneen con él, que lo exhiban. Así se presentará virgen y puro, tal como lo hizo su autor, ese monumento de saber humano, ese inapreciable aporte a la dilucidación de problemas colectivos, ese perfecto modelo de discurso impersonal en asuntos de esta trascendencia, ese imponderable ejemplo de ecuanimidad en el juicio de personas y de cosas que, sin duda, fundado en la cómoda posición política de quien profirió esos juicios, lo llevó a decir cosas tan equitativas, tan razonables, tan veraces, como esa comparación entre los defectos del actual gobierno y las virtudes, hasta ahora insospechadas,

de los que cayeron en Septiembre. Dejémoslo. Hay en ello tanto ingenio como en el que ha descubierto la regla de tres y ha entretenido la Cámara durante seis horas presentando todos los ejemplos que puedan existir al respecto. Será muy instructivo el Diario de Sesiones, sobre todo cuando se han incorporado datos referentes a los mineros de Australia; resultará una enciclopedia de conocimientos diversos, digna de ser consultada para información sobre cualquier cosa. *(Risas).*

Salta a la vista que si la opinión del gobierno responde a un sistema económico, no hay cosa parecida en las ideas de nuestros opositores, aunque mutuamente se aplaudan por un resabio de lo que fué gloriosa alianza. No hay nada que se parezca entre sus puntos de vista, que son diametralmente opuestos. Tienen propósitos encontrados en materia monetaria y bancaria; poseen maneras de pensar opuestas respecto a lo que debe ser la misión de los bancos oficiales; y si no fuera esta hora y no hubiera el motivo de utilidad pública que aconseja abreviar esta exposición, me entretendría en leer un artículo en el que, como periodista, comenté la coincidencia entre las dos ramas de la difunta alianza. Todo lo que un partido decía que era blanco, el otro había dicho que era negro. En cuanto a los bancos oficiales, para unos ellos no debían prestar al gobierno, para los otros debían prestar sólo al gobierno. En materia de emisión, el uno decía que debía hacerse con fines fiscales, el otro que en ningún caso debía ser así; manejo de la emisión por el Estado, decía el uno; por los bancos, decía el otro. Sin embargo, se aplauden, se apoyan, se arrojan todas las flores imaginables; y aquí los vemos en dulce montón, dispuestos a votar en contra del gobierno, mostrando la versatilidad política y la inconsistencia ideológica de los que sostenemos las doctrinas incorporadas al despacho de la comisión.

Conozco, como algunos de mis ex colegas se han complacido en recordarlo, de muy vieja data, las ideas monetarias del Partido Socialista, defendi-

das con exactitud por el señor diputado Dickmann, y también por el señor diputado Pena. No son equivocadas, son insuficientes. La teoría del papel moneda, de los simples signos de valor que reemplazan a la moneda, que en todo caso circularían, cualquiera fuese el descenso de las transacciones, está generalmente expresada con perfección por algunos oradores del Partido Socialista; y las autoridades que han citado, especialmente las del propio partido, como el doctor Justo, conocen esa materia perfectamente, y yo nada tendría que agregar, ni nada tendría que desdecirme por haberlas propalado alguna vez como una cosa fundada.

Admito, también, sin dificultad, que es exacto el punto de vista, por ellos defendido, de que la piedra angular de una situación monetaria, en cuanto a los signos del valor, en cuanto al papel moneda de Estado o al que haga sus veces, es la convertibilidad. La existencia de papeles con o sin garantía, entremezclados con unidades monetarias internacionales que entren o salgan de la circulación según sean requeridos por las necesidades, es lo que constituye la base de un buen sistema monetario.

Ese criterio no excluye la posibilidad de aceptar otro. Los señores diputados que ayer citaron a Ricardo y a otros economistas de hace 130 años, recordarán que esas mismas autoridades preveían la posibilidad de que la moneda fuera perfecta no siendo convertible para todo el mundo, siempre que estuviese regulada, en cuanto a su valor, por un instituto que midiera su magnitud, de acuerdo con las necesidades, y que cuidara su valor externo.

Pero todo eso es insuficiente como teoría monetaria moderna. En algún debate anterior sobre Banco Central, que se produjo precisamente en el año 1932, tuve ocasión de hablar de esta materia y de chocar con mi antiguo compañero el señor diputado Dickmann. Entonces, como ahora, no me hice ninguna violencia en elogiarlo. Será una idiosincrasia conservadora, será una idiosincrasia oligárquica, uno de

los innumerables defectos propios de personas que tienen determinada educación y que no temen determinados calificativos; pero esa es mi idiosincrasia. No temo ponderar; y entonces ponderaré al señor diputado en algo que hoy puedo decir: insuficientes o no sus doctrinas monetarias, estaban presentadas en la única forma en que se las puede hacer entrar en el alma de las masas. He actuado lo suficiente en la política para conocer el grado de resistencia que ponen a las ideas los limitados conocimientos humanos y comprendo que, por lo tanto, no se puede infiltrar las ideas si se las expresa envueltas en una atmósfera de duda que nos acosa a todos los que pensamos sobre la relatividad de nuestros conocimientos. Necesita procederse en alguna forma asertiva y despojar las ideas de sus vericuetos, de sus complicaciones, presentarlas en forma esquemática. Es una ley de propagandista, es una regla de dialéctica política que de ninguna manera recibirá mis críticas.

Pero aquí en el Parlamento es otra cosa, dije entonces, y vuelvo a repetirlo ahora. Aquí tenemos el derecho de exigir algo más: tenemos el derecho de exigir que se completen las teorías monetarias esquemáticas con la yuxtaposición o agregado de los elementos indispensables para que su misma simpleza no les dé una falsedad relativa. Es necesario agregar el grano de sal que distingue lo inexacto de lo exacto, por la mención de aspectos que se habría eliminado para facilitar la demostración.

Y yo vuelvo a decir aquí formalmente a mis amigos del grupo socialista, lo que les he dicho tantas veces: sus ideas monetarias, exactas en su esqueleto, en su andamiaje, son insuficientes porque están ellos empeñados en que así sea. Alguna vez dijo el doctor Justo, y fué su más fundamental error: la moneda es una cosa desvinculada de los bancos. Y creen algunos que mientras el mundo rueda alrededor del Sol, será necesario decir que la moneda está desvinculada de los

bancos, aunque nos entre por los ojos y por los oídos la gruesa verdad contraria. Si hay dos cosas que ya no desvinculará jamás la Historia, y que no puede desvincular la teoría y la legislación, son la moneda y los bancos. Son aspectos de un mismo problema, que no se puede escindir, aun cuando a ello conduzca una expresión equivocada de un prestigioso líder desaparecido. (*Muy bien!*).

No es de hoy, dice el señor diputado Dickmann y dice con razón, que yo he creído que debe vincularse la moneda a los bancos, como creo que cuando se habla de transporte si se cuenta el número de trenes ha de pensarse también que ha de haber camiones y que el mayor o menor número de camiones no es independiente del mayor o menor número de vagones. Son cosas que se complementan, que armonizan o que trabajan las unas con las otras; y decir hoy en materia monetaria que se puede prescindir de todo el aspecto bancario, es decir una inexactitud grosera.

Si esto fuera solamente mío, podría ser presentado como una de las tantas herejías oligárquicas. En esta materia, yo no puedo abrumar a la Cámara, pero puedo decir lo que dije entonces: releen a su Justo los señores diputados, si quieren; pero releen también a Marx y releen a Hilferding; releen a toda la doctrina socialista existente en materia monetaria, que les dirá cómo *La contribución a la crítica de la economía política* — cuyas páginas les doy dobladas, por si quieren controlarlas —, que toda teoría monetaria que pretende someter los billetes de Banco, es decir, la moneda de crédito a las reglas de los simples signos de valor, es una teoría monetaria insubstancial y vana. Se lo reprochó Marx a Stewart que escribió hace más de 300 años. En cuanto a las citas, se las entrego, para que sin trabajo verifiquen si lo que les digo es o no, una teoría oligárquica.

No vuelvan a repetir ese adefesio teórico y esa inexactitud histórica de que se pueden tratar los problemas monetarios y bancarios como cosas in-

conexas. Diré más: donde más se empeña la legislación en separar lo monetario de lo bancario, donde más se empeña en hacer dos entidades distintas, más estrechamente estará establecida la relación entre ambas. La República Argentina — como el Banco de Inglaterra con su sistema de emisión rígido desvinculado de todo elemento de crédito — fomentó el desarrollo del sistema de pago basado en el cheque, es decir, la forma típica y natural de moneda bancaria. Los depósitos en los bancos, y el sistema de cheques se convierte así en una parte esencial de los elementos de pago, como puede comprobarse en las estadísticas inglesas. Desde el principio del siglo pasado hasta fines del mismo, Inglaterra, que vió centuplicar su fuerza, su riqueza y comercio, conservó la misma cantidad de moneda efectiva. Sólo pudo hacerlo porque su sistema monetario, por la misma restricción de la emisión, tomó otro sendero, el de la moneda bancaria. Sobre la base del sistema monetario inglés se construyó el sistema bancario. Por eso, cuando ayer el señor diputado Pena me increpaba por la supuesta defección a mis viejas ideas de antiguo exégeta de Marx, convertido en el defensor de los peores intereses oligarcas y conservadores, y citaba un pasaje de un discurso mío en el Senado, podía yo apuntar para repetirlo hoy: exégeta de Marx, puedo seguirlo siendo hoy, en esta materia — no obstante mi posición política — con más perfección que ellos, que se mantienen donde creen que está el terreno puramente ortodoxo. Y no hago con eso sino volver a lo que fui: un socialista oligarca. Oligarca por naturaleza, socialista por convencimiento, sigo creyendo, no obstante mi posición en la política y mi posición en el gobierno, que no estamos en un Estado perfecto. Sigo viendo las fuentes de privilegio donde las vi siempre; sigo considerando legítimo lo que consideré legítimo, y privilegio lo que antes creí privilegio. Me aparté en el campo político, del árbol que no da frutos. Pensé que si se habían secado algunos

fuertes organismos, también habían perdido su lozanía otros, y que en esas circunstancias lo que era el deber de los argentinos, lo que era el deber de los hombres que ocupan un lugar en el terreno político de la República era formar la fuerza gobernante capaz de encauzar este país por sendas de progreso, impidiendo retrocesos que nos amenazan tanto a nosotros como a los caballeros de la izquierda, que nos amenaza a unos y otros, porque los dos formamos parte de una misma civilización, a la que acaso son extraños los elementos y los individuos cuyo recuerdo se invoca a diario por los que serían las primeras víctimas de su restauración (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

La Caja de Conversión, señor presidente, era un instrumento, una institución monetaria que prescindió de todo elemento de crédito, como se ha dicho con exactitud por los señores diputados. Era un instituto que sólo cuidaba la existencia de símbolos monetarios, de signos de valor, la parte de la moneda que representa el *minimum* circulante; y tenía las virtudes y los defectos de la repartición emisora del Banco de Inglaterra que, si no fué su modelo, era su semejante. A ello, como a todo, se acomoda la vida. Si se puede vivir en diversas latitudes, se puede vivir con diversos sistemas monetarios y la vida llega a amoldarse a una forma de existencia como a otra, sin serios inconvenientes. Por eso creímos, durante mucho tiempo, que podía la República Argentina, cuyo sistema monetario y de crédito se había edificado sobre la base de la Caja de Conversión, mantener ese instituto, conservarlo. Por eso lo defendimos mientras existió; tal vez lo defendimos después de su último latido, creyendo, como creemos los profanos ante la desaparición de algo que queremos, que es posible que un resto de vida quede en lo que se va.

Hemos sido los últimos defensores de la extinguida Caja de Conversión y la defendimos, sobre todo, contra los que querían reemplazarla para tener a mano un instituto que pusiera

mayor número de billetes en el mercado, con o sin razón. Los otros días se decía en el Senado: pero si con la Caja de Conversión como estaba, con la ley de redescuento como la proyectó alguien, allá por 1914, ya estaba todo hecho, ya estaba el Banco Central... ¿Qué faltaría? Cambiarle de nombre, se dijo. No, señor presidente: faltaba todo; faltaban todos los engranajes y rodajes del elemento absorbente que constituye un Banco central, cuando se quiere adoptar un sistema saliendo del antagónico, como era el de la Caja de Conversión.

Hoy se ha dicho con exactitud que tenemos un sistema monetario híbrido y, evidentemente ya nadie lo puede negar. ¿Qué haremos entonces para salir de la hibridez, que biológicamente es sinónimo de esterilidad? Habría dos caminos: nadar hacia atrás, contra la corriente, volver al sistema de la Caja de Conversión con convertibilidad, como propuso ayer el señor diputado Pena, supongo que previa reducción de los elementos alógenos, previa reducción o desaparición del redescuento. ¿Es posible éso? ¿Es verosímil pensar que en este momento pueda alguien, por un designio meramente teórico — como es de que era más linda la Caja de Conversión que el sistema de Banco Central — volver hacia atrás en el camino de la Historia, cancelar el redescuento, volver instantáneamente a la convertibilidad y reabrir la Caja de Conversión diciendo: aquí no ha pasado nada? A mí me cuesta trabajo creer que se pueda suponer viable esa hipótesis.

El otro remedio consistiría en lo que nos ha propalado, creo que ayer, el órgano oficial de oposición a todo el proyectado mecanismo: retocar lo existente, cambiar el Banco de la Nación, vender parte de su capital, organizar en otra forma su manejo. Después de esto no tiene nada que hacer un Banco central. ¿Pero es más sencillo que lo que proponemos? Si se tratara de un procedimiento más sencillo, el gobierno lo habría adoptado sin vacilaciones. No busca complicaciones. No lo ilusiona la gloria. El peso marmóreo o bronceíneo

de mi estatua, que se ha movido en el recinto por varios oradores que me han precedido, no me ilusiona hasta el punto de querer embarcar en una aventura al gobierno de que tengo el honor de formar parte, para tener el gusto de figurar como fundador de una institución nueva. Más inteligencia habría en amoldar lo existente a las nuevas funciones, si fuera viable. Eso es lo que prueba el verdadero talento del estadista. Si no se hace, o es porque falta talento o es porque falta la posibilidad de esa adaptación sencilla y se recurre entonces al procedimiento excogitado por el Poder Ejecutivo, aprobado por el Honorable Senado, y que supongo será pronto aprobado por esta Cámara: crear un instituto central de reserva con todos los elementos existentes.

Pero parece que hay un inconveniente serio para la adopción de un sistema de Banco Central, y es que trae algunas ventajas. Trae ventajas financieras y económicas. Y es una verdadera picardía que el gobierno quiera tener ventajas financieras y pueda proporcionar al país ventajas económicas. Eso va en contra de toda teoría de expiación de los defectos y errores del pasado. ¿Adónde vamos a parar si con un procedimiento cualquiera se sale con facilidad de los atolladeros? Lo justo es que cuando un país ha cometido desaciertos pague esos desaciertos, aunque toda la colectividad se perjudique y no se elijan procedimientos que lo saquen de ellos sin trabajo, porque es ley de Dios el trabajo y por lo tanto ese procedimiento fácil debe ser condenado. ¡Pero si sólo los obcecados pueden ratiocinar así! No es concebible que se argumente en el Congreso del país en contra de un proyecto legislativo, sosteniendo que trae demasiadas ventajas. Si las ventajas son a costa de algo, habrá que medirlas y pesar si efectivamente los inconvenientes conexos a esas ventajas pesan más; pero, si no hay inconvenientes, la simple enumeración de que esos procedimientos traen beneficios, no puede ser para ningún hombre

sensato un motivo para separarse de soluciones aceptables.

Parece que en esto se va a romper también el frente de nuestra oposición. La madre del borrego está en la revaluación del oro. De allí surge la ganancia. Y la revaluación del oro — lo hemos oído con algún asombro, pero hemos oído — está aceptada por los dos partidos opositores, o por lo menos por alguno de los oradores de los dos partidos opositores.

El señor diputado Pena dijo ayer, en oposición a lo que expresó el señor diputado Dickmann, que concebía perfectamente la estabilización al nivel actual y sin que volviera la moneda a la par. Algo parecido se dijo en representación del otro partido. Y es evidente que la estabilización, quiera o no quiera el legislador, crea antes o después, el problema de la revaluación del oro por la sencilla razón de que, en cuanto la unidad monetaria no es la anterior, los encajes de oro tienen que figurar en los balances con el valor medio de la nueva unidad.

¿Saben los señores diputados que ya nos han revaluado el oro de la Caja de Conversión en publicaciones norteamericanas? Vean los señores diputados cualquiera de los boletines de la Reserva Federal. Figuraba: oro de la Caja de Conversión argentina, 239.000.000; después, oro de la Caja de Conversión argentina, 405.000.000. Y es lógico que así sea, porque ahora ellos miden en unidades monetarias más chicas.

En cuanto aquí se estabilizara la moneda, en cuanto aquí se renunciara a la aspiración que sólo tiene el señor diputado Dickmann, por lo cual lo admiro, de volver a la paridad monetaria, el problema de la revaluación queda planteado y entonces los dos grandes partidos opositores van a entrar en conflicto violento con el diario que hoy les encuentra ventajas y méritos ayer insospechados...

Para salir de nuestra anarquía monetaria hemos recurrido en esta oportunidad, y precisamente haciendo mérito de su oportunidad, al procedimiento de crear un Banco central, similar a

los que existen en todo el mundo, con sus características salientes, que en parte fueron expuestas ayer por el señor diputado Repetto en su doble o triple reedición de la misma cartilla.

Lo mismo son los principios en cuanto al manejo. Hemos tomado para redactar este proyecto los mismos proyectos a que se refirió el señor diputado Repetto. Los funcionarios a quienes aludió son los mismos que han contribuido en este asunto; los citaré: el doctor Presbisch y el doctor Gagneux, cuyos esfuerzos, cuyos méritos y cuyo talento, puestos al servicio de la cosa pública, no será el ministro quien deje de ponderar, porque no puede atribuirse como obra exclusivamente suya lo que constituye el trabajo de esos grandes funcionarios. Con los mismos técnicos de otras partes, con el concurso de las mismas personas que el señor diputado citó ayer — el señor Berger, que contribuyó al proyecto anterior y al actual y el doctor Müller — los hombres verdaderamente entendidos que hay en el país se los ha puesto a contribución junto con el señor Muschietti, subtesorero de la Nación, que cuenta con vasta experiencia en materia de control administrativo y financiero, para redactar estas leyes tomando los modelos conocidos, y así se han articulado los preceptos sobre manejo, sobre las operaciones que puede realizar el Banco Central, sobre las relaciones del Banco con el gobierno y sobre la facultad de emitir moneda.

Francamente, por más que he puesto atención para percibir cuáles eran los puntos en que éramos heréticos, en que nos habíamos apartado de la buena senda indicada por el señor diputado Repetto, no he podido percibirlos, a no ser cuando cita supuestos preceptos que son sólo fruto de su imaginación, como cuando dijo ayer: la liquidación de los inmuebles de los bancos va a estar a cargo del Banco Central, ¿de dónde sale esto? ¿Qué precepto de la ley lo establece? Se sigue en esa materia, como en las demás, las reglas más absolutamente ortodoxas. Con los mismos ins-

trumentos, esperamos que el sistema bancario argentino funcionará como ha funcionado en otros países.

Tengo la pretensión de creer que vamos a influir algo en sentar buenas prácticas y tradiciones, por el acierto que pongamos en la elección del primer presidente del Banco, la elección del directorio del Banco, como se ha dicho por el diputado Martínez, va a estar confiada, a pedido del diputado Noble, desde el principio, a los organismos que la ley prevé y no, como lo establecía el proyecto Niemeyer, a un consejo elegido la primera vez por el Poder Ejecutivo. Pero el presidente del Banco, el hombre llamado a ejecutar la ley en su principio, a poner en movimiento el organismo y a influir con su consejo en la redacción de reglamentos y estatutos, ese hombre debe obrar siguiendo en lo posible una línea paralela a la del Ministerio de Hacienda, porque no se concibe que de entrada se bifurque la acción de los dos y se anarquice lo que debe ser una obra totalmente armónica.

Vamos a crear el Banco, lo vamos a establecer sobre bases firmes, y así vamos a dotar al país de un elemento que se considera indispensable por toda opinión sensata y responsable para poder llegar a la estabilización monetaria a que todos aspiramos.

Yo sigo creyendo en la estabilización monetaria; y sigo creyendo en la estabilización monetaria en términos de oro. Aun cuando estén en boga doctrinas que dan mayor importancia a la estabilidad en los precios que a la estabilidad de la moneda en oro, tal vez porque no he comprendido bien la tesis opuesta, sigo adherido al viejo principio de la estabilización en oro, que se hará cuando se pueda.

El señor diputado Dickmann citaba muy oportunamente unos telegramas aparecidos en los diarios de esta mañana sobre lo acontecido en Inglaterra. Citaba la contestación al señor Mason. El señor Mason, diputado liberal, es el jefe de una asociación pro moneda sana que existe en Inglaterra, y sigue creyendo, como mucha gente, como yo mismo, que hay una ventaja capital

en que la moneda vuelva a vincularse al oro lo antes posible. Pero si en ese país inmenso que es Inglaterra no se quiere llegar todavía a la estabilización, si sus teóricos más afamados y sus órganos financieros más reputados, como «The Economist» mismo, que fué durante décadas enteras el apóstol de la buena moneda, siguen creyendo que es justificada la resistencia del gobierno a vincularse definitivamente al oro, ¿podríamos vincularnos nosotros? ¿Se concibe que nos vinculemos hoy al oro como sugiere el señor diputado Pena y que siga separada de él la libra esterlina, que acaso arrastre al dólar americano o canadiense? Y si mañana, por la caída del dólar canadiense, los precios del cereal en nuestro gran rival son menores en oro que los argentinos, ¿vamos a considerarnos satisfechos de esa situación por el simple prurito de haber vuelto antes que otros a la estabilidad? ¿No repetí vez pasada, cuando la interpelación que hoy se ha mencionado, dos opiniones muy autorizadas, de Lederer, la autoridad alemana más importante acaso en materia monetaria, y la de cierto autor inglés cuyo nombre en este momento me escapa, que llegan a la misma conclusión que sostengo?

Algo debe haber en el mundo para que haya cambiado hasta el concepto de honor nacional en materia de moneda: hace unas décadas era motivo de orgullo patriótico estar vinculado al oro, y una nación se consideraba mejor si tenía la moneda sobre la base del *gold standard*; sin embargo, las más poderosas potencias de la Tierra salen simultáneamente del sistema y se niegan a volver, y emprenden, con todo desparpajo, como dijo hoy el señor diputado Simón Padrós, sin careta, una lucha entre ellas a quién baja más su moneda. Nosotros, pequeño satélite en la órbita de las grandes naciones mundiales, no podemos hacer la quijotada de vincularnos desde ahora con nuestra moneda al oro, mientras no lo realicen las grandes potencias; debemos sí preparar los elementos necesarios para volver al oro en la primera

oportunidad, en la primera circunstancia propicia, cuando lo aconsejen la experiencia y la razón; y para eso será necesario que el país cuente con un organismo emisor o con el sistema antiguo de la Caja de Conversión, pero que cuente con un sistema monetario y no con el producto híbrido resultante de la yuxtaposición de elementos extraños a lo que fué nuestro antiguo régimen monetario: no teniendo lo que teníamos, volvamos a él o construyamos algo nuevo; y si esto es más fácil, no hay ninguna razón para apartarse de estos proyectos.

Comprendo que se puede agitar mucho la opinión alrededor de 2 ó 3 palabras: la inflación. Un Banco de emisión es un Banco que puede hacer billetes, luego un Banco de emisión es un instrumento de inflación. El argumento es de una simplicidad tal como para las escuelas primarias, la regla de tres a que aludí en un principio. Pero no todo es así. Si hoy tenemos elementos inflacionistas en nuestras manos, y no los usamos, ¿por qué se cree que cuando tengamos estos otros elementos los vamos a usar? Habríamos podido pagar al Banco de la Nación nuestra deuda pública bancaria haciendo billetes, de acuerdo con la ley que autoriza a caucionar los títulos del Empréstito Patriótico. ¿No se dice a todos los vientos por algún sector de nuestros opositores, que el proyecto del gobierno tiende exclusivamente a poder pagar a los bancos? Si fuera para eso no lo necesitaríamos, haríamos jugar la máquina de hacer billetes en virtud de la ley del Empréstito Patriótico y pagaríamos al Banco de la Nación con buenos billetes lo que le debemos. Entonces debe ser otro el motivo, se dice, debe ser el oro, aprovechar el mayor valor del oro que es producto del envilecimiento del papel. La frase es de ritual. Pero hoy tenemos la facultad de aprovechar el mayor valor del oro en una forma más eficaz y directa y con la particularidad de que hoy sólo puede aprovecharse el gobierno! Algunas veces hasta se le ha insinuado la conveniencia de hacerlo. Hoy no tenemos sino que llevar \$ 11,45 a la Caja

y nos dan una libra esterlina que podemos vender a más de \$ 30. ¿Qué mejor aprovechamiento del oro? ¿Y en qué medida podríamos hacerlo? En la medida necesaria para el pago de los servicios de la deuda pública externa. Es decir, podríamos sacar oro por 3, 4, 5 ó 6.000.000 de libras esterlinas por año y aun más. Con \$ 68.000.000 podemos sacar 6.000.000 de libras esterlinas oro que nos producirían más de pesos 180.000.000; sin embargo, no lo hacemos. Por qué se supone entonces que todo este mecanismo lo creamos para aprovechar por vía indirecta la valorización del oro, que sin ese mecanismo, haciendo uso de leyes de la República que están en vigencia, podemos cumplir de la noche a la mañana. Si la discreción y la lealtad inspirara las luchas políticas y las discusiones de interés público, ellos deberían llevar a nuestros adversarios a apearse de argumentos que no tienen validez. (*Muy bien!*).

Hemos dicho muchas veces que la facultad de poder usar la reserva de oro, de emitir con una cantidad dada de oro y la elasticidad de que se habla, no han de entenderse siempre como la posibilidad de hacer billetes, sino como la posibilidad de sacar oro para mantener el valor de la moneda. Un sistema monetario elástico no da sólo el derecho de hacer más papel: da el derecho de disponer del oro en los casos de urgencia, de necesidad, cuando se lo requiera para defender el valor internacional de la moneda. Los ingleses, que son la esencia de la ortodoxia en materia monetaria, cuando discutieron la fusión de las «currency notes» y de los billetes de banco de Inglaterra, creo que en los años 1924 y 1925, plantearon esta cuestión: ¿Cuánto nos conviene tener de emisión fiscal? Aquí se diría: ahí está la emisión, se quiere tener mucho papel. Los ingleses preguntaban cuánto podían tener de emisión fiscal, para sacar por deducción la consecuencia de cuánto iban a tener de reserva, de oro libre para las operaciones del cambio, para moverlo en el mundo, según sus necesidades. La gran emisión fiscal, significaba una

reserva libre más cuantiosa y por eso grandes autoridades, como Keynes pidieron que en lugar de 260.000.000 de libras esterlinas se tuviera derecho a tener 300.000.000 de libras esterlinas sin cobertura, porque entonces la cantidad de oro disponible era mayor. Es el mismo principio que hemos visto jugar después en América cuando la ley Glass Steagall, que al permitir cubrir con títulos una parte de la emisión, no tuvo como objetivo principal ampliar la facultad de emitir, sino aumentar la cantidad de oro disponible para salir del país en caso de necesidad.

Pero se llega, señor presidente, por nuestros adversarios a esta conclusión verdaderamente curiosa: cuanto mejor está un Banco Central, cuanto mayor es su reserva, tanto más hay que lamentarlo, porque su facultad de expansión es mayor. La situación de un Banco cualquiera, como el de Francia, por ejemplo, que tiene en este momento 82.000.000.000 de oro y 81.000.000.000 de billetes, es decir, más oro que billetes, es un mal, porque tiene un poder de emisión enorme. En cambio, si en lugar de 82.000.000.000 tuviera 30.000 millones de oro, estaría muy bien, porque entonces, como no tendría más que 30.000.000.000 de oro y la emisión es de 81.000.000.000 de billetes, apenas podría emitir más. Son los márgenes de emisión a que ha aludido hoy el señor diputado Godfrid.

—Ocupa la Presidencia el señor vicepresidente 2º de la Honorable Cámara, doctor Roberto J. Noble.

Fíjense los señores diputados en el Banco de Sud Africa, ¿cómo estará esa institución al borde de la ruina, que tiene 23.000.000 de oro y 11.000.000 de billetes! ¿Eso está muy mal, porque tiene una facultad de emitir inmensa! ¿En cambio, estaría muy bien si tuviera 23.000.000 de billetes y 11.000.000 de oro! ~

¿Pero de dónde pueden sacarse argumentos de ese calibre? ¿Cómo hay derecho a importunar a la Cámara



agregando a su diario oficial 40 plancillas para demostrar que la facultad de emitir está en función directa de la liquidez del Banco, y que por lo tanto, mientras más líquido es el Banco, peor es?

Y lo más grave es que todos los cálculos se hacen generalmente equivocados, aún para la tesis que se sostiene. Porque si se quiere sostener esa tesis, podría sostenérsela mejor no contando la emisión de billetes sino los depósitos que pueden edificarse sobre la base de la reserva de oro.

Es cuestión de presentación. Si en lugar de medirse en billetes se mide en crédito, como el crédito en los bancos es un múltiplo mayor que el billete, porque sólo se necesita el 16 % de encaje, es evidente que la misma cantidad de oro permite hacer cálculos al colega de los señores diputados mucho más elocuentes que los que se han presentado hoy, y llegar a cifras todavía más astronómicas del poder expansivo del sistema.

Señor presidente: Para que una moneda sea sana, el Banco debe ser líquido. Y el señor diputado Repetto nos lo repitió ayer indicando al gobierno como enemigo de la liquidez y señalando la ventaja de que el gobierno no pudiera pedirle mucho, tesis excelente que celebro haberle oído, desde que fui excomulgado en el partido por sostener la herejía de que no debían ser todos los recursos del Banco para el Estado argentino, en contra de la proposición que llevó a un congreso del partido, el señor senador Justo, cuando estábamos unidos.

Yo sigo creyendo que los gobiernos son malos clientes de los bancos centrales u oficiales y que debe limitarse su posibilidad de pedirles dinero: esto me ha llevado a la articulación de la ley como ha sido proyectada: no tiene el alcance, por supuesto, que le ha dado el señor diputado Noble, haciendo figurar entre la posible tenencia de títulos alguna cantidad que estaba en función de las reservas bancarias, en el sentido del encaje.

No tienen nada que ver las reservas bancarias con la facultad de comprar títulos; y la ley no dice nada de eso.

Pero hay dos formas de liquidez: la liquidez del Banco por no encontrarse encallado, como diría el señor diputado Simón Padrós, por los créditos del gobierno; o por esta otra cosa; por no ser el oro un elemento líquido, por haberse congelado el oro mismo. El oro a veces es congelado. Cuando se dictan leyes que exigen mantenerlo contra viento y marea en determinada proporción aunque todo se venga abajo, ese oro está materialmente esterilizado, es un activo congelado y no sirve para nada. Exigir siempre una cierta proporción de oro por medio de una ley restrictiva, es poner con frecuencia al sistema bancario y monetario de un país en el dilema de hierro de la in-conversión o la restricción drástica y sin miramientos que lleva al mismo resultado. Cuando hay que elegir entre salir de la conversión o hacer una restricción despiadada que volteee todas las situaciones económicas, de cien casos, en cien el hilo se corta por lo más delgado: se sale del patrón oro, se abandona la convertibilidad. En estas cosas, como en la generalidad de las cosas humanas, la perfección es el peor enemigo de lo bueno. Querer tener en todo caso encajes determinados y no permitir que en ninguna circunstancia se amplíe la emisión o salga oro y que en ninguna circunstancia se deje de restringir la emisión, es llevar fatalmente a abandonar ese sistema.

Pasa lo mismo cuando hay que elegir entre el mantenimiento de la moneda a un nivel dado y el total empapelamiento. Hoy el señor diputado Dickmann recordaba una circunstancia que días pasados mencionó el diputado Ghioldi haciendo una alusión elogiosa para un discurso mío en que defendí al Banco Central. No sé si recordarán los señores diputados, que dijo, haciéndome con ello un gran honor, que era una exposición que perduraría, que no era como otras más o menos ingeniosas.

¿Por qué ya no hay fuerzas inflacionistas en el país? Recordaba el señor

diputado que cuando el ministro de Hacienda actual se hizo cargo de su cartera, desaparecieron como por encanto los apóstoles de la inflación a toda costa, que antes existían.

Y bien, en lugar de apuntarse este hecho en mi crédito, lo apuntan en mi débito. En lugar de felicitarme por haber espantado el fantasma de la emisión que consideraban temible, sostienen que el mal debe haberse producido.

Lo que ha pasado es muy sencillo. Pasó lo que dijimos en el debate sobre las medidas del 28 de Noviembre; que los que se empeñaban en mantener la moneda a un nivel artificial imponían precios ruinosos para los productos agrícolas y una situación de quiebra para toda la producción argentina.

Los que escapamos al dilema, los que no nos dejamos encerrar en el dilema hemos matado el inflacionismo, dejando que el peso buscara su nivel, porque le hemos quitado el magnífico pretexto que antes tenía. ¡Qué gran escuela de inflación sería el trigo a dos pesos! Pero, ¿quién duda que con el trigo a dos pesos, como dije alguna vez en la Cámara, el opulento diario que nos critica no tendría tiempo de escribir sarcasmos, tendría que imprimir billetes (risas), porque nadie tolera ni se aviene a vender el trigo a dos pesos, ni es posible que todo el sistema bancario y el crédito del país se derrumbe con el trigo a dos pesos. ¡Ah, no! se dice, porque es lo mismo el trigo a dos pesos que el trigo a seis, porque todo depende del respectivo valor del peso en oro. Pero el que necesita vender una cantidad dada de trigo para pagar una deuda de seis pesos, ¿se contentará con tener que vender tres fanegas de trigo en lugar de una para pagar los seis pesos? Hay cosas que basta enunciarlas para comprender su absurdo.

Se ha dicho hoy que el gobierno impide para toda la vida y definitivamente el alza del peso. No es exacto. Con las medidas que la Cámara va a votar, el peso tiene un amplia margen de valorización que probablemente se realizará. Puede apreciarse 13 % en la cotización del mercado oficial y puede

apreciarse 26 % en la cotización del mercado libre. Y les aseguro a los señores diputados que si el peso se apreciara en más de 26 %, el Congreso argentino, con todos los teóricos partidarios de la vuelta a la paridad reunidos en este hemisferio, sancionaría la paralización de ese movimiento alcista porque los países tienen intereses que están por encima de preocupaciones teóricas y los daños que ocasionaría una valorización de esa magnitud para la producción nacional y toda la economía del país, son por de más evidentes.

El peso tiene margen de valorización y tiene margen de valorización sin poner en contra de ese movimiento los intereses rurales argentinos, que de no existir ese margen serían determinantes de un movimiento de resistencia al alza de la moneda. Puede subir dentro de ese margen sin que se alteren los precios rurales, gracias a las medidas tomadas por el gobierno; lo que constituye la única posibilidad de la elevación del peso.

Y el peso, señores diputados, está también defendido contra la baja por la política del gobierno al acumular reservas, que no habría hecho si hubiese seguido los consejos que le proponían como ideal dejar que la moneda anduviera oscilante, vendiéndose la libra esterlina alternativamente a 13 y a 30 pesos.

El peso se ha movido por eso dentro de márgenes estrechos, registrando una estabilidad notoria que puede verse en gráficos que tengo a la vista y que lo presentan en situación ventajosa comparado con el movimiento experimentado por otras grandes monedas en los últimos tiempos.

Y digamos, señores diputados, para aventar un fantasma, que hay para los intereses comerciales de la República la posibilidad de mayor estabilidad y que no la aprovechan. El gobierno es vendedor de cambio a plazo; el gobierno autoriza operaciones para el futuro: el comerciante que quiere asegurarse operaciones futuras, puede hacerlo, no corriendo por lo tanto ningún riesgo

por la cotización ulterior de la moneda, y, aunque parezca inverosímil, los comerciantes no hacen uso de ese derecho porque hay en el alma de las masas un instinto especulativo inextinguible y la gente cree que el peso va a subir, aunque cierto diario le diga que va a bajar, y entonces no compra moneda extranjera aunque pueda hacerlo.

Seguimos sosteniendo, señor presidente, que las medidas adoptadas por el gobierno han sido a favor de la estabilidad monetaria de nuestra patria. Y trabajamos por la estabilidad monetaria de nuestra patria descongelando los activos de los bancos. Los amigos de la buena moneda no trabajan por la prosecución de sus fines cuando quieren hacerla perfecta mientras carcomen las bases del organismo bancario argentino.

El amor por la buena moneda no resulta de declamar contra deudores y contra bancos, diciendo que la solución para todo es la liquidación. Mucho menos eficaz es, por supuesto, propiciar medidas como las que ayer se anunciaron ante el estupor de la Cámara, como esa *trouaille* del perdón de una parte de las deudas. ¿Para qué este organismo liquidador, que da al gobierno tanto poder? Mucho más sencillo es perdonar una parte de las deudas, ha dicho el señor diputado Repetto, ¿y el problema del crédito? ¿Y el problema de los acreedores, con todas sus complicaciones? No se le ve, aunque ayer lo apuntamos. Perdonar una parte de las deudas que ha contraído cada uno de los que figuran en el cuadro de honor... Pero, ¿y los acreedores de los bancos? ¿Se les va a cortar también una parte de sus créditos? ¿Vamos a decir a cada uno de los depositantes de los bancos: usted tenía cien pesos de depósito y ahora sólo tiene cincuenta porque a los deudores les hemos cortado cincuenta pesos en la deuda? ¿Y a los dueños de cédulas hipotecarias, que son en definitiva los acreedores de los deudores hipotecarios, les vamos a decir que una parte de sus cédulas ha desaparecido porque hemos cortado una parte de la

deuda hipotecaria? Todo eso lleva a conclusiones absurdas por la maldita teoría de desvincular lo monetario de lo bancario, por no querer ver en los bancos, rodajes cada vez más importantes del mecanismo de pagos de un país. Por el solo hecho de ser un elemento del mecanismo de pagos de la República, una firma bancaria merece ser cuidada. La experiencia enseña en estos últimos tiempos que en ninguna parte los grandes bancos caen. No se los deja caer; si corren peligro se les socorre, recurriéndose para ello a todos los arbitrios necesarios. Para defender la moneda es menester asegurar que los bancos no caigan, porque se corre un peligro inminente de imprimir billetes en ayuda de los bancos, si un banco cae; sobre todo si la liquidación de un mal establecimiento digno de desaparecer, arrastra por la imperfección del sistema de créditos o por los defectos de la organización bancaria a instituciones perfectamente solventes. No digo que ese aumento de billetes sea siempre inflacionista. Se concibe perfectamente que en caso de caída de bancos por el retiro en masa de los depositantes con fines de atesoramiento, se hagan billetes por centenares o por millares sin que se produzca efecto alguno en los precios, porque no aumenta la cantidad de poder de compra de la colectividad, puesto que la moneda se atesora y no se mueve; pero son de todas maneras experiencias por demás peligrosas para tentarlas. Lo importante es impedir que todos los bancos caigan o tomar las medidas necesarias para crear organismos capaces de aislar el mal, si es necesario dejar caer un mal Banco, y es imprescindible que eso suceda sin que se contagie esa peligrosa epidemia a organismos totalmente solventes.

Se han dado ayer algunos datos sobre la situación bancaria argentina, afirmandose que la mitad o un buen número de instituciones de crédito estaban al borde de la ruina...

**Sr. Pena.** — He citado los balances de cuatro bancos con sus respectivas cifras.

De modo que no sé si son ocho los bancos, pero según la estadística bancaria, hay muchos más.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — No dije ocho, sino unos cuantos.

**Sr. Peña.** — Creo que dijo la mitad.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Me rectifico, entonces.

La prueba que se esgrimía es de una falta de fundamento total. Se relaciona el redescuento con el capital. Puede haber bancos en malas condiciones; pero tomar como índice o síntoma, la relación del redescuento con el capital es de lo más inaceptable. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Se concibe un Banco perfectamente solvente con escaso capital y con una gran cartera de descuentos que en uno o algunos momentos dados tenga una fuerte masa de redescuentos. No digo que sea aconsejable para un Banco tener un suplemento de capital en forma de redescuento, pero digo que ese redescuento en sí no es un síntoma de debilidad bancaria y mucho menos lo es la relación de ese redescuento con la masa del capital.

Pero será bueno, ya que se dan tantas cifras lúgubres en materia bancaria argentina, que aparezcan ante la Cámara algunas, que son de color de rosa. La memoria de la Comisión de Redescuento, que se ha repartido en la quincena anterior, es un gran documento porque expresa en este país cosas que habitualmente se ocultan o se ignoran. Por ejemplo: que se sepa que de los documentos redescontados, el 99,8 %, corresponde a préstamos menores de 90.000 pesos. Repito: el 99,8 %. Esto demuestra la falacia del argumento según el cual sólo hay redescuento porque cuatro magnates deben a los bancos sumas siderales.

**Sr. Peña.** — Si me permite el señor ministro...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Yo pediría el señor diputado, como un favor, que no me interrumpiera.

**Sr. Peña.** — Es que hay papeles de redescuento que no son de favor y no son esos.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Es otro asunto.

**Sr. Peña.** — A ese me refiero.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Yo me estoy refiriendo a este otro; cada uno tiene derecho a referirse a lo que quiere.

**Sr. Peña.** — Son dos asuntos distintos.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Permitame el señor diputado: el señor ministro ha expresado su deseo de no ser interrumpido.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — También vale la pena consignar esto: que los documentos llevados a la Caja de Conversión por los bancos, por redescuento, comparados con el activo de las firmas que subscriben esos documentos, prescindiendo de la firma bancaria que los endosa, permiten comparaciones como la que resulta de estos guarismos. El año 1931 había 359.000.000 en el redescuento y los bienes de las firmas que subscribían esos documentos representaban 6.000.000.000 de pesos. De manera que los documentos presentados al redescuento significaban el 5 % de los activos. En 1934 el redescuento era de 172.000.000 de pesos y los bienes de los firmantes alcanzaban a 4.134.000.000 de pesos. De modo que el por ciento del redescuento con respecto a los bienes es de 4 por ciento.

Yo no quiero hacer valer estos datos para sacar de ellos conclusiones como las que algunos legisladores han querido sacar de otros datos truncos, evidentemente mal comparados.

Cuando se discutió en la comisión el famoso pedido de datos a los bancos, que motivó la desagradable incidencia de ayer, nosotros dijimos lo que sucedería: ¿para qué piden esos datos si todos los bancos los llevan en forma distinta, porque lo que uno considera congelado el otro no lo estima congelado? La suma de esos guarismos va a resultar una perfecta suma de peras con manzanas; esas sumas no van a significar nada. La contestación de los bancos es la confirmación total de ese aserto.

Yo no voy a hacer deducciones sobre esa base. Lo único que quiero decir es que no hay derecho a agitar ante la opinión de la República el fantasma de caídas de bancos que están perfectamente en situación viable y que si hay algo seguro es que los grandes bancos de la República podrán soportar los años venideros con relativa holgura, como lo prueba el hecho de que hayan pasado tiempos mucho más difíciles, como los que hemos atravesado.

Yo comprendo, sin embargo, que en esto de ayudar a los bancos se toca el punto álgido de la cuestión; aparece aquí el criterio puramente conservador, el criterio sórdidamente capitalista, que manipulea la moneda del país, sacrificando los salarios de los trabajadores a los ex ricos, cuya situación se quiere apañar. Y aquí viene la referencia que hubiera hecho, cumpliendo con un deber que la lealtad impone y que anuncié ayer con respecto al gran ciudadano cuyo nombre no se citó, pero se indicó con precisión por dos oradores socialistas.

No niego yo que se trate de un deudor del Banco de la Nación. No niego que se trate de un fuerte deudor del Banco de la Nación. Lo que vuelvo a afirmar, después del señor diputado Simón Padrós, es que no es un personaje que en virtud de su investidura o sus vinculaciones haya pedido prestado ese dinero al Banco de la Nación. Lo pidió prestado a entidades privadas. Esas entidades privadas se vieron después en dificultades y pagaron al Banco de la Nación con lo que tenían. Lo que tenían era su crédito contra la fábrica y ese crédito ha venido entonces al Banco. En eso no hay nada que pueda afectar, no digo el honor o la dignidad de quien está por encima de toda sospecha en esa materia, sino la más exquisita delicadeza. Debe tratarse de un hombre de grandes méritos, de un valor muy positivo, para que a los tres años de la contienda presidencial futura comience a hacerse fuego con el propósito de derribarlo de una candidatura, que no sé qué perspectiva tendrá, pero que, si cuajara, daría al

gobierno de la República Argentina un hombre de ponderación y de juicio, un hombre de ideas claras, de propósitos sanos, como los que necesita este país para atravesar las circunstancias amargas por que pasa. (*Muy bien! Muy bien! Aplausos*).

**Sr. Iribarne.** — Es, entonces, el candidato oficial.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — No interrumpa el señor diputado.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Nada es más infundado que suponer que todo el problema de la descongelación de créditos se hace en interés de los deudores. En el caso específico mencionado. ¿Qué interés tiene el deudor en el Instituto Movilizador? ¿Qué le pasaría a ese personaje argentino si el crédito que contra él tiene el Banco de la Nación pasara al Instituto Movilizador? No le pasaría nada. Quedaría en las mismas condiciones que si no pasara. Un acreedor como el Banco de la Nación que tiene un deudor dado con una situación reglada, por más que sea bueno el crédito, puede considerarlo ilíquido y necesitar llevarlo en procura de fondos al Instituto Movilizador. Supóngase que se lleve. ¿En qué se altera la situación reglada del deudor? No se modifica. ¿Qué interés puede haber para deudores de ese tipo en que su crédito vaya al Instituto Movilizador? Ninguno. El que puede tener interés en llevarlo es el Banco que, teniendo crédito a largo plazo, puede necesitar disponibilidades a más corto plazo.

Algo ha podido poner sobre aviso a los señores diputados de la oposición contra la sospecha de que todo esto era una construcción elaborada para defender intereses privados: el ejemplo de lo que se ha hecho en todos los países.

Sé que ahora es mala práctica citar los otros países. Cuando formaba parte del grupo socialista, nos jactábamos, teníamos orgullo, en estar todo lo empapados que podíamos de los acontecimientos legislativos de los demás países. Nos preciábamos de estudiarlos. Algunos impulsados a ello, por la gran fuerza de cultura que irradiaba el par-

tido en sus buenos años, hicimos esfuerzos cuantiosos para adquirir el dominio de idiomas que nos pusieran en contacto con la cultura de otras tierras. Pero ahora, cuando los conocimientos de lo que pasa en otros países se pueden esgrimir por hombres que no forman parte del partido, cuando los precedentes internacionales, cuando los datos ajenos pueden ser traídos a la Cámara por hombres que no pertenecen al propio bando, ya no debe mirarse fuera de los límites del país. Eso ya peca de jactancioso. ¡No tiene por qué mirarse en el extranjero, ya que en el extranjero no tienen el Tupungato y el Aconcagua! Yo, sin embargo, voy a seguir mirando el extranjero, no sé si por un avatar de las buenas costumbres adquiridas mientras estuve allí. Creo que mucho tenemos que aprender del extranjero; y si vemos hechos repetidos con sintomática regularidad en todo el orbe conocido, no podemos suponer que en todo el orbe conocido un conjunto de oligarcas empedernidos, adueñados de las riendas del poder, se empeña en sacrificar los intereses colectivos para asegurar la ex riqueza de determinados personajes.

El señor diputado Simón Padrós exploró rápidamente esa cuestión y no vale la pena volver sobre ella, aun cuando este imponente material estaba destinado a eso: a demostrar que se actúa en defensa de la economía con fines de utilidad pública, en los diversos países, cuando se apoya a los bancos, cuando se socorre a los bancos, como se ha hecho en todas partes, no con el interés de salvarlos a ellos precisamente, sino para poner a la inmensa masa de depositantes y a todo el organismo monetario a cubierto de sacudidas violentas. No voy a cometer la torpeza de decir una sola palabra a ese respecto en vista de la hora y de lo ya dicho.

Lo único que diré son estas palabras que tomé de una revista que se llama «Die Gesellschaft» Revista internacional para socialismo y política, dirigida por Hilferding, ministro de Hacienda socialista, durante los últimos años de

la República Alemana, cuando cayó el sistema bancario de aquel país. No es un renegado como yo, pues sigue formando parte del Partido Socialista. No sé si tiene antecedentes oligárquicos, pero supongo que no por su raza; pero incurre en los mismos dislates que aquí cometemos. Cree que hay que ayudar, a los bancos, aunque sea haciendo innumerables billetes para salvar a aquéllos; y el no haberlo hecho significa en mi concepto pusilanimidad de parte del gobierno, sin más consecuencias que la de haber provocado la caída de instituciones que en otra forma se habrían salvado. Dice también esta gran verdad, que es lo único que me da derecho a ocupar dos minutos más la atención de la Cámara: la política de restricción y de liquidación no la sufren los malos deudores; se hace a costa de los buenos. Cuando los bancos quieren liquidar, cuando quieren hacerse de fondos, de los malos deudores no sacan nada, por lo mismo que no dan jugo los ladrillos. La consecuencia es que se aprieta a los deudores capaces de pagar; y actividades, empresas e individuos perfectamente aptos para desarrollar sus funciones son puestos en situación ilíquida por esa política de restricción. De donde resulta que es una política suicida la de seguir a todo trance la liquidación, sin más consecuencia que la de aumentar la paralización de las manos obreras por la incapacidad de los industriales para continuar en el desempeño de sus actividades. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos.*)

Dejando de lado las experiencias de ayuda bancaria en Italia, en Suecia — país gobernado por socialistas, — en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos, me voy a referir a Bélgica. El señor diputado Dickmann ha hecho referencias exactas, en su casi totalidad, cuando se ha referido a las medidas excogitadas por el gobierno belga para ayudar a los bancos en interés de la colectividad. Se trata de medidas muy parecidas a las nuestras, con el agravante de que los papeles que se dan por el instituto a los bancos son redescuotables y no se les considera infla-

cionistas por la prensa internacional. Esto ha tenido otra virtud que es curiosa, de originar dos artículos, aparecidos el uno en «La Prensa» y el otro en «La Vanguardia»: en «La Prensa», de Gastón Jéze, a favor del instituto de descongelación belga, sosteniendo que no hay ningún peligro inflacionista; en «La Vanguardia», de Louis Pierrard, diputado socialista belga, que dice que la sanción de estas medidas es apropiarse por los elementos conservadores, de las grandes ideas puestas en circulación por el partido obrero belga. Sin embargo, los que aquí acometemos empresa igual estamos en el index, estamos tiznados para toda nuestra existencia, hemos renegado de todo nuestro pasado democrático, nos hemos enfeudado a los peores intereses de la oligarquía terrateniente.

Ha habido, sin embargo, mucha más prudencia en la iniciativa argentina. Sea dicho, desvirtuando una afirmación antojadiza que ayer se vertió, que en la adopción de este plan por el gobierno, no hay el menor indicio de versatilidad de parte del primer magistrado de la República. Ha sido siempre una aspiración, exteriorizada en cuanta oportunidad se le presentó, de crear un organismo liquidador de los activos congelados de los bancos; y lo que es más curioso, mi propio antecesor en la cartera de Hacienda, que ha mandado a la comisión una carta en que dice que mira con prevenciones el Instituto Movilizador, encargó al ministro que habla y a otros ciudadanos, que él consideró entendidos en estas materias, que prepararan, hace dos años, la fundación en la República de un instituto semejante a la *Reconstruction Finance Corporation Americana*. Estos proyectos se publicaron el 27 de Noviembre de 1932 junto con la nota presentada por la comisión asesora al Ministerio de Hacienda. Así quedó documentado. Esos proyectos fueron dados a la prensa por el ministro de Hacienda anterior, para quien preparamos a su pedido, la creación de un organismo liquidador; era intención de mi antecesor — como se expresó en esas publicaciones oficiales

— mandar los proyectos al Congreso en las sesiones extraordinarias del año 1932; también en sesiones extraordinarias; y resulta que ahora, cuando nosotros lo hacemos, es porque hemos establecido el sistema ministerial en lugar del presidencial, y porque queremos deshacer en un momento la política tradicional de la República.

¿Cómo hacemos la movilización de créditos? La hacemos por el mecanismo más sencillo, sin crear organismos burocráticos eternos. La operación se hace sobre bases sanas, utilizándose al efecto el incremento del valor del oro en forma que se ha documentado y demostrado mil veces que no acrecienta ni la masa de billetes ni el pasivo del sistema bancario argentino, que es lo que constituye el poder de compra de la colectividad.

Deploro que haya sido mi compañero de partido el diputado Bunge quien haya expresado que eso no puede ser. Por más que algunos no entiendan o no quieran que sea así se puede concebir perfectamente que el incremento del valor de oro se utilice en la forma en que se hace, sin emisión de ninguna naturaleza. Se hace castigando rubros activos. La forma más elemental de castigo de los rubros activos, que expresé hace algunos años desde mi banca vecina a la del diputado Bunge, la forma esquemática, se presenta en los casos en que existe ya un Banco Central que tiene créditos contra el gobierno y que tiene oro: si el oro aumenta de valor y simultáneamente se corta el valor de los créditos oficiales no se altera el monto del activo y del lado pasivo del Banco no se produce tampoco alteración alguna, y entonces no hay inflación. Si el mecanismo es más complicado, porque existen dos instituciones separadas, nada impide hacer una serie de evoluciones con el mismo fin; y es lo que se ha demostrado hasta la saciedad que se propone hacer. Que en lugar de castigar íntegramente en el activo créditos contra el gobierno se castigue o se devuelva los documentos de redescuento, la situación es la misma. Y que los bancos

quedan más líquidos con los documentos de redescuento en su poder, es por demás evidente y lo único que surge es esta dificultad que antes apuntaba. Según ciertos señores diputados, ese sería un momento peligroso porque los bancos estarían muy líquidos y en condiciones de obtener dinero con los documentos de redescuento. Se ha llegado a decir, por el miedo a las palabras, que esto debe ser muy malo, porque hay estas dos palabras «bonos» y «emisión». Resulta que alguien ha dicho en serio en la comisión, que «bonos» no puede ser porque implica la obligación del gobierno. Se ha demostrado que no hay tal obligación del gobierno y después que no hay emisión. Ahora no se puede ni siquiera «emitir» opiniones, porque es peligroso para la estabilidad monetaria del país.

Iguales efectos catastróficos se atribuyen a otras palabras o expresiones como «perdón de deudas», «compra de créditos incobrables», que se ha demostrado también que se producirá. Pongámonos en el caso de una compra de un crédito malo; supóngase la Cámara que el instituto liquidador procediendo mal compre por 500.000 pesos un crédito de 500.000 pesos cuyo valor real sólo es de 200.000. Ha pagado 100.000 pesos en efectivo en un documento de redescuento y los otros 400.000 pesos en bonos. Se diría: ¡qué picardía! El instituto ha comprado por 500 una cosa que vale 200. No se ha comprendido la operación, porque si al realizarse el crédito sólo se obtiene 200.000 pesos por el instituto, éste se reintegra los 100.000 pesos que pagó en efectivo y los otros 100.000 los entrega al Banco cancelando íntegramente el bono. No hay ningún regalo hecho al Banco y está establecido en una forma terminante que son los bancos los que responden de la liquidación total de los créditos vendidos. En este caso, el bono se cancela aunque falten amortizar 300.000 pesos, cantidad que en definitiva es perdida por el Banco.

Ahora parece que todo el mal reside en que hay revaluación y en que no po-

demos hacer revaluaciones mientras no se estabilice, por cuanto es violatorio de todo principio legal. «Alegue cuanto quiera el Poder Ejecutivo — dice «La Prensa» de ayer — como no han sido cambiadas las leyes monetarias y el peso oro es de 1,6129 gramos de oro de 900 milésimos de fino y el peso papel 44 centavos de ese peso oro, no se puede decir legalmente que la garantía metálica de 1.025.000.000 de pesos, con el oro actual de la Caja de Conversión sería de 103,50 por ciento.

Parece que no se puede considerar el peso oro sino como de 1,6129 gramos, porque siempre ha sido así y es irrita toda interpretación contraria. Pero en el mismo vademécum del saber humano, en la misma enciclopedia de la doctrina, en la misma antología de la prístina y pura doctrina, vemos en otra página esta cosa maravillosa, que se publica todos los días en un cuadro titulado «operaciones bursátiles, mercado oficial de cambios», las cotizaciones de las monedas extranjeras en «pesos oro». Nosotros el 28 de Noviembre establecimos la cotización de la moneda extranjera en pesos papel. Pero ese diario se dijo: es una herejía del gobierno y a nosotros no nos van a hacer cambiar. Vean estas cosas extraordinarias: «Francos suizos, 2 pesos oro». Y como 1 peso oro tiene 1,6 gramos y 1 franco tiene 0,3 gramos resulta, de acuerdo a la interpretación aludida de peso oro y las cifras indicadas, que hay gente tan ingenua que para obtener el oro de los francos suizos que tienen 0,3 gramos, entrega dos veces 1,6 gramos o sea 3,2 gramos de oro; es decir, que paga más de diez veces el valor del oro de los francos en pesos oro. Es evidente que esto demuestra no sólo una confusión en las ideas y conceptos sino el propósito de producir confusiones. No existe en esto ninguna dificultad ni misterio. Existe hoy el peso oro que no es sino el múltiplo del peso papel.

¿Por qué se ha creado esa terminología? Vaya uno a saberlo; es una de esas expresiones atrabiliarias que se forman en los lenguajes y en las costum-



bres. Pero el hecho es así. Hoy para las costumbres comerciales argentinas un peso oro es 2,27 papel como lo indica «La Prensa» todos los días en sus cotizaciones de cambio. Mientras eso sea así, el hecho de que el oro de la Caja de Conversión se transfiera al instituto emisor a un precio como el que se ha indicado por la comisión en su dictamen no altera ni modifica en nada la situación legal de los deudores de pesos oro.

Lo que haremos al traspasar el oro obtenido en esa forma será hacerlo servir a los fines que determinaron su acumulación. El oro se utilizará en provecho de los tenedores de billetes y en provecho de todos los acreedores de billetes, es decir, tenedores actuales, eventuales o futuros de billetes, poniéndolo a contribución del saneamiento monetario argentino, que es lo que el gobierno está haciendo.

De un elemento, que sería un peligroso factor expansionista, como es el margen entre el valor del oro en los libros de la Caja y el que adquiriera cuando se pase al Banco Central, hacemos nosotros un poderoso factor de saneamiento, mediante el instituto liquidador y la modificación del sistema de los bancos. El resultado de esa liquidación, cuando todas las operaciones se realicen será que el instituto entrará progresivamente en fondos o quedará con bienes materiales, de los cuales, de acuerdo con la ley proyectada, el Congreso dispondrá a su hora.

Ayer nos decía el señor diputado Repetto: y tan poca fe tienen ustedes en su situación que se apresuran a crear todo esto para que lo manejen los sucesores; cuando estos sucesores vengan ustedes que les confían todos estos organismos...

**Sr. Repetto (N.).** — Tan poca fe, no, sino, tan poco cariño, tan poco aprecio.

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Parece por esto que es evidente que vamos a ser barridos. Sin embargo, no tenemos tanto convencimiento de que vayamos a ser barridos del gobierno. Todos los días crece la base de sustentación del gobierno. Estoy seguro que la elección

de Entre Ríos será pronto un índice elocuente de esa realidad.

**Sr. Repetto (N.).** — ¡Qué novedad! El ministro de Hacienda...

**Sr. Ministro de Hacienda.** — Parece, señor presidente, que un ministro de Hacienda no debe decir eso; que los ministros de Hacienda deben ser puros, limpios, desvinculados del mal congénito de la política y que no existirá República ordenada mientras haya un hombre desempeñando esa cartera que ose decir que tiene simpatías políticas. Ayer se me ha presentado como reo del terrible delito de acaudillar a los que desean que no vuelva el régimen que se fué.

Bien, señor presidente; puedo decir a la Cámara de Diputados de mi país, a esta altura de mi gestión, lo que dije el primer día que tuve el honor de ocupar esta banca: el militante que ha entrado al ministerio no deja de ser militante; tiene orgullo de sus convicciones políticas, tiene esperanzas en su país, tiene fe en la existencia de una conciencia argentina, sabe que el país valora el esfuerzo de una agrupación de partidos que se empeña en mantener la dignidad de la República y en abrir cauces a su porvenir. Pero si fueran otras las perspectivas que quedaran para el hombre político, dejaría el ministerio y ocuparía un lugar en el terreno electoral.

No desespero del esfuerzo político de mis amigos; me jacto de ser uno de ellos; espero su triunfo y creo que al amparo de ese triunfo podrán desarrollar sus actividades los que como nosotros, serían barridos si para desgracia del país se estableciera algo parecido a lo que irremisiblemente se fué.

Nada más. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos prolongados. Varios señores diputados rodean y felicitan al orador.*)

**Sr. Repetto (N.).** — Pido la palabra.

Deseo decir algunas palabras aclaratorias del incidente que me ha promovido el señor diputado Padrós y que acaba de reiterar hace un instante el señor ministro de Hacienda.

La referencia que hice en el discurso de ayer acerca de las relaciones existentes entre una destacada figura del Partido Demócrata Nacional y los bancos oficiales, no ha sido una referencia que tuviera por objeto molestar, herir o perjudicar personalmente a la persona aludida. La hice para llamar a la realidad de sus responsabilidades a los hombres que desempeñan una función en el Parlamento o que tienen una actuación destacada en la política.

Hemos progresado bastante, señores diputados, aun en el aspecto moral de las costumbres políticas, para considerar que todo hombre que actúa en el movimiento político está obligado a poseer y a demostrar un mínimo de honorabilidad y de corrección sin el cual la acción política no tendría alcance moral alguno y se traduciría en una mera ficción o en una farsa.

Todos nosotros, diputados y senadores y los hombres de actuación política especialmente en este país, tenemos la obligación de rectificar no pocas costumbres, porque nuestra tradición se ha impuesto ya en el mundo en forma tal, con tal elocuencia, que el propio perito, señor Niemeyer, en el proyecto de Banco Central que formuló para esta Nación, puso como condición esencial, como incompatibilidad fundamental para formar parte del directorio, no ser diputado, ni senador, ni concejal, porque conoció probablemente en su breve permanencia en nuestro país, las relaciones frecuentes de los legisladores argentinos con los bancos oficiales.

Tengo de la situación de la persona a que se ha hecho referencia en el debate de hoy, con motivo de la alusión que yo hice en el de ayer, una información completa y precisa que demuestra la profunda corrupción que hay en el mundo político argentino, profunda corrupción — me apresuro a declararlo — que no gravita ni responsabiliza principalmente a la persona aludida; es una corrupción que produce un estado político general, que

se extiende de una a otra administración nacional, corrupción que ha permitido a un primer mandatario que fué alejado del gobierno violentamente por los sucesos del 6 de Septiembre, imponerse como árbitro de una solución bancaria a favor de este eminente personaje, imponiéndose al propio directorio por medio de una carta, ante la cual éste tuvo que ceder y conceder el préstamo. Traigo estos hechos, señores diputados, como prueba de la necesidad en que nos encontramos de levantar el nivel moral del mundo político, de entender que para el legislador y para el hombre público en general, hay algunas incompatibilidades, hay algunos negocios en los cuales nosotros no podemos entrar, hay algunas operaciones que nosotros no podemos realizar.

Y en nuestro partido, señor diputado, ha sido norma general combatir toda tendencia manifestada en el seno de su representación o de sus hombres dirigentes a tener contacto, a tener negocios, a tener relaciones de interés con los bancos oficiales. Hemos creído, señores diputados, que para nosotros esa es una cuestión fundamental y que sólo así se puede mantener el prestigio moral y se puede en cada situación como ésta, entrar al análisis del problema y emitir el voto con toda independencia, con toda tranquilidad de conciencia, sin que pueda aparecer ni el más leve asomo de sospecha o de inquietud personal; que no nos perturbe el voto sobre materias que comprometen nuestra propia situación pecuniaria y que pueden a veces favorecerlos.

Creo, señores diputados, que con estas palabras queda explicada mi alusión, y deseo para el porvenir del progreso político argentino, para la dignificación de nuestro ambiente, que los hombres de actuación pública tengan siempre presentes estos principios y se mantengan siempre alejados de ciertos negocios que se encuentran en el límite de lo que puede tolerarse y de lo que puede convenir a los hombres políticos.

Y ahora, señor presidente, quiero referirme a algunas palabras del señor ministro, porque con lo que dije en la sesión de ayer, yo sé que interpreto un anhelo de un numeroso grupo de productores argentinos. Estoy de perfecto acuerdo con la que ha dicho el señor ministro de Hacienda acerca de la enorme importancia que tienen en el mundo moderno los bancos y el crédito, y he creído descubrir en las palabras del señor ministro algo así como el convencimiento de que el crédito y los bancos son hoy en el mundo entero, instituciones que se identifican con el propio interés social. Es una concepción, es una interpretación que yo la recibo gustoso y que casi la aplaudo, porque es precisamente lo que nosotros estamos sosteniendo: el crédito no es ya una función privada de los bancos; no son éstos instituciones que interesen sólo a los particulares. Los bancos son instituciones de interés público, y en consecuencia deben ser controlados por el Estado, y por eso hemos proyectado y aceptamos una ley de bancos que queremos ver mejorada.

Pero no hay que considerar como una obligación ineludible y universal del Estado, la de ir en auxilio y apuntalamiento de cualquier institución bancaria. Es cierto — y los señores diputados lo conocen — que últimamente en Estados Unidos el gobierno federal ha votado sumas fantásticas para el apuntalamiento de los bancos. Pero, a pesar de todo eso, millares y millares de bancos quebraron, cerraron sus puertas, perjudicaron a los depositantes y luego hubo necesidad de arbitrar algunas medidas para indemnizar en cierto modo a los depositantes perjudicados.

Me parece que estamos en el principio de una sana evolución. Los bancos y el crédito desempeñan una función de carácter social, una función colectiva; el Estado se ve en la obligación de controlar, de depurar y de orientar, de acuerdo al interés público, la actividad de esos establecimientos.

Y ahora, para terminar, voy a insistir sobre una proposición lanzada ayer y que hoy el señor ministro no ha querido recoger o no ha querido atribuirle toda su importancia.

Vamos a acudir en auxilio de los bancos, porque el derrumbe de los bancos representaría un perjuicio serio para los ahorradores, los depositantes. Pero, señores diputados, ¿quién de nosotros no conoce una buena cantidad de hombres de trabajo distribuidos por el país entero que están ahora haciendo esfuerzos heroicos para responder a las obligaciones hipotecarias de las tierras que ellos personalmente trabajan? No son hombres embarrancados o encallados, como ha dicho el señor diputado Padrós, no son hombres que han congelado sus créditos en los bancos, pero son hombres que luchan denodadamente al pie del cañón en el campo de su propia acción, tratando de sostener el combate, de cumplir con sus compromisos y de mantener a flote su buen nombre. Yo me pregunto: ¿esos hombres no necesitan también alguna ayuda? ¿No son acreedores a algún apuntalamiento, a algún alivio? Y la medida propuesta, ¿no puede acaso aplicarse a esa gente, no podría reducirseles el importe de su deuda en un 50 %, convirtiendo el 50 % restante en bonos amortizables a largos plazos y a un interés muy bajo? ¿No sería esa una operación inteligente? ¿No sería factible, no constituiría un auxilio que nosotros debemos a hombres que lo merecen? Eso es lo que sostuve ayer y es lo que afirmo nuevamente hoy, y estoy seguro que interpreto necesidades muy difundidas, porque he recibido ya en el día de hoy algunas cartas en ese sentido y ya anteriormente tenía conocimiento de otras manifestaciones del mismo orden.

No sé si la idea es factible a esta altura del debate y si sería susceptible de concretarse en alguna forma práctica, pero la enuncio haciéndome eco y el intérprete de millares de hombres de trabajo que se hallan en la situación que yo he señalado y que no han visto

todavía aparecer el alivio que pueda acompañarlos en esta circunstancia especialmente difícil de su trabajo y de su vida.

Nada más.

## 6

## INDICACION

**Sr. Pueyrredon.** — Pido la palabra. Hago indicación para que se dé entrada al despacho de la Comisión de Negocios Constitucionales sobre incompatibilidades.

## 7

## ASUNTOS ENTRADOS

## I

## Despacho de comisión

## NEGOCIOS CONSTITUCIONALES:

En la consulta del señor diputado Pueyrredon respecto a su situación para intervenir en el debate de los proyectos de ley sobre bancos y moneda.

—A la orden del día.

## II

## Constitución de comisión

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a dar cuenta de la constitución de la Comisión de Higiene y Asistencia Social.

**Sr. Secretario** (González Bonorino). — Se ha constituido la Comisión de Higiene y Asistencia Social designando presidente al señor diputado Padilla y secretario al señor diputado Pomponio.

## 8

## PROYECTOS SOBRE BANCOS Y MONEDA

**Sr. Godfrid.** — Antes de votarse en general los despachos sobre bancos y moneda, debe votarse la moción por

mí formulada, en el sentido de que se postergue su consideración para las sesiones ordinarias.

**Sr. Corominas Segura.** — Correspondería tratar el despacho...

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Hay una moción previa, que no se discute, de aplazamiento del asunto en debate, formulada por el señor diputado por Santa Fe. La responsabilidad de la dirección del debate le corresponde a la Presidencia.

Se va a votar, pues, la moción de aplazamiento del señor diputado por Santa Fe.

— Resulta negativa.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Queda rechazada.

## 9

## INCOMPATIBILIDAD

**Sr. Pueyrredon.** — Debe darse entrada y tratarse el despacho de la Comisión de Negocios Constitucionales.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Ya se le dió entrada, señor diputado.

**Sr. Corominas Segura.** — La Cámara resolvió, en sesión de ayer, formular una consulta a la Comisión de Negocios Constitucionales, para que ella se expidiera en el día y el despacho fuera tratado antes de tomarse la votación en general del asunto en debate.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a dar lectura del despacho de la Comisión de Negocios Constitucionales.

*Honorable Cámara:*

Vuestra Comisión de Negocios Constitucionales ha tomado en consideración la consulta formulada por el señor diputado Pueyrredon, en sesión de la fecha, respecto a su situación para intervenir en el debate del proyecto de ley que en estos momentos se trata; y, por las razones que dará el miembro informante, os aconseja que prestéis vuestra aprobación al siguiente

cargo de miembro del directorio del Banco Popular Argentino y el de diputado de la Nación, cuando se va a votar una ley que ha de favorecer a todos los bancos en general.

Dejamos así expresada la razón de nuestro voto.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar en general el despacho.

— Resulta afirmativa.

— Se aprueba asimismo en particular.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Queda sancionado.

## 10

### PROYECTOS SOBRE BANCOS Y MONEDA

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Continúa la consideración de los proyectos del Poder Ejecutivo sobre bancos y moneda.

Se van a votar en general

— Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Pueyrredon.** — Pido que conste que he estado ausente del recinto y que no he tomado parte en esta votación.

**Sr. Noble (J. A.).** — Pido que quede constancia de que no solicitamos votación nominal porque hemos indicado sobradamente las razones que fundamentan nuestro voto en contra.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — En consideración en particular el asunto número I: Banco Central de la República.

**Sr. Morrogh Bernard.** — Pido la palabra.

Deseo dejar constancia de que si mi firma no figura al pie del despacho de la Comisión de Presupuesto es, simplemente, porque he estado ausente por razones que son conocidas. Estoy en un todo de acuerdo con el despacho de la mayoría de la comisión y no he querido dejar de hacerlo público con estas palabras.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se hará constar, señor diputado.

**Sr. Vignart.** — Propongo que se haga simplemente la mención del artículo.

— Asentimiento.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Como hay asentimiento, así se hará.

— Sin observación se aprueban en particular los artículos 1º a 9º inclusive.

— En discusión el artículo 10.

**Sr. de la Vega.** — Pido la palabra.

Como miembro de la Comisión de Presupuesto, he firmado una disidencia respecto de este artículo y me considero obligado a dar los fundamentos de la misma. Mi disidencia se refiere al último apartado del artículo 10, en el cual la comisión aconseja como sistema para la remoción del presidente y vicepresidente del Banco Central, el establecido para el juicio político.

Sostengo que constitucionalmente esta disposición no es viable y que el juicio político establecido por excepción, por el artículo 45 de la Constitución, no puede hacerse extensivo por ley a otros funcionarios que no sean los taxativamente enunciados en él. El artículo 45 es una cláusula excepcional cuya base reposa en el respeto de los poderes, a fin de impedir que el presidente de la Nación, los ministros, los jefes de la Suprema Corte y de los demás tribunales inferiores, puedan ser sometidos a las leyes comunes mientras no sean previamente despojados de su investidura mediante el procedimiento excepcional que establece dicho artículo.

No conozco ningún caso que pudiera invocarse como antecedente para extender por ley esa cláusula constitucional de carácter especialísimo. La única discusión que alguna vez se ha hecho en el Congreso a este respecto, se refiere a si los jueces ordinarios de la Capital Federal y de los territorios nacionales pueden ser sometidos a juicio político, porque se ha sostenido que en realidad ellos no son los jueces de la Constitución. Se ha resuelto el caso aplicando también dicho artículo 45, consideran-

do que tanto los jueces federales como los ordinarios de la Capital y letrados de los territorios, integran los tribunales inferiores de la Nación.

No voy a abundar en consideraciones acerca de por qué esta facultad del juicio político no ha dado resultado en su aplicación, por la dificultad de mover ese pesado organismo que constituye las dos partes del juicio político, o sea la Cámara de Diputados, acusadora por dos tercios de votos, y el Senado, que condena también por dos tercios.

Considerando que no es viable la proposición de la comisión, creo que sería conveniente aplicar para la remoción del presidente y vicepresidente del Banco Central las disposiciones proyectadas por esos mismos artículos para el nombramiento de esos funcionarios para lo cual concurren el Poder Ejecutivo, el Senado y los bancos accionistas.

Para el caso de que la Cámara considerara atendibles estas observaciones, propongo que, si no fuera aceptado el despacho, se establezca que la remoción del presidente y del vicepresidente del Banco Central se hará por el Poder Ejecutivo a propuesta de la asamblea de los bancos accionistas y con acuerdo del Senado.

Nada más.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar el despacho de la comisión en el artículo 10.

—Se vota y es aprobado, aprobándose igualmente los artículos 11 a 14 inclusive.

—En consideración el artículo 15.

**Sr. Bustillo.** — Pido la palabra.

A este respecto estoy por la sanción del Senado, que prohíbe a los diputados y senadores formar parte del directorio del Banco Central. Considero que contempla mejor la independencia del Banco y al mismo tiempo la del criterio del legislador para juzgar las actividades del Banco cuando llegue la oportunidad.

**Sr. de la Vega.** — Quiero dejar constancia de que he adherido con mi firma a esta disidencia.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar primero el despacho de la comisión.

—Se vota el artículo 15 y es aprobado, como asimismo los artículos 16 a 19, inclusive.

—En discusión el artículo 20.

**Sr. Noble (J. A.).** — Pido la palabra.

Se relaciona este artículo con un aspecto que traté ayer en la discusión en general. Dije que era visible en el proyecto del Poder Ejecutivo el deseo de tener una ingerencia en la dirección del Banco, muy superior a la concebida y deseada por el perito británico sir Otto Niemeyer. La forma de nombramiento del primer presidente y vicepresidente y del resto del directorio a que se refiere el artículo 2º de la ley de organización proyectada por el Poder Ejecutivo, revela el propósito de mantener la dirección del Banco, en el primer período, exclusivamente a cargo de personas designadas por él. La comisión ha aceptado la modificación de ese artículo, circunscribiendo el nombramiento directo al presidente y vicepresidente. Pierde, sin duda, algo de importancia y de trascendencia la ingerencia que hemos visto del Poder Ejecutivo en el manejo del Banco Central en la forma tal cual venía proyectada y tal cual la sancionó el Honorable Senado.

Dado el hecho de que las atribuciones del presidente del Banco no aparecen en el proyecto del Ejecutivo ni en el sancionado por el Senado claramente establecidas y de que inadvertida o intencionalmente a este respecto se ha mantenido una redacción confusa en la ley, propongo que se vuelva en el artículo 20 a la redacción proyectada por el perito británico, señor Niemeyer. El directorio — dice ese artículo — ejercerá la superintendencia de las operaciones del Banco y en particular sus atribuciones y deberes serán los

siguientes, etcétera. El proyecto que votó el Senado y que va a votar ahora la Cámara, dice que el directorio ejercerá la «vigilancia» de las operaciones del Banco, en vez de la «superintendencia».

Esto tiene importancia. «Superintendencia» significa una acción de control, de dirección, diré, de mucha más eficacia y amplitud que la que pueda emerger de la «vigilancia», de la sencilla y simple vigilancia.

El señor ministro en la discusión en el Senado dijo que en realidad el texto del proyecto del señor Niemeyer era el que votaba en ese momento el Senado; que se había mal traducido la palabra inglesa en un primer informe que se pasó a la prensa y que luego sirvió de base para la discusión. Pero la afirmación del señor ministro de que la palabra inglesa empleada por el señor Niemeyer corresponde al vocable vigilancia, no es exacta. Pueden comprobarlo los señores diputados; la verdadera traducción de la palabra inglesa «supervisor» es «superintendente», de manera que el argumento carece de fundamento. No es exacto. El señor Niemeyer ha empleado esa palabra con un sentido de amplitud en las funciones del directorio, de intervención amplia y directa, de superintendencia del directorio, en todas las operaciones del Banco, es decir, restringiendo las facultades que pueden corresponder al presidente por omisión en la ley o por redacción confusa deliberada o impremeditada.

De manera que propongo concretamente que se vuelva a la redacción dada a este artículo por el perito británico: que el directorio ejercerá la superintendencia y no la vigilancia.

**Sr. Martínez.** — Pido la palabra.

Esto es hacer una discusión que me parece un tanto ociosa. Dada la interpretación expresada por el señor ministro de Hacienda en el Senado, no veo que haya ningún inconveniente en cambiar la palabra «vigilancia» por la de «superintendencia» que propone el señor diputado por Santa Fe y en ese sentido la comisión no tiene inconveniente

en aceptar la proposición del señor diputado.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar el artículo 20 en la forma propuesta por el señor diputado por Santa Fe y aceptada por la comisión.

— Resulta afirmativa.

— Sin observación, se dan por aprobados los artículos 21 a 31.

— En consideración el artículo 32:

**Sr. Escobar.** — Pido la palabra.

En una nota que he pasado a la subcomisión especial encargada de estudiar estos proyectos, y que pido se agregue al Diario de Sesiones como antecedente, (1) hice algunas observaciones sobre los incisos d) y e) del artículo 32. Como la comisión tomó en consideración la observación relativa al inciso e), me concretaré a pedir ahora la supresión en el inciso d) de las palabras «provenientes de operaciones comerciales relacionadas con la negociación de mercaderías».

Esta modificación de palabras introducida por la comisión en la redacción del artículo 32 inciso d), de este proyecto, no modifica el concepto restrictivo que establecía el proyecto del Poder Ejecutivo y deja subsistente la confusión que significa el aceptar documentos de sola firma «pero provenientes de operaciones comerciales relacionadas con la negociación de mercaderías».

El documento de sola firma que se redescuenta con el endoso del Banco que lo posee, no puede ser proveniente de operaciones comerciales relacionadas con la negociación de mercaderías. Obedece a un descuento directo hecho por el deudor del Banco y recibiendo el importe en dinero efectivo.

Frente a la insistencia con que se mantiene esa absurda redacción, que no concuerda con las manifestaciones hechas por el miembro informante del Senado, cuando allí se introdujo la primera modificación tendiente a admitir

(1) Véase pág. 348.



los documentos de sola firma, ni con las palabras del ministro que también dijo que habría que aceptar esos documentos si se deseara que hubiera algún papel redescontable, ocurre preguntar si tal redacción obedece al propósito de aceptar documentos de sola firma cuando provengan de comerciantes matriculados como tales y por lo tanto, si han de considerarse excluidos los créditos de los profesionales: abogados médicos, ingenieros, etcétera; los de los rentistas y los de los funcionarios.

Esta interpretación resultaría una novedad en el debate, pero está contenida en palabras que la «Revista Económica del Banco de la Nación», volumen VII, número 5 al 8, página 197, atribuye al señor ministro, en las que se dice textualmente: «Se ha tomado buen recaudo para que el redescuento de papel de una sola firma, — que también autorizan las legislaciones extranjeras en casos semejantes —, no conduzca a la infiltración de los llamados documentos de favor o de documentos puramente particulares que no obedecen a transacción comercial alguna».

Como este concepto no fué considerado, ni siquiera expresado en el debate del Senado, parece entonces más necesario que antes corregir la redacción del inciso o, por lo menos, aclarar por parte del miembro informante de la comisión, si los documentos de sola firma correspondiente a particulares y originados por el uso de sus créditos directos en los bancos con que operen, se consideran o no admisibles al redescuento en el Banco Central, desde que lleven el endoso del Banco que los presente para ese objeto.

Lo contrario significaría el cierre inmediato de todos los créditos de que disponen los particulares, porque ningún banco se prestaría a acordarlos frente al peligro de no poder redescontarlos cuando tuviere necesidad de hacerlo.

Es tan grande y tan visible la trascendencia de esta medida, que parece excusado entrar al detalle de los intereses que lesiona.

**Sr. Simón Padrós.** — Pido la palabra.

La manifestación hecha por el señor diputado Escobar, en realidad está contemplada por la redacción que la comisión ha dado a este artículo. Y debo declarar que la nota enviada por el señor diputado a la comisión fué una coincidencia de pensamiento con el propio diputado que habla, ya que en el trabajo de subcomisión, con anterioridad, había sido contemplada esa situación, en coincidencia también con una nota pasada por el Banco de Londres, posterior también, a la labor hecha en el seno de la comisión.

Lo fundamental ha sido salvado; y ya que los documentos de estilo en la plaza podrán ser redescontados mediante la redacción de la comisión, ésta mantiene su despacho.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Se va a votar el artículo 32, en la forma despachada por la comisión.

— Resulta afirmativa.

— Sin observación, se aprueban los artículos 33 a 49.

— En discusión el artículo 50.

**Sr. Secretario (González Bonorino).** — El señor diputado Godoy propone como artículo 50, el siguiente: «La sede del Banco y la de sus sucursales, las operaciones que efectúe conforme al artículo 32 y los dividendos sobre sus acciones estarán exentos de todo impuesto o contribución nacional, provincial o municipal».

**Sr. Godoy.** — Pido la palabra.

Fundaré brevemente esa disidencia, en la que me acompañan los señores diputados Palacio, de la Vega y Alonso, con respecto a este artículo y también con relación al artículo 11 del proyecto sobre Instituto Movilizador.

Tanto una como otra disposición, hablan de exención de impuestos provinciales, y entendemos que establecer exenciones de esta índole en leyes del Congreso, con la amplitud que aquí se le quiere dar, es avanzar en las auto-



nomías provinciales y que no puede una ley del Congreso privar a las provincias de recursos o anular leyes provinciales que establezcan recursos para su normal desenvolvimiento.

Por eso, he proyectado la reforma de este artículo de manera que la exención se refiera únicamente a la sede del Banco y a la de sus sucursales y a las operaciones específicas del Banco que son las consignadas en el artículo 32 del proyecto.

Así, quedaría el artículo en forma idéntica al 17 de la ley orgánica del Banco de la Nación y a la disposición análoga de la ley del Banco Hipotecario Nacional.

Esta exención de impuestos provinciales, respecto a la sede de estas instituciones y a las operaciones bancarias, se cohonestaba porque hay un principio general constitucional de que no pueden las provincias trabar o dificultar los medios del gobierno de la Nación, siendo la inversa exactamente igual y de la esencia de nuestro régimen de gobierno. Por eso pido que se vote el artículo en la forma que dejo fundada.

Por lo que respecta al artículo 11 del proyecto de ley sobre el Instituto Movilizador, voy a pedir su supresión total, porque no existe razón que justifique una exención o privilegio para los dadores que resulten beneficiados con esas operaciones.

**Sr. Simón Padrós.** — Entendiendo la comisión que son razonables y acertadas las observaciones formuladas por el señor diputado Godoy, acepta la proposición que formula.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar el artículo 50, aceptado por la comisión, que se va a leer.

—Se lee:

La sede del Banco y la de sus sucursales, las operaciones que efectúe conforme al artículo 32 y los dividendos sobre sus acciones, estarán exentos de todo impuesto o contribución nacional, provincial o municipal.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar.

—Resulta afirmativa.

—Sin observación, se aprueban los artículos 51 a 61 inclusive, siendo el 62 de forma.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Queda sancionado y se comunicará al Honorable Senado. En consideración el asunto número II: Ley de Bancos.

**Sr. Noble** (J. A.). — Propongo que pasemos a un cuarto intermedio hasta la hora 22 y 30.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

—Se vota y resulta negativa.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Queda rechazada la moción.

Continúa la consideración del despacho formulado por la comisión.

Si no se hacen observaciones, se va a votar en general.

—Se vota y resulta afirmativa.

**Sr. Bunge.** — Pido que quede constancia de mi voto a favor de este proyecto.

—Sin observación, se aprueban en particular los artículos 1° a 21, siendo el 22 de forma.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Queda sancionado y se comunicará al Honorable Senado.

En consideración el asunto número III, sobre Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias.

**Sr. Pueyrredon.** — Pido permiso para abstenerme de votar.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Queda autorizado, señor diputado.

**Sr. Noble** (J. A.). — Reitero mi moción de pasar a cuarto intermedio hasta la hora 22 y 30. La importancia del asunto y de las objeciones que han de formularse al texto de algunas dispo-

siciones de este proyecto, determinan mi actitud.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar la moción de orden, de pasar a cuarto intermedio.

—Resulta negativa.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar en general el despacho de la comisión.

—En consideración en particular el artículo 1º.

**Sr. Simón Padrós.** — Pido la palabra.

Propongo modificar la redacción de este artículo en cuanto se refiere a la finalidad de vender, gradual y progresivamente los bienes del Instituto, a fin de darle al concepto la amplitud necesaria, y que el Instituto Movilizador pueda efectuar no solamente las operaciones de venta inmediata, sino también, de liquidación que no representen precisamente una venta inmediata.

**Sr. Martínez.** — Es un pleonismo, pues se trataría de la venta a plazos.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar el artículo 1º del despacho de la comisión.

—Resulta afirmativa.

—Igualmente se aprueban, sin observación, los artículos 2º a 6º inclusive.

—En consideración el artículo 7º.

**Sr. Simón Padrós.** — Solicito que se intercalen, después de las palabras «se rá aplicado por el mismo» las siguientes: «en la forma que determine el directorio, al reintegro de los fondos en efectivo transferidos por el instituto al Banco en cuestión».

La finalidad es la siguiente: cuando el Instituto Movilizador perciba de la venta o liquidación de un activo congelado, una determinada cantidad, se quiere que a los fines de saneamiento y para reducir las posibilidades de quebranto, esas cantidades primeramente

percibidas por el instituto se apliquen, en primer término, a cancelar los pagos en efectivo que haya hecho el Instituto Movilizador al Banco vendedor.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar el despacho de la comisión.

—Resulta afirmativa.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Se va a votar el agregado propuesto por el señor diputado Simón Padrós.

—Resulta afirmativa.

—Sin observación, se aprueban los artículos 8º y 10 inclusive.

**Sr. Secretario** (González Bonorino). — El señor diputado Godoy ha propuesto la supresión del artículo 11.

**Sr. Alonso.** — La comisión ha aceptado esa supresión.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Habiendo sido retirado por la comisión el artículo 11, queda suprimido del despacho.

—Sin observación, se aprueban los artículos 12 a 20 inclusive, que pasan a ser 11 a 19, siendo el 21, ahora 20, de forma.

**Sr. Presidente** (Noble R. J.). — Queda sancionado y se comunicará al Honorable Senado.

En consideración el asunto número IV, sobre modificaciones a la ley orgánica del Banco de la Nación Argentina.

—Sin observación, se aprueba en general.

—Se aprueban en particular los artículos 1º, 2º, 3º, 4º, 5º y 6º.

—En consideración el artículo 7º.

**Sr. Escobar.** — Pido la palabra.

Propongo la supresión de este artículo, que no figuraba en el proyecto del Poder Ejecutivo ni en el sancionado por el Senado. El Banco de la Nación ha aplicado el redescuento siempre con toda corrección y por este ar-

tículo se restringirían sus facultades al respecto. Creo que debe suprimirse y hago indicación en ese sentido.

**Sr. Simón Padrós.** — La comisión acepta la proposición del señor diputado.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Queda suprimido del despacho el artículo 7º. Se va a votar el artículo 8º, que pasa a ser 7º.

—Se vota y aprueba.

—El artículo 9º, que pasa a ser 8º, es de forma.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Queda sancionado, y se comunicará al Honorable Senado.

En consideración el asunto número V, modificaciones a la ley orgánica del Banco Hipotecario Nacional.

—Sin observación, se aprueba en general y en particular.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Queda sancionado, y se comunicará al Honorable Senado.

En consideración el asunto número VI, ley de organización del Banco Central y del Instituto Movilizador.

—Sin observación, se aprueba en general y en particular.

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — Queda sancionado y se comunicará al Honorable Senado.

**Sr. Pueyrredon.** — Pido la palabra. Deseo manifestar que si me he abstenido de votar, no ha sido por entender que exista a mi respecto alguna incompatibilidad, sino para que los señores diputados socialistas no tengan pretexto para molestarme.

## 11

### MOCION

**Sr. Corominas Segura.** — Pido la palabra.

Habiendo terminado la consideración de esta orden del día, hago indicación para que se trate la orden del día 149 que se refiere a jubilación de periodistas y en la que existe conformidad de todos los sectores.

**Sr. Vicchi.** — Se trata de un solo artículo.

—Se llama para votar.

—Después de unos momentos:

**Sr. Presidente (Noble R. J.).** — No habiendo número en la casa, queda levantada la sesión.

—Era la hora 21 y 30.

### INSERCIÓN SOLICITADA POR EL SEÑOR DIPUTADO ESCOBAR

Buenos Aires, Febrero de 1935.

*Señores diputados: José Heriberto Martínez, Eduardo Bruchou, Raúl Godoy y Juan Simón Padrós, miembros de la Subcomisión encargada del estudio de los proyectos del Poder Ejecutivo sobre bancos y moneda.*

Distinguidos colegas y amigos:

Leyendo los proyectos del Poder Ejecutivo, la sanción del Honorable Senado y los discursos allí pronunciados por el señor miembro informante y por el señor ministro, advierto algunos puntos confusos en la redacción de la ley de Banco Central, que me inducen a dirigirme a ustedes, sugiriendo la conveniencia de dar al despacho una mayor precisión en los conceptos y en las expresiones.

Me permito, también, apuntar una observación, que se relaciona con la ley de bancos, sobre la que deseo atraer la atención de ustedes por la importancia que le atribuyo. Me refiero a los intereses del ahorro público y a la aptitud en que hayan de quedar los bancos para servir las necesidades del crédito, puntos éstos a los que paso a referirme muy brevemente como conviene a la urgencia de la tarea y como corresponde dirigiéndome, como lo hago, a una comisión que, por la especialización de sus componentes y por su dedicación al tema, no requiere extensas explicaciones para percibirlos.

#### *Banco Central*

Con referencia al artículo 32, inciso d) y e), que tratan de la clase de documentos admisibles en el redescuento, creo que después de la modificación introducida por el Honorable Senado y teniendo en cuenta los motivos que la fundamentaron, expresados por el señor miembro informante (pág. 2.453, Diario de Sesiones, 76ª reunión y pág. 2.516, 77ª reunión), así como las palabras del señor ministro en su discurso ante el Honorable Senado (Diario de Sesiones, págs. 2.496 y 2.497, reunión 77ª) no será necesario agregar mayores consideraciones para destacar la necesidad de suprimir en ambos incisos las palabras: «provenientes de operaciones comerciales que representen un mo-

vimiento real de mercaderías», en el d); y «emergentes de transacciones en productos agrícolas o ganaderos», en el e).

Apenas será necesario decir, que el documento de dos firmas, de las cuales una — que es el endoso — sea bancaria, no puede ser un documento proveniente de operación comercial que represente un movimiento real de mercaderías, ya que ese documento extendido por el deudor a la orden del Banco, debe decir: por igual valor recibido en efectivo, desde que su origen es un préstamo en dinero y no una venta de mercaderías.

Para estimular la creación de papel comercial de dos firmas, que «el gobierno desearía aclimatar», según la expresión del señor ministro, me parece muy acertada la cláusula que en ambos incisos dice que se cobrará una tasa inferior cuando el redescuento se practique sobre documentos que tengan tres o más firmas, incluida la bancaria que lo endose.

En cuanto a los documentos comprendidos en el inciso e) si bien podrían ser de una sola firma los de prenda agraria, la supresión de las palabras indicadas sería igualmente útil teniendo presente que la ley de la materia determina en su artículo 1º que el contrato se instituye para préstamos en dinero, lo que nos, ciertamente, la «transacción» a que se refiere el artículo comentado, según se desprende del contexto. En todo caso la deuda sería siempre perjudicial.

Si como lo han dicho con toda exactitud el señor miembro informante y el señor ministro en el Senado, el papel de dos firmas constituye una excepción; si la ley ha de servir los intereses de una plaza cuyas modalidades no pueden modificarse por decreto; y, finalmente, si se considera como acertadamente lo sostuvo el señor ministro que «se puede, sin peligros, operar con una firma sola y que es imprescindible autorizarlo si se quiere que haya alguna clase de papel», habrá quedado demostrada la necesidad de corregir la redacción suprimiendo las palabras que, después de la modificación del Honorable Senado y de los discursos a que me he referido, aparece como una omisión que afecta al buen sentido de la modificación sancionada por el Honorable Senado.

*Ley de bancos*

Acerca de este proyecto, sólo deseo aludir a la disposición contenida en el artículo 6º, por la cual se determina que el interés que podrán pagar los bancos sobre depósitos a la vista, será inferior por lo menos en 3 puntos al tipo de redescuento mínimo del Banco Central y sobre caja de ahorros, inferior en 1 punto a dicho tipo de redescuento. Como se ve, no hace referencia a los depósitos a plazo fijo, aunque la intención pareciera comprenderlos de acuerdo a la definición del artículo 5º; pero de todas maneras, lo importante es que se refiere expresamente a los de ahorro que constituyen por su importancia y por su carácter el más valioso recurso de la Banca y representan a la vez una de las más sanas expresiones del patrimonio nacional.

La reducción de la competencia a los estrechos límites con que la Banca tendrá que actuar para atraerlos, va a constituir un factor lesivo de los intereses del ahorro. No bastará a atenuarlo el aliciente de otras inversiones, como los títulos públicos, por ejemplo, que si pueden ofrecer una colocación provechosa del punto de vista de la remuneración, introducen en el ahorro el factor aleatorio que deriva de la oscilación de las cotizaciones, además del inconveniente que suponen los trámites y gastos de compraventa de los títulos.

Si ello no obstante, la inversión en títulos desviara al ahorro de los cauces bancarios que fueron su cuna y su estímulo para el desarrollo satisfactorio que ha alcanzado en el país, los bancos sufrirían sus consecuencias porque el dinero que se transformase en tales inversiones ya no volvería a las cajas bancarias bajo la forma tranquila del depósito de ahorro. Y frente a esta contingencia cabe referirse al concepto que en la exposición de motivos del Banco Central, refiere que el redescuento no se establece «para fomentar las inversiones de fondos que por útiles que sean representan una

inmovilización»; «que las operaciones de inversión, por más que sean en extremo productivas, sólo deben ser financiadas con el ahorro de la población, que así se convierte en capital»; y finalmente, «que el redescuento debe ser siempre una operación de carácter transitorio y no un medio de procurarse constantemente fondos en el Banco Central». Lo señala claramente el señor Niemeyer — agrega — «cuando anota que el directorio debe vigilar que ningún Banco haga uso continuo de esta ayuda, como que no forma parte de las funciones del Banco Central el proveer permanentemente de capital a los bancos comerciales».

Si estos conceptos han de ser la norma interpretativa de la ley y si, como cabe esperar, la influencia del artículo 6º que comentamos, actúa en el sentido lógico de alejar el ahorro hacia otras inversiones más remuneradoras, como los títulos públicos ya referidos, es evidente que los bancos se verán disminuidos en sus recursos para atender a las necesidades del crédito.

La situación actual del ahorro, regida por tasas inferiores al interés de los títulos, aunque sin tocar límites tan sensibles como los que cabe esperar de la ley en discusión, no contradice la presunción señalada, tanto porque ya se advierte una apreciable disminución en sus cifras, cuanto porque esa situación obedece a los convenios bancarios que, con intervención del Ministerio de Hacienda, se prolongaron respecto de los intereses a pagarse, mientras los créditos se hallan restringidos y los títulos públicos acusan una buena cotización.

Estas reflexiones sugieren la conveniencia de suprimir la cláusula mencionada, dejando el depósito de ahorro librado a los estímulos de la saludable competencia bancaria.

Los saluda con afectuosa consideración y estima,

*Adrián C. Escobar.*